HARLEQUIN®

Jazmín®

Volver a empezar

Julianna Morris


HARLEQUIN
Jazmín
Volver a empezar
Julianna Morris

Volver a empezar

Julianna Morris

Volver a empezar (2007)
Título Original: The hometown hero returns (2006) **Editorial:** Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2094
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Luke McCade y Nicki Johansson

Argumento:

Aquel hombre seguía teniendo el poder de acelerarle los latidos del corazón…

En cuanto Luke McCade regresó a Divine después de años de ausencia, Nicki Johansson se dio cuenta de que, aunque ya no era la adolescente tímida y desgarbada, Luke seguía ejerciendo el mismo poder sobre ella.

Quizá porque no había podido olvidar el primer beso que él le había dado.

Nicki no quería enamorarse de la antigua estrella de fútbol del instituto, pero… ¿cómo podría no hacerlo después de ver el modo en el que cuidaba a su abuelo enfermo? Y además de bueno y rico… seguía siendo increíblemente sexy. En otro tiempo lo había creído completamente fuera de su alcance, pero ahora… Ahora Nicki iba a utilizar sus dulces besos para demostrarle a Luke que no se había equivocado al volver a casa.

Capítulo 1

—Casi nada —murmuró Nicki Johansson. Sacó un paquete rectangular de su coche y se quedó mirando la casa que tenía delante. Él estaba en esa casa y era la última persona a la que quería ver. Si no le debiera tanto a su abuelo nunca se le habría vuelto a acercar.

En fin… Luke McCade era muy guapo.

Pero imposible. La abordó un incómodo recuerdo de los días de su infancia cuando una sencilla y dinámica chica vestida con ropa de segunda mano soñaba con que el capitán del equipo de fútbol se enamoraría de ella.

Nicki resopló. Se habían conocido porque Luke había estado ingresado en el hospital y necesitaba un tutor que lo ayudara con sus estudios. Nicki se había convencido de que el coqueteo de él podía ser significativo, aunque a ella ni siquiera le gustaba… por lo menos no tanto. Pero quería y admiraba a su abuelo y hubiera hecho casi cualquier cosa por él, por el profesor McCade.

Incluso se volvería a enfrentar a Luke y a los recuerdos que representaba.

Caminaba por la acera pensando que Luke podía haberla hecho sufrir cuando eran más jóvenes, pero ya no. A pesar de su resolución, su pulso se aceleró cuando abrió la puerta y vio sus anchos hombros.

—¿Sí? —dijo sin que sus ojos la reconocieran.

Nicki movió los pies, estaba dividida entre una perturbadora atracción por la gracia atlética de Luke y su imagen de ángel caído y un compromiso con su abuelo.

Maldito sea. Si hubiera justicia en el mundo habría echado barriga y habría tenido entradas.

—No vamos a comprar nada —comenzó a cerrar la puerta, pero Nicki levantó su mano.

—No, espera. No soy una vendedora. He venido por el mercadillo de hace unos meses.

—Verás, agradecemos que la gente traiga cosas que el abuelo no debería haber vendido, pero estoy seguro de que si te quedas cualquier cosa que sea, no pasará nada. Él está confundido, pero las cosas de valor están aquí.

—No, no lo están.

—¿Perdón? —preguntó arqueando las cejas.

Nicki se aclaró la garganta. Luke estaba más guapo que nunca, con pequeñas arrugas en los ojos y algunas canas en su pelo negro, parecía una persona firme y responsable.

«No», pensó Nicki alarmada. No podía permitirse pensar nada positivo sobre él. Luke McCade siempre había hecho que deseara cosas que no tenía, como tener una persona que la amara tanto como ella lo amaba y lo deseaba a él, alguien a quien pertenecer. Luke le recordaba que quizá nunca la tendría y que estaba sola en el mundo mientras que él pertenecía a una familia grande y querida. Había vuelto de Chicago para ayudar a su abuelo, demostrando que no era tan egoísta como ella pensaba.

—¿Puedo pasar?

Nicki se puso rígida cuando Luke dudó. Respiró hondo para calmarse, ya que tenía el defecto de reaccionar de forma exagerada cuando se sentía insegura. Sus amigos le decían que su orgullo la convertía en una persona de carácter áspero. Era un resquicio de haber sido la niña rara cuando eran pequeños.

—No soy una ladrona ni una estafadora, si es lo que te preocupa —dijo finalmente tratando de parecer razonable.

—No pensaba que lo fueras, es que… —Luke se encogió de hombros y dio un paso hacia atrás abriendo más la puerta.

Nicki no había visto nunca el interior de la casa de los McCade y miraba con curiosidad. El vestíbulo era grande y espacioso, diversas habitaciones salían de él y tras el marco de una de esas puertas, Nicki vio al viejo profesor dormitando en una silla. Era un hombre adorable que se había dedicado al arte y a la enseñanza, lo contrario que el mayor de sus nietos, quien se había ganado la reputación de un hombre de negocios nada sentimental y únicamente interesado en los márgenes de beneficio. Nicki sabía eso porque los periódicos locales publicaban artículos sobre él a menudo y su nombre aparecía también en el diario *Chicago* que ella leía.

—Por aquí —indicó Luke encaminándose en dirección contraria.

—¿Cómo está el señor McCade? —preguntó mientras se dirigían a la cocina.

—Bien —respondió mirándola con atención— ¿Conoces a mi abuelo?

—Nos conocemos —contestó mientras ponía el paquete encima de la mesa. Era verdad, pero sólo en parte. Ella había sido una tímida alumna que se sentaba al fondo en las clases del profesor McCade, intentando pasar desapercibida. Pero las clases que impartía sobre la belleza del arte y del alma humana siempre la acompañarían—. Sí, asistí a todas sus clases en la universidad antes de que se jubilara, además, éste es un pueblo pequeño.

—Sí que lo es —comentó Luke pausadamente.

Vaya. No quería hacerlo pensar. Si la recordara, se acordaría del

mote que le había puesto… la Pequeña Señorita 10. Odiaba ese apodo que tanto le gustaba al señor Capitán Perfecto del equipo de fútbol americano del instituto.

—Bueno, he venido por el cuadro que compré —lo desenvolvió y lo sostuvo para que él lo viera.

—Es bonito, supongo —murmuró sin apenas mirarlo.

Nicki puso los ojos en blanco. Luke no sabía de objetos valiosos y, a lo mejor, tenía algo que ver el que se dedicara a la especulación. Sin duda, para alguien que tiraba edificios y en su lugar levantaba centros comerciales, la delicadeza no tenía mucho valor. Por otra parte, podía deberse a que era un ex deportista. Su ex marido también lo había sido y tenía la sensibilidad de una apisonadora, además de otras cualidades indeseables.

—No es por el marco. Bueno, por eso lo compré, pero eso no es… El caso es que cuando examiné la pintura, descubrí que tenía bastante valor. Mira la firma.

Inclinándose hacia delante, Luke apartó un trozo de papel de la esquina inferior derecha del lienzo.

—A. Metlock. ¿Y qué?

—Que Arthur Metlock fue uno de los mejores impresionistas americanos.

Luke se impacientaba. Su huésped no invitada tenía unos grandes ojos azules en una cara con forma de corazón y un aire despistado que era extrañamente atractivo. Si se hubiera presentado en su oficina de Chicago vendiendo papeletas le habría comprado una docena. Pero en aquel momento se estaba preparando para volver a Chicago y no tenía tiempo para nada más que para la decadente salud de su abuelo, a quien el médico le había diagnosticado demencia senil y le había recetado medicamentos para retardar el proceso, aunque no estaban funcionando.

—Mire, señorita…

—Johansson.

—Señorita Johansson. Así que el cuadro cuesta unos dólares más de los que pagó. No nos importa. Probablemente, el abuelo no se quede en esta casa, lo que significa que nos desharemos de todo antes de venderla.

—No puedo quedarme con esto —dijo realmente conmocionada.

Dios. Luke había olvidado lo cabezota que la gente de Divine, Illinois, podía ser.

Estaba acostumbrado al salvaje mundo de los negocios donde conseguir una ganga era el objetivo y no es que no agradeciera la honestidad de la mujer, muy pocas mujeres eran honestas, sino que no

tenía ni el tiempo ni las ganas de ocuparse de algo más.

—De verdad, no tiene que preocuparse —dijo dándose cuenta de que su tono de voz era irritado.

—Claro que estoy preocupada —su obstinación le resultó familiar —. Por lo menos cuesta veinte mil dólares.

Luke parpadeó. Tenía que estar equivocada. Su abuelo había sido un hombre sagaz en su época, había escrito libros sobre historia del arte popular, había coleccionado arte y había impartido clases en la universidad privada del pueblo.

No importaba lo mal que mentalmente estaba en ese momento, no hubiera vendido en un mercadillo un cuadro valioso. Pero entonces… Luke se frotó las sienes. El abuelo había enfermado después de la muerte de la abuela hacía tres años.

La abuela se había ido rápidamente, todavía sonreía a pesar de la velocidad a la que su enfermedad avanzaba. Pero el abuelo parecía perder un trozo de sí mismo cada día que pasaba, sin ni siquiera esforzarse por mejorar. De hecho, parecía que se había propuesto no mejorar. El amor había hecho aquello, robándole su espíritu.

Luke pensaba que el amor era inútil. Lo había traicionado más de una vez y el dolor de su abuelo era una razón más para no confiar en un sentimiento que, en el mejor de los casos, era esquivo y en el peor, destructivo.

—¿Cómo sabe que vale tanto? —preguntó—. ¿Es usted un genio del arte o algo parecido?

De repente, la mujer se sonrojó. Era un color que no quedaba mal junto a sus despeinados rizos rubios y sus ojos azules y Luke la miró con interés. Hacía mucho que no veía sonrojarse a una mujer, probablemente desde que era un crío y avergonzaba a la Pequeña Señorita 10, la más inteligente del colegio.

Abrió los ojos.

«¿Johansson? ¿Por qué no se había dado cuenta antes?»

—Si no lo veo no lo creo —dijo Luke arrastrando las palabras—. Eres Nicole Johansson.

—Y tú Taco McCade —respondió Nicki más desafiante que nunca.

Luke hizo una mueca al oír el mote del que había fardado. En los viejos tiempos había dado por hecho que era irresistible para las mujeres y que tenía un prometedor futuro como jugador de fútbol americano, hasta que en su último año de instituto, jugar al baloncesto con sus amigos se había convertido en doce semanas de inmovilización. Por aquella época fue cuando había intimado con la Pequeña Señorita 10, ya que a ella la habían contratado para que lo ayudara con sus estudios.

Los recuerdos eran tristes, el héroe futbolístico de Divine se había lesionado cuando el equipo iba a llegar a la final del campeonato estatal por primera vez. Quizá las cosas habrían sido diferentes si se hubiera lesionado durante un partido, pero el pueblo entero lo había odiado por estropearlo todo en el momento menos apropiado.

Nicki era una excepción, no le gustaba el fútbol y lo odiaba por otras razones… la mayor parte del tiempo.

—Has cambiado —comentó él.

—Tú no.

No sonó como un piropo y Luke no la podía culpar. No se había portado bien con ella entonces, porque se tomaba mal que una cría tres años más joven que él lo ayudara a estudiar y la atormentaba por ello… cuando no le tomaba el pelo para que lo besara. Ella era mona de alguna manera y él estaba aburrido y muy enfadado con Divine y con el resto del mundo. Tenía una placa en el hombro del tamaño de Canadá.

Porque era más fácil pensar en otra cosa, Luke miró el cuadro.

—Si es tan valioso como dices deberías recibir una recompensa. Por cierto, ¿cuánto pagaste a mi abuelo por él? Tengo que devolverte tu dinero —se sacó la cartera del bolsillo.

—No hace falta.

—En serio, no puedo aceptar algo a cambio de nada.

—Lo que quieres decir es que no puedes permitir tener una obligación con alguien aquí en Divine, ¿no es así?

—Todavía me analizas, ¿verdad?

—Los deportistas no son difíciles de analizar, sólo tienen una cosa en la cabeza.

—Quizá, pero tú no me lo diste, ¿verdad? porque las chicas buenas no se dan por aludidas —dijo mofándose.

—Sólo me deseabas porque era la única chica que se te acercaba. Si hubiera habido una animadora en la habitación, yo habría sido invisible. Y, además ¿adonde habríamos llegado si tú no te podías mover?

—¡Eh! Intentaba ser creativo.

—Niños, dejad de discutir —dijo una voz divertida y Luke vio a su hermana plantada en la puerta de la cocina. Había veces que podía imitar a su madre tan bien que resultaba molesto.

—¿Qué quieres, Sherrie?

—Acabo de hablar con California. Mi socia en la clínica veterinaria se ha roto una pierna y no hay nadie que pueda sustituirla.

Luke profirió una maldición y cerró los ojos para no ver la expresión de preocupación de Sherrie y las sonrojadas mejillas de

Nicki. El pasado año, la familia había pasado cada vez más tiempo en Divine intentando ayudar a su abuelo a permanecer en su casa. El había pasado en Divine las últimas tres semanas y Sherrie acababa de llegar para relevarlo.

—No te preocupes, encontraré a alguien que se haga cargo de la clínica —dijo Sherrie rápidamente.

—No, tú has pasado aquí más tiempo que nadie y no es justo pedirte que hagas más que los demás. Lo arreglaré todo para quedarme más tiempo, tú puedes irte hoy.

La vergüenza hizo que las mejillas de Nicki se calentaran mientras miraba fijamente a los dos hermanos. Estaban tratando con un problema serio y ella había dejado que un viejo resentimiento sacara lo mejor de sí misma. Un resentimiento basado en la inseguridad.

Involuntariamente miró hacia abajo. Se había puesto un vestido de algodón suelto, que iba bien con el calor que hacía aquel mes de mayo. No era elegante, pero por lo menos no era peor que la ropa que solía llevar antaño. Quizá tendría que hacer algo con su forma de vestir. Tan pronto como lo pensó, se quitó la idea de la cabeza, ya que sentía que estaba intentando llamar la atención de Luke aunque era probable que no se volvieran a ver más. Además, ella no era el tipo de mujer que gustaba a un hombre como Luke. A él le iban las mujeres guapas, sofisticadas y sexualmente seguras y ella no era nada de aquello.

—Lo siento, Nicki —dijo Sherrie—. No debí interrumpir, pero es que era como oíros cuando discutíais en los viejos tiempos.

—No pasa nada —contestó sonriendo. Cuando eran niñas, le encantaba visitar a Sherrie, aunque su padre no quería que tuviera amigos porque decía que la distraerían de sus estudios. Pero Sherrie había sido simpática cuando su hermano no lo era y solían ir a la cafetería del hospital a hablar—. Siento lo de tu abuelo, lo admiro mucho. ¿Puedo ayudar en algo?

Era un ofrecimiento de corazón, John McCade la había animado a que hiciera una carrera diferente a la que su autoritario padre quería y el profesor nunca había sabido lo que habían significado para una chica solitaria que no se sentía integrada, su calor y su amabilidad.

—Bueno, nosotros…

—No —interrumpió Luke— no necesitamos ayuda.

Las dos mujeres lo ignoraron.

—Cualquier cosa que puedas hacer nos vendría bien. Está siendo difícil mantener las cosas. ¿Qué te trae por aquí?

—Vine a devolver un cuadro que el profesor McCade me vendió en un mercadillo accidentalmente. Enseño Historia del Arte en la

universidad, pero también trabajo como tasadora para algunos museos, así que, cuando descubrí que era una obra tan valiosa, no pude quedármela —miró a Luke desafiándolo a decir algo sarcástico.

—Ésta es la bisabuela Helena —explicó Sherrie examinando la pintura y miró a su hermano con preocupación—. Tendremos que hacer un inventario de lo que hay en casa, no tenemos ni idea del valor de la colección del abuelo y, al menos, deberíamos asegurarla hasta que decidamos qué hacer.

—Me ocuparé de ello —asintió Luke.

—A lo mejor Nicki puede hacernos el inventario de la colección, es perfecta para hacer el trabajo.

—Oh, no, Sherrie, no podemos imponérselo.

—Yo me he ofrecido a ayudar —dijo Nicki con frialdad.

—¿Por qué? —preguntó Luke con franqueza—. Tú no nos debes nada.

—Yo no te debo nada a ti —soltó Nicki—, pero el profesor McCade es diferente.

Él… es… Yo me interesé por el arte cuando él venía al instituto a dar alguna conferencia. Al principio me gustaba porque ese tipo de cosas sacaba a mi padre de quicio, él quería que fuera científica o algo impresionante.

Luke la miró fijamente.

—No quiero decir eso —murmuró Nicki. Su cerebro había sufrido un cortocircuito. Algo en el oscuro pelo de Luke, en sus ojos o en su largo y poderoso cuerpo tenía un efecto químico sobre ella. En los días de escuela, solía sentirse insignificante cuando estaba a su lado, como un duendecillo a lunares amarillos mal vestido y con un corte de pelo aún peor.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó Luke impaciente.

—El profesor McCade siempre parecía alegre y yo creía que era debido a su pasión por el arte. Por supuesto que ahora sé que era, principalmente, porque amaba a su mujer y porque tenían un magnífico matri…

—Nicki. Por favor ve al grano —cruzó los brazos y le dedicó una mirada severa.

—Tu abuelo me inspiró. Le dije a mi padre que estaba asistiendo a una clase de Matemáticas por las tardes en la universidad en un programa para estudiantes avanzados, pero, en realidad, estaba yendo a una de las clases del profesor McCade.

Sé que no debería haber mentido… —su voz se fue apagando y se sonrojó de nuevo.

Luke miraba fascinado cómo el color se expandía por las mejillas

de Nicki. No podía imaginarse a las mujeres que conocía en Chicago avergonzándose por nada, y mucho menos por el recuerdo de una inofensiva mentira que habían dicho en el instituto. Quizá fuera algún truco de la blanca y escandinava piel de Nicki.

—Bueno, en cualquier caso, fue por el profesor McCade por lo que me fui de viaje a Europa y vi maravillosas pinturas y arquitectura en Italia y otros lugares. Él probablemente no lo sepa, pero cambió mi vida.

Luke suspiró entendiendo un poco mejor. Alguien como Nicki jamás se quedaría con algo valioso que no hubiera pagado en su totalidad. No cuando pertenecía a alguien que admiraba tanto.

El mundo de Luke no admitía personas tan idealistas como Nicki y nunca podría regresar a Divine para vivir tal y como ella había hecho. Después de graduarse, lo único que había querido era demostrarle al pueblo que no era un perdedor… que no era como los chicos que eran importantes en el instituto y que luego ejercían de matones en el cuerpo de policía local tratando de emular «los viejos tiempos».

Se sentía un matón incluso en aquel momento, burlándose de Nicki sobre el pasado. Era un infierno volver a casa, especialmente con viejos sentimientos merodeando como minas a punto de explotar. Pensabas que eras un adulto responsable y, de repente, ¡boom! Te encuentras actuando como si tuvieras dos años.

Obviamente, tener a Nicki cerca no era una buena idea. Luke había intentado manejar sus negocios a distancia mientras cuidaba de su abuelo y no tenía tiempo para distracciones, y mucho menos distracciones como Nicki, que además de molesta era guapa, inteligente y sexy.

Luke frunció el ceño. Aquello era extraño. No podía comprender cómo podía pensar que Nicki era sexy cuando llevaba un vestido sin formas y su obstinada nariz levantada. Pero había algo diferente en ella, una frescura innegablemente atractiva, cuando las mujeres de su círculo parecían aburridas constantemente.

—No creo que funcione —comentó él.

—Claro que funcionará —Sherrie parecía exasperada—. Si Nicki está dispuesta a realizar el trabajo, tendremos a alguien que sabemos que es honesta y competente.

El problema es que tendrás que subir al desván porque el abuelo subió muchas cosas allí cuando la abuela murió y no sé cuántas arañas y ratones habrá entre las sombras.

Nicki reprimió una sacudida. Los ratones no le molestaban, pero podía imaginar lo que Luke diría si se enterara de lo mucho que le disgustaba cualquier cosa con más de cuatro patas.

—N… no hay problema.

—No, Sherrie —dijo Luke agitando la cabeza.

—Sí.

Los dos hermanos se miraron desafiantes y Nicki sintió envidia. Podían no estar de acuerdo, pero se tenían muchísimo cariño.

—Además, Nicki podría hablar sobre arte con el abuelo. Quizá eso lo ayude. Lo hemos intentado todo, ¿por qué no esto?

La incertidumbre se apoderó de la cara de Luke y era la primera vez que Nicki veía al súper seguro Luke McCade parecer inseguro de sí mismo. Su seguridad era una de las cosas más irritantes de él. Incluso postrado en la cama del hospital con una pierna suspendida en el aire se las apañaba para ser gallito. E increíblemente guapo.

Fue Luke quien hizo que Nicki tomara conciencia sobre el sexo opuesto, aunque no había sabido qué hacer. Se había mantenido al margen hasta que conoció a Gregory «Butch» Saunders en la universidad. Por segunda vez en su vida se había enamorado del hombre equivocado. Aquella vez se había casado con el hombre equivocado, alguien que esperaba que ella mirara hacia otro lado cuando la engañaba. A veces, se preguntaba si Butch había elegido a una mujer no muy guapa porque pensaba que estaría tan agradecida por tener marido que no pondría objeciones a sus infidelidades.

—No queremos obligar a nadie —dijo finalmente Luke.

Nicki entrecerró los ojos. No quería estar con Luke más tiempo del necesario y una parte de ella esperaba que pudiera disuadir a Sherrie, pero a un vecino hay que ayudarlo cuando lo necesita porque es lo correcto.

Alguien como Luke no lo entendería. Siempre quiso hacer las cosas a lo grande.

Primero había planeado ser un famoso futbolista, después de su accidente su objetivo había sido ganar un millón de dólares para cuando tuviera treinta años, algo que había conseguido varias veces según el periódico y los chismorreos de Divine.

—No es una obligación, me encantaría ayudar —repitió Nicki intentando sonar sincera. Le encantaría ayudar, aunque preferiría hacerlo cuando Luke estuviera fuera del pueblo—. No me hubiera ofrecido si no estuviera dispuesta a cooperar.

En realidad, por el bien de su abuelo, alguien debería salvar a Luke de sí mismo. No iba a ser ella, por supuesto, pero cualquier persona.

—Eso es fantástico —dijo Sherrie—. Estás contratada.

—Contratada, no. Este verano no tengo clases y tengo mucho tiempo libre, además, es un privilegio hacer algo por el profesor McCade. Volveré por la mañana si estáis de acuerdo.

—No —soltó Luke. Ambas lo miraron—. Empieza mañana, pero te pagaremos.

—No, gracias. Ya he estado en nómina de los McCade una vez y no me gustan las condiciones.

Luke se sonrojó al recordar sus encuentros adolescentes. O quizá era su necio orgullo. Nicki no sabía por qué Luke se lo tomaba tan mal o por qué unas veces se había tomado mal su compañía mientras que otras le había dedicado sonrisas y la había invitado a calentar su cama del hospital. Ella sabía que cada vez que lo había rechazado o que lo había besado y se había echado para atrás otra vez, él se había sentido más ofendido… y su sarcasmo se había agudizado más.

Pero ya no eran adolescentes, y ella no era la misma chica insegura que se había encontrado en una situación que no había sido capaz de manejar. Tenía veintinueve años, había terminado el doctorado con veintiuno, se había casado y divorciado del hombre más mujeriego del mundo y sabía que Luke podía descolocar su vida sólo si ella lo dejaba.

Y no tenía ninguna intención de dejarle hacer algo así.

Capítulo 2

—Caramba —murmuró Nicki mientras llamaba al timbre de los McCade. Le había dicho a Luke que estaría allí a las nueve de la mañana y llegaba con casi un cuarto de hora de retraso. Ella nunca llegaba tarde, era una de sus normas, pero su vecino estaba enfermo y necesitaba que alguien le hiciera la compra, por lo que se había pasado antes por la tienda.

—Llegas tarde —gruñó Luke cuando abrió la puerta.

Normalmente, Nicki se hubiera disculpado, pero era Luke y no era una buena idea que se llevara lo mejor de ella.

—Entonces tendrás que descontármelo de mi paga.

Él pareció incómodo al recordar que Nicki estaba donando su tiempo por el respeto y el aprecio que sentía por su abuelo.

—¿Puedo pasar? —preguntó Nicki— ¿O debería usar la puerta de atrás del servicio?

—No seas ridícula —respondió Luke.

Sonrió mientras entraba, esta vez mejor capacitada para apreciar lo que la rodeaba. Una amplia y bonita escalera descendía desde el segundo piso hasta un suelo de madera que contrastaba con las alfombras orientales que había esparcidas.

Las puertas y los arcos eran de caoba mientras que las paredes blancas hacían la estancia más luminosa.

Otra vez, a través de un arco, Nicki vio al profesor McCade sentado al fondo del salón. En aquel momento estaba despierto, aunque parecía ensimismado. De forma instintiva, Nicki dio un paso hacia él, pero se detuvo y suspiró. Nunca había visto a nadie tan triste. ¿Cómo sería amar tanto a alguien que cuando lo perdieras tu vida entera se tornara gris y vacía? Daba miedo, pero, al mismo tiempo, era el tipo de amor que ella quería, la clase de amor incondicional de la que siempre había oído hablar, pero que nunca había encontrado, ni siquiera su padre se lo había dado.

—Supongo que quieres empezar por el desván. Hay muchas cosas allí.

—Creo que primero echaré un vistazo —murmuró Nicki, distraída con la mirada del anciano.

¿Estaría recordando los días felices en los que su mujer traería flores a casa y él se daría prisa por llegar para estar con ella? Nicki nunca había hablado de temas personales con John McCade, pero como autor de varios libros, había escrito sobre su mujer y la pasión que sentía por la jardinería.

—Pasa entonces —Luke procedió a pasearla por la enorme casa señalando varios lugares donde una vez hubo cuadros colgados—, pensamos que todo está en el desván —explicó.

—¿Como el cuadro de tu bisabuela?

Luke le lanzó una mirada furiosa. La tarde anterior había investigado en Internet sobre Arthur Metlock y la información que había encontrado lo había impresionado. Si el cuadro que Nicki había devuelto era original, valdría un montón de dinero.

Luke no sabía nada sobre arte, a pesar de que su abuelo había querido que se interesara en la materia y, desde luego, nunca había pensado que ninguna obra de la colección valía más que unos pocos dólares. John McCade siempre había hablado de sus obras de arte en términos de belleza y no de su valor económico. Si hubiera introducido cifras, sus lecciones habrían interesado más.

—Estoy seguro de que ha sido un accidente. Mi madre habló de deshacerse de algunas cosas de la casa que la familia no tendría interés en conservar, probablemente comenzó a reunir objetos y metió entre ellos el cuadro, pensando que no tenía ningún valor.

—Tus padres se mudaron a Florida cuando se jubilaron, ¿verdad?

Luke hizo una mueca, en el pueblo todo el mundo sabía de la vida de los demás. La intimidad no era algo que se pudiera conseguir en Divine y él prefería el anonimato de la vida urbana.

—Sí, pero han estado viniendo cada dos meses para ayudar al abuelo.

¿Necesitas algo para empezar con el inventario?

Nicki no respondió de inmediato, sino que observó el salón, donde Luke había concluido la visita. Tenía una expresión pensativa, como si estuviera ordenando ideas más que curioseando.

Nicki siempre había sido una extraña mezcla de energía nerviosa e inteligencia.

Era fácil olvidarse de que un formidable cerebro se escondía tras su costumbre de hablar demasiado, pero incluso cuando era un niño, Luke sabía que Nicki Johansson era lista. ¿Por qué no se había ido a vivir fuera de Divine? Después de cómo se había portado la gente del pueblo cuando él había tenido el accidente, Luke no había perdido tiempo para marcharse.

—Me fui un tiempo, pero luego regresé —dijo sin mirarlo.

Luke puso cara de susto al darse cuenta de que había formulado la pregunta en voz alta.

—Yo… estaba pensando si no te habrías vuelto loca aquí. Divine no es la capital intelectual del Estado.

—La universidad es excelente a nivel académico y viajo a menudo

por mi trabajo. El año pasado, un museo de Nueva York me mandó a Londres en un equipo para autentificar un Rembrandt recién adquirido.

—Pero tú vives aquí. La universidad está más cerca de Divine, pero incluso los alumnos viven en Beardington. Este pueblo se está muriendo y todo el mundo lo sabe. Apuesto a que no se ha abierto ningún negocio aquí en los últimos veinticinco años.

—Claro que vivo aquí, es mi hogar.

Hogar. Luke sacudió la cabeza. Para él no tenía ningún sentido, pero no era asunto suyo si quería enterrarse en un pueblo atrasado. Gracias a Dios que Divine sólo estaba a dos horas de coche de Chicago porque si no, habría tenido problemas para organizar sus frecuentes viajes al Illinois rural.

Luke se arrepintió de pensar lo que estaba pensando y miró a su abuelo, despreocupado y sentado frente a la fría chimenea. John McCade hacía pocas cosas a lo largo del día a excepción de dormir o girar su silla periódicamente como si huyera de un recuerdo doloroso; senilidad acelerada por la pena.

Luke suspiró.

Habían esperado que la medicina funcionase, pero no había sido así. Y si el abuelo no podía valerse por sí mismo, no podía quedarse solo. La abuela hubiera odiado verlo así. Ella había sido tan vitalista, cuidando de su jardín y su familia con el mismo entusiasmo que placer.

Una mano tocó el brazo de Luke y éste se dio cuenta de que Nicki lo miraba con preocupación.

—Lo siento mucho por el profesor McCade, de verdad —susurró ella.

—Estas cosas pasan —respondió con falsa indiferencia y encogiéndose de hombros—. No puedes dejar que te afecte.

Nicki, en lugar de conmocionada, parecía más triste que antes.

—No tienes que fingir —dijo mientras dejaba caer su mano.

—¿Quién dice que estoy fingiendo?

—Yo. Incluso un idiota podría ver lo mucho que te preocupas por el profesor McCade, y yo no soy idiota.

Luke cerró la boca. Nicki estaba lejos de ser una idiota, pero como era más fácil pensar en cualquier cosa que no fuera su abuelo, entrecerró los ojos e intentó decidir si con los años le había crecido el pecho. Llevaba puestos unos pantalones anchos y una camiseta que le estaba grande y que no se ceñía a la cintura, por lo que uno tenía que imaginar su figura. Aquello era muy típico de Nicki.

Luke recordó el día en que había entrado en su habitación del

hospital, con un montón de libros contra el pecho y vistiendo una ropa tan amplia que casi se le caía.

Había mantenido su mirada en el suelo y había dicho que la enviaban para ayudarlo con los estudios el tiempo que no pudiera ir a clase. ¿Ayudarlo con los estudios?

Ya de malhumor porque ni su novia ni las demás animadoras se habían molestado en visitarlo, se puso furioso. El día que necesitara ayuda con sus estudios de una niña fibrosa y plana sería el día que se helaran los infiernos. Había utilizado el lenguaje de los vestuarios masculinos para hacerla salir corriendo, pero en lugar de asustarse, Nicki se había sentado en una silla y se había puesto a leer en voz alta.

Al rato, Luke se había quedado sin decir palabra y había comenzado a escuchar.

El aburrimiento era un enemigo duro y ya había tenido suficiente y, además, resultó que Nicki no era tan plana como él había pensado.

—¿Quieres que empiece por algo en especial? —preguntó Nicki al ver que no decía nada sobre su abuelo. Todavía quedaba compasión en su mirada, mientras que él tenía un extraño deseo de contarle sus penas.

Los recuerdos de Luke se desvanecieron al oír su voz. Nicki no se parecía en nada a la niña que había sido, excepto por su ropa y por su orgullo. Podía haber confiado en ella en el pasado, pero en aquellos momentos, las únicas mujeres en las que Luke confiaba eran su madre y su hermana.

—No. Comienza por donde quieras.

—Gracias. Estoy segura de que tienes cosas que hacer y yo no necesito compañía. Me desconcentra, así que te llamaré si te necesito.

Lo despidió de una forma tan fría que hizo que Luke pensara que había imaginado la compasión que había visto en su rostro. Por supuesto que pensó que Nicki lamentaría el haber bajado la guardia… al igual que él lo había hecho. El hecho de estar a la defensiva era, probablemente, la única cosa que habían tenido en común.

Nicki entró en el espacioso vestíbulo intentando recobrar la compostura. No solía tener la oportunidad de explorar una casa tan maravillosa y antigua como aquélla, pero no era la casa de John McCade la que hizo subir su temperatura, sino su nieto.

Maldito sea. Nicki no se hacía ilusiones de que la detenida mirada de Luke examinando su cuerpo indicara atracción. Era normal que deportistas y ex deportistas miraran a una mujer como si fuera un pedazo de carne. Por lo único por lo que Nicki se hizo ilusiones era por no avergonzarse. Sabía que apenas llenaba una copa B de

sujetador, algo que su ex marido mencionaba regularmente, pero era inteligente y no iba a disculparse por no ser sexy.

Luke la hacía reaccionar de una forma profunda y desinhibida, haciéndola consciente de su propio cuerpo de una forma diferente. Incluso después del encuentro menos amistoso del día anterior, el tacto de las sábanas en sus piernas le había hecho pensar en él. Después, se había sorprendido pensando en él cuando se había puesto la típica ropa cómoda aquella mañana y se le había ocurrido que ponerse algo más favorecedor no sería malo. Después de todo, no trataba de que Luke se sintiera atraído por ella, sino de verse más guapa.

Por Dios, o dejaba de pensar en esas cosas o tendría graves problemas.

Lanzó una última mirada al salón y a la cara triste de John McCade y comenzó a subir la escalera. El único lugar que Luke no le había enseñado era el desván, sólo le había señalado una puerta en el segundo piso situada en la parte trasera, junto a la escalera de la cocina. Era lógico comenzar por ahí.

Aunque en el resto de la casa estaba fresco, en el desván hacía calor y Nicki se abanicó mientras observaba boquiabierta el amplio lugar. Era enorme y estaba lleno de todo tipo de objetos, desde una antigua máquina de coser a pedal, a cuadros, a una acumulación de polvo y telas de araña que la pusieron nerviosa. Realmente, odiaba las arañas.

—Las fobias indican una mente desordenada —se recordó mientras levantaba una pintura que se apoyaba sobre un perchero roto y sonrió al reconocer que era de uno de sus artistas favoritos. Al poco tiempo estaba explorando los rincones más profundos del desván.

Muebles antiguos mezclados con arte y un viejo gramófono que todavía funcionaba. En un baúl encontró un vestido de la época Eduardiana y pensó cómo le sentaría a ella un traje tan adorable. Ridículo, probablemente, pero no pudo evitar sacudirlo para probárselo por encima.

«¿Cómo será sentirse guapa y atractiva? ¿Y llevar algo con la intención de provocar? ¿Y algo sedoso y escandaloso?», pensó.

Nicki frunció el ceño y dobló el vestido nuevamente. Ella siempre había vestido ropa práctica, amplia, sin ningún estilo definido. Habría sido diferente si su madre estuviera viva, pero su padre nunca se había preocupado por nada más que por sus estudios. Más tarde, su entonces marido, celoso sin motivo, no había querido que se pusiera nada revelador.

Frunció el ceño pensando en Butch. Quizá la había amado de la

única posesiva e insegura manera de la que un deportista es capaz de amar. Le había suplicado que no se divorciara de él y le había jurado que cambiaría si le daba otra oportunidad. El problema era que ya le había dado muchas oportunidades y se había dado cuenta de que su autoestima quedaría tan machacada por sus insultos y sus infidelidades que algún día, sería incapaz de marcharse.

Lo triste era que podían haber estado bien juntos, ya que se reían de las mismas cosas, disfrutaban viendo películas antiguas y ambos habían querido celebrar su luna de miel en Disney World. Las personas que no se ríen y no juegan lo tienen muy difícil para hacer funcionar un matrimonio. Pero las cosas cambiaron justo antes de la boda. El hermano mayor de Butch, murió y él trató de ocupar el lugar de Danny en una familia que nunca aprobó que dejara la universidad cuando sólo había terminado un semestre.

—Olvídalo —murmuró. Una parte de ella estaba triste porque su matrimonio había terminado, pero otra parte se sentía aliviada.

De vez en cuando asustaba a algún ratón que chillaba y corría despavorido a esconderse. Pero fue Nicki la que chilló cuando alcanzó un jarrón polvoriento de cristal y una gorda y peluda araña se le cayó en el dorso de la mano. Estampó la araña contra la pared de enfrente y con más velocidad que gracia, corrió escaleras abajo cerrando la puerta tras de sí. Sabía que las arañas eran inofensivas, pero el exceso de patas de esas criaturas le daban escalofríos.

—¿Algo va mal? —Luke salió del despacho.

—No… Yo sólo… estoy tomando un descanso, ya sabes. Hace mucho calor ahí arriba.

—No me puedo concentrar en mi trabajo si vas dando portazos. Tengo negocios que atender.

Nicki quiso golpearlo. Su reacción hizo que se olvidara de las arañas.

—Lo siento muchísimo, señor McCade, no volverá a ocurrir.

Luke abrió la boca, pero la volvió a cerrar. No era culpa de Nicki que no se pudiera concentrar, estaba preocupado por el abuelo y tomando decisiones por él que no entendía. Nadie en la familia quería tomar una decisión, querían que un milagro hiciera que todo volviera a ser como antes. Pero el simple hecho de desearlo no iba a cambiar nada. Le daba vueltas en la cabeza una y otra vez. La familia había casi obligado al abuelo a ir al médico porque había empezado a perder memoria y el doctor Kroeger había diagnosticado la demencia senil. Los medicamentos no estaban haciendo ningún efecto y los ejercicios mentales que habían probado, tampoco. Era duro continuar con la terapia cuando el paciente no cooperaba.

De nuevo, Luke deseó poder hablar del tema con Nicki. Ella tenía los pies en el suelo y, al no ser de la familia, no dejaría que los sentimientos le nublaran el juicio.

Pero era imposible, había cosas que no se contaban a personas que eran prácticamente extrañas, y menos cuando el extraño se mostraba tan sentimental sobre el hombre en cuestión.

—No debí… No quise decirte eso. He estado trabajando en el trato sobre un terreno que no ha ido bien. ¿Has encontrado algo de valor?

—Me estoy haciendo una idea de lo que hay y de cómo organizarme —estaba pálida y frotaba el dorso de la mano contra el muslo.

Luke frunció el ceño al recordar el grito que había oído arriba.

—¿Estás segura de que todo va bien?

—¿Qué podría ir mal? Hace calor, eso es todo.

—No quiero que pases calor —dijo con las cejas todavía arqueadas —, así que bajaré un montón de cosas a una de las habitaciones vacías. Puedes trabajar ahí y cuando termines con ello, lo llevaremos a otra habitación y bajaré más objetos. Esta casa es enorme, hay mucho espacio.

—Eso es muy amable por tu parte —respondió Nicki amablemente. Luke estaba seguro de que ella odiaba decirle algo así cuando él no había sido amable ni en el pasado ni el presente.

¿Por qué Nicki había decidido vivir en Divine? Con su inteligencia podría haber hecho cualquier cosa, haber ido a cualquier sitio. Pero había decidido volver y decía que el pueblo era su hogar. Luke no podía entender cómo alguien podía vivir allí teniendo la oportunidad de irse.

—Tú debes tener familia aquí en Divine, ¿verdad? —preguntó de repente y violando su regla de no entrometerse.

—No. Mi madre murió justo después de que yo naciera y mi padre falleció cuando yo estudiaba en la universidad. Tenía una hermana en Texas, creo, pero habían perdido el contacto. Creo que no tengo a nadie más, mi padre no solía hablar de la familia.

—No sabía lo de tu padre. Lo siento.

Nicki parecía pensativa. Suspiró.

—No nos llevábamos muy bien.

Por alguna razón, Luke quería saber más, por qué ella y su padre no habían tenido una relación estrecha y por qué él no hablaba sobre la familia. Pero no era de su incumbencia.

—Bajaré unas cuantas cosas —murmuró.

Luke subió al desván. Los recuerdos se amontonaron en su cabeza. Hubo un tiempo en el que el desván de sus abuelos había sido el lugar

de las aventuras, donde Sherrie, sus primos y él habían jugado y se habían divertido. Aquel piso había estado abierto y despejado por aquel entonces y su abuela solía subir limonada y tarta de manzana para apaciguarlos cuando montaban demasiado escándalo. La tarta de manzana de la abuela era exquisita, siempre ganaba premios en la fiesta del pueblo hasta que dejó de participar.

Luke sonrió con nostalgia y agitó la cabeza. «Los tiempos han cambiado», se recordó a sí mismo. La abuela había fallecido, él no tenía ocho años y ya no disfrutaba con aventuras imaginarias. Pero era agradable recordar tiempos felices en Divine porque, normalmente, sus recuerdos eran sobre el desastroso último año de instituto.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Nicki, que lo había seguido y se asomaba con precaución a la puerta.

—No me digas que te ha parecido ver un ratón por aquí —comentó Luke, que nunca había conocido a una mujer a quien no le asustaran los ratones. Incluso su hermana odiaba a los roedores, lo que le había dado problemas cuando le habían llevado uno a la clínica veterinaria como paciente. Nicki se encogió de hombros.

—He visto varios. Tienes que poner algunas trampas para deshacerte de los viejos y después hacerte con un gato para que asuste a los nuevos. Yo no tengo nada en contra de los ratones, incluso pienso que son monos, pero son huéspedes sucios y destruyen el papel y las telas.

—¿Monos?

—Sí. Con esas grandes orejas y ojos brillantes. Los ratones de campo parecen salidos de una tarjeta de felicitación.

Luke gruñó sin dar crédito y movió una gran cesta hacia un lado. Entonces, tres ratones salieron correteando, dos de ellos en dirección a Nicki. A pesar de que había dicho que no tenía miedo, Luke pensó que gritaría. Pero pasaron entre sus pies y ella no se inmutó.

—Sin duda necesitas un gato. Da Vinci sería feliz aquí. Le encanta cazar.

—Le has puesto a tu gato el nombre de Leonardo da Vinci —se quejó Luke cuando en realidad quería reír.

Dos ratones habían saltado sobre sus zapatillas y ella no había parpadeado.

Algunos hombres no se lo hubieran tomado con tanta calma, pero ella estaba hecha de una pasta dura.

—Le va bien. Da Vinci siente curiosidad por todo, como su tocayo.

—Todos los gatos son curiosos. Es una de las características que los definen.

—No sabía que te gustaran los gatos —dijo Nicki sorprendida.

—No están mal, pero no tengo ninguno.

Nicki tomó una pintura, la miró detenidamente por delante, por detrás y por los lados. Después tomó otra examinándola con el mismo cuidado y preguntó: —¿Qué habitación quieres que utilice?

—La segunda a la izquierda del segundo piso. Era el cuarto de costura de la abuela y hay una mesa grande en la que puedes trabajar.

Asintió y bajó las escaleras llevando los cuadros como si estuvieran hechos de oro, lo que Luke pensaba si resultaban ser como el de su bisabuela. Aquello había sido suerte, un viejo retrato familiar pintado por un artista que no era importante cuando lo hizo.

Ya que Nicki había sido tan cuidadosa, Luke también observó los cuadros que llevaba, aunque no sabía qué era lo que estaba buscando. Quitó unas cuantas arañas con sus telas, aunque éstas no hacían ningún daño.

—¿Necesitas algo más? —preguntó Luke cuando hubieron bajado unas cuantas cargas y llenado una parte de la habitación con pinturas. El reconocía algunas de ellas de cuando habían estado colgadas en la casa; otras eran desconocidas.

—No, gracias —abrió su maletín y sacó cuadernos y lupas—. No dejes que te entretenga.

Luke frunció el ceño. Otra vez, estaba siendo despedido. Intentó recordar que Nicki era una profesora de universidad y que estaba acostumbrada a tratar con alumnos, sólo que él no era un estudiante, estaban en la casa de su abuelo y él todavía quería saber más sobre ella.

Nicki parecía tener una curiosa y atractiva paz interior, pero eso no era todo.

Era diferente a las mujeres que conocía. Ella no escondía sus sentimientos tras una sofisticada apariencia y parecía una mujer dispuesta.

—¿Cuánto tiempo pasaste en Europa en tus viajes de estudiante? —preguntó mientras daba la vuelta a una silla y se sentaba a horcajadas.

—Pensé que estabas ocupado —contestó ella sobresaltada.

Luke se encogió de hombros y sonrió. Sí que tenía trabajo, mucho. Tenía que revisar y firmar contratos y proyectos, tenía negociaciones pendientes, tenía que hacer llamadas, mandar emails y mucho papeleo que revisar. Mucho dinero dependía de la atención que le prestara a sus negocios, pero, en aquel momento, prefería hablar con Nicki. Ese sentimiento le recordó que ella era una distracción que podía llegar a ser problemática.

—He decidido tomarme un pequeño descanso. ¿Cuánto tiempo?

—La primera vez, tres meses y la segunda, seis. También hice un curso intensivo en la Sorbona unos cuantos meses.

Aunque él esperaba que Nicki no parara de hablar como siempre, ella se inclinó sobre un pequeño cuadro y comenzó a examinarlo como si le fuera la vida en ello.

—¿Qué fue lo que más te gustó?

—¿Por qué estás todavía aquí? —respondió mientras tiraba un cuaderno encima de la mesa y lo miraba.

—¿No quieres que termine el inventario rápidamente? Estoy segura de que soy la última mujer con la que quieres pasar el rato, siempre has preferido mujeres con una talla de sujetador mayor que su puntuación en un test de inteligencia.

—Mira, si te sirve…bueno, yo… siento cómo me comporté cuando éramos niños. Fui un estúpido, vale. Tienes todo el derecho a odiarme.

—No tiene nada que ver con cuando éramos niños. Es que, obviamente, no has cambiado, prácticamente tienes «ex deportista» tatuado en la frente.

No era difícil adivinar que los ex deportistas no eran el tipo de hombre preferido de Nicki. Tenía que estar claro considerando la forma en la que no había podido controlar sus incómodos pensamientos sobre ella. Pero desde después del accidente, le disgustaba que lo llamaran deportista. Estaba a punto de decirlo cuando Nicki se adelantó:

—Y además, no te odio —añadió.

—Sí, claro.

—Es sólo que no me gustas mucho —admitió y entonces, sintió cómo se sonrojaba—. Lo… siento —se llevó las manos a las mejillas y miró de reojo para ver lo enfadado que estaba Luke. Para su sorpresa, parecía complacido.

—Ésa es una de las pocas cosas honestas que una mujer me ha dicho nunca — murmuró pensando en la que una vez había sido su prometida, Sandra, diciendo que lo adoraba solamente para continuar acostándose con él. Una cosa que había aprendido al dejar Divine era que en las mujeres de las ciudades se podía confiar menos que en las de los pueblos.

Dios, qué estúpido había sido con Sandra. Había estado tan locamente enamorado que no había visto la realidad. Incluso había golpeado a su mejor amigo por sugerir que ella no se caracterizaba por su virtud. Luke hizo una mueca al recordar su enfado y la sangre que salía del corte en el ojo hinchado de su amigo.

—No conoces a las mujeres adecuadas —comentó Nicki interrumpiendo sus pensamientos.

Se encogió de hombros. No importaba. Después de aceptar la verdad sobre Sandra, había decidido que no tenía ningún sentido casarse cuando podía disfrutar de romances transitorios con mujeres de mentalidad parecida.

—Sherrie opina lo mismo, pero no entiende que… —se paralizó al oír una voz en el primer piso.

Luke bajó las escaleras rápidamente y Nicki lo siguió. Nunca había oído la voz del profesor McCade enfadada.

—No… no me lo puedo creer… tanto desorden. El Pequeño Sargento nunca hubiera permitido esta desgracia. Tengo que ordenar este lugar… nunca había estado tan mal… ¿De dónde sale todo esto?

Las puertas correderas que daban al jardín estaban abiertas y el señor McCade estaba rompiendo unas flores que había junto a la casa.

—Abuelo, por favor, entra en casa. Te prometo que lo arreglaremos todo —dijo Luke agachándose a su lado.

—Déjame en paz. Es culpa mía. Nunca debí permitir que esto pasara. Le hará tan infeliz. No puedo soportar que ella no sea feliz —continuó arrancando la hierba larga con sus blancas y temblorosas manos.

—Por favor, abuelo, yo me ocuparé de eso —Luke tomó a su abuelo por el brazo, pero éste se soltó enfadado. Luke miró a Nicki con una expresión de dolor.

—No sé qué hacer —murmuró.

—Está bien, profesor McCade, nosotros nos ocuparemos del jardín —dijo sin pensarlo mientras se arrodillaba y le ponía la mano en el hombro al anciano.

Su voz tranquila pareció tener más efecto que la voz frenética de Luke. El anciano se volvió y dijo:

—La decepcionará tanto…

—Entonces nosotros lo arreglaremos para que no se decepcione.

—Era tan hermoso… —explicó mientras la lágrimas caían por sus mejillas—.

Ella pintó este jardín para mí. Un lienzo vivo. El arte, jovencita, no se limita a los museos.

Aquello último sonaba tanto a las clases del viejo profesor McCade que Nicki sonrió.

—El arte es el cómplice del amor —dijo Nicki, aunque no acabó la cita que tanto le había oído decir en sus clases… «Si quitas el amor, ya no hay más arte».

No creía necesario recordarle que le habían quitado a su amor.

—Siempre fue una excelente estudiante, señorita Johansson.

El hecho de que recordase su nombre sobresaltó a Nicki e hizo que

mirara a Luke, que estaba tan sorprendido como ella.

—Gracias, profesor. Estoy enseñando en la universidad.

—Sí, yo la recomendé para el puesto cuando me jubilé.

Aquello también fue una conmoción. Nicki había sido tímida en todas sus clases, especialmente cuando había estado dando clases a Luke y sus sentimientos oscilaban entre el encaprichamiento y el odio. Aunque era amable con sus alumnos.

Nicki nunca había esperado que el profesor McCade prestara atención a una alumna más joven de lo normal que se sentaba al fondo de la clase. Sin duda, no había parecido reconocerla en el reciente mercadillo.

—Gracias, señor. Le agradezco su confianza.

—Está bien merecida.

Los ojos de profesor comenzaron a ver borroso cuando miró de nuevo hacia el jardín. Era hermoso, aunque estaba descuidado. Nicki podía sentir el amor que perduraba en aquel lugar y supo que también había belleza en el recuerdo del amor.

Su amor había cambiado de forma y no era palpable, pero tampoco se había perdido.

—Prometes arreglarlo para el Pequeño Sargento —susurró el profesor McCade.

Era una afirmación más que una pregunta.

—¿El Pequeño Sargento? —preguntó Nicki.

—Mi abuela —respondió Luke.

Nicki pensó si era una promesa que podía cumplir, ya que nunca se había dedicado a la jardinería y estaba segura de que Luke no iba a querer tenerla cerca más tiempo del necesario; pero sintió la llamada de trabajar con la tierra y de pintar con seres que crecían y si, además, podía ayudar al profesor McCade ¿cómo iba a negarse?

—Sí, lo prometo. Quizá podamos contratar a un jardinero, lo arreglaría todo en unos días.

—No. No en su jardín. No lo permitiré.

—Esta bien —dijo Nicki suavemente—. Pero hace demasiado calor para trabajar aquí fuera ahora mismo. Vamos dentro, comenzaré mañana por la mañana.

Lo llevaron dentro, donde se sentó en la misma silla que antes, pero en lugar de quedarse ensimismado, miraba hacia fuera.

—Me lo has prometido.

—Sí, se lo he prometido.

Capítulo 3

Luke tomó a Nicki de la mano y tiró de ella hacia la biblioteca, donde había libros ordenados en estanterías que iban del suelo al techo. Se sentó en una silla y se frotó las sienes. Nicki lo observaba mientras intentaba entender cómo había dejado que él la afectara tanto, creando un ambiente que no deseaba. Luke era un tipo ruin.

Ella había devuelto aquel bonito cuadro y lo único que había llamado la atención de él era su valor económico. Luke McCade era el último hombre que Nicki podía encontrar atractivo, en parte por su parecido a su ex marido y en parte porque era muy diferente a ella. A Luke no le gustaban los pueblos pequeños, no le interesaba para nada el arte. Le preocupaba su abuelo, pero era conocido por ser un hombre de negocios sin sentimientos. Nicki tenía la impresión de que si se enamoraba del Luke adulto sería mucho más difícil sobrevivir que a su desengaño infantil.

La atracción física era agradable, pero era más importante respetar a alguien y tener cosas en común con esa persona.

Nicki se mordió el labio y se sentó en una silla cercana, pensando en cómo en menos de una hora había pasado de no gustarle nada Luke a… admirar sus bíceps.

Necesitaba encontrar su fuerza de voluntad rápidamente. Pensar en tener una relación con alguien como su ex marido hizo que se le encogiera el estómago. No servía de nada que Luke se hubiera disculpado. Bueno, que se hubiera disculpado, de alguna manera.

—Gracias por la ayuda —dijo Luke después de un largo minuto—. Intentamos contratar un servicio de jardinería cuando murió la abuela, pero el abuelo no quiso.

Él se las apañaba para cortar el césped y regar, pero no quería extraños en el jardín de la abuela ni en la casa.

—Pero yo soy tan extraña como cualquier otra persona de Divine. Aquí nos conocemos los unos a los otros y probablemente se familiarizaría con la persona que trabajara en el jardín.

—Contigo es diferente. No sé por qué. Quizá sea porque fuiste alumna suya y porque te recomendó para el trabajo. Nos cuesta mucho arrancarle alguna palabra, pero cuando se ha dado cuenta de que estabas aquí ha empezado a hablar.

—Es porque tenemos algo en común.

—Lo sé. El arte. Pero he intentado que viera a sus amigos y a otros profesores de la universidad y nada ha funcionado. Tiene que haber algo diferente en ti.

Nicki pensó que no sólo era arte, era un profundo aprecio por el amor y la belleza. A menos que alguien pudiera conectar a ese nivel, no sería lo mismo.

—El jardín parece muy importante para él.

—Sí, pero no te preocupes, no tienes que trabajar en él.

—¿Y si quiero trabajar en él? ¿Y si cumplir mi palabra es importante para mí?

—El abuelo no es él mismo. Mañana no recordará lo que ha ocurrido, probablemente no lo recuerde ahora.

—Yo no estoy tan segura de eso. Pero no importa porque yo sí que lo recordaré —dijo Nicki lo más amablemente posible. No estaba tan convencida como Luke de que su abuelo lo olvidaría. Algo en la cara del viejo profesor había indicado más lucidez de la que su familia parecía creer.

—Te estoy diciendo que es igual —respondió Luke exasperado.

Nicki intentó no enfadarse. Aun si Luke era un insensible deportista, ella debía ser comprensiva. Después de todo, había regresado a Divine para ayudar a su abuelo. Mucha gente no se hubiera molestado o hubiera contratado a alguien que se ocupara de todo.

—Si no quieres tenerme cerca tanto tiempo me podrías ayudar a hacerlo más rápido.

—No es que no quiera tenerte cerca. Pero el jardín tiene más trabajo del que piensas.

—Eso no importa. Me gusta estar ocupada y tener cosas que hacer. Mis clases han terminado y tengo mucho tiempo libre, excepto los jueves que reparto comida a los presos o cuando tengo reuniones. También trabajo como voluntaria en la residencia de ancianos dos veces al mes, pero, de todas formas, no se trabaja en el jardín por la noche.

—¿Qué haces en la residencia de ancianos? Supongo que impartes alguna clase.

La cara de Nicki se ablandó. Luke no tenía por qué saber de sus múltiples actividades como voluntaria, probablemente pensaría que era provinciano estar involucrado en asuntos de la comunidad a pequeña escala.

—Soy la encargada de leer los números del bingo.

—¿La encargada de leer los números del bingo?

—Sí. Es mejor que el strip póquer.

—No me gusta el bingo, pero no me importaría jugar al strip póquer.

Podríamos jugar ahora si quieres, pero tengo que advertirte que

soy muy bueno formando escaleras.

—Eres patético. Ve a jugar con una de tus ex novias.

—Están todas casadas.

—Afortunadamente no contigo.

—Sí, hice bien en escapar. ¿Tú me ves conduciendo una furgoneta y bañando al perro todos los domingos?

—Sólo si desarrollas amnesia o te hacen un transplante de personalidad.

—¿Has visto lo que es la vida? He estado a salvo de que alguien llegara a domesticarme.

Luke sonrió mientras que Nicki puso los ojos en blanco, aunque pudo ver un indicio de risa en ellos. Después de la escena con su abuelo, se sentía como si lo hubiera atropellado un camión. Pero Nicki era aire fresco. Quizá no fuera mala idea tenerla por allí algunos días y si quería trabajar en el jardín de su abuelo, estaba bien.

Se daría por vencida enseguida. Estaba acostumbrada a enseñar, no al trabajo físico.

—¿Por qué no te has casado? —preguntó Luke.

—¿Quién dice que no lo he hecho?

La idea de que Nicki pudiera estar casada o incluso, que podía haber estado casada alguna vez, lo molestaba.

—Es que utilizas tu apellido de soltera y no llevas anillo.

—Y tú piensas que eres moderno. Vivimos en el siglo XXI, muchas mujeres no llevan anillo o no se ponen el apellido de sus maridos —Nicki giró la cabeza, sus rizos rubios volaron por el aire y Luke recordó cómo solía recogerse el pelo en una coleta dejando un flequillo que le tapaba los ojos.

Nadie había mirado sus ojos en los viejos tiempos y también era una pena. Eran claros, azules y brillantes y emitían cualquier emoción que ella intentaba ocultar. A él le gustaban los ojos grandes. También le gustaba que las mujeres tuvieran otras partes de su cuerpo grandes, pero los ojos eran importantes.

—¿Me estás diciendo que estás casada? —la miraba convencido de que la respuesta era no, pero queriendo oír la confirmación. Había tonteado con ella y tontear con mujeres casadas se lo tenía prohibido.

—Divorciada —respondió con la boca pequeña— y antes de que hagas una asunción estúpida, fui yo quien lo dejó. Éramos incompatibles.

Luke agradeció la información, pero quería saber por qué no eran compatibles.

¿Quería decir que no eran compatibles en la cama o en otro aspecto? Quería detalles.

Estaba acostumbrándose a la curiosidad del pueblo muy deprisa, así que se sentó sonriendo y esperando que Nicki, por su carácter hablador le respondiera a sus preguntas sin tener que preguntarlas.

—Tendré que venir muy temprano si voy a trabajar en el jardín — dijo ella decepcionándolo.

Obviamente no quería hablar de su divorcio. No podía culparla, a él tampoco le gustaba hablar sobre su ex prometida y las razones por las que habían roto.

—¿Por qué tan temprano?

—No me gusta el calor.

—Vives en Illinois —le recordó Luke—. Los veranos aquí son cálidos y húmedos.

—Estamos a finales de mayo, sufrimos una ola de calor y yo me quemo en cinco minutos. Si tú quieres trabajar a mediodía, hazlo. Yo soy más sensata.

—No. Yo no tengo ni idea.

—¿Quieres decir que hay algo que el magnífico y poderoso Luke McCade no puede hacer? ¿O es que no quieres ensuciarte las manos estos días? Supongo que estás demasiado ocupado zampando propiedades y ganando tu próximo millón de dólares.

—Deberías ponerte pantalones cortos si tanto te molesta el calor — respondió Luke con el mismo tono irónico. Intentó imaginar a Nicki con algo que no le estuviera cuatro tallas grande, pero no pudo—. Algo con menos… tela.

Nicki tenía la piel más suave que había tocado. Se acordó de su tacto en sus callosos dedos adolescentes y de la frustración que sentía cuando se apartaba de él, asustada, cuando la cosa se ponía interesante. Aparentemente, y según la ropa que llevaba, todavía se sentía insegura con su cuerpo, aunque Luke apostaría cualquier cosa a que era sensual. La forma que tenía de tocar las cosas, acariciando superficies con los dedos con un placer inconsciente, era lo que hacía que Luke pensara de ese modo.

—No puedo llevar pantalones cortos. No quiero asustar a tu abuelo.

Luke no pudo evitar reírse.

—El abuelo no es un mojigato. Quizá yo no haya prestado demasiada atención a sus obras de arte, pero sé que le gustan los desnudos.

Luke sonrió al recordar a su abuelo enseñándole pinturas de mujeres desnudas, quizá porque sabía que eran más atractivas para un adolescente que los bodegones o las imágenes mañanas.

—Había una con el pelo largo que estaba de pie sobre una concha.

—*El Nacimiento de Venus* de Boticelli —dijo Nicki. Se levantó y sacó un libro de una de las estanterías—. Aquí está.

—Es bonito.

—Lo sé. No tiene los pechos lo suficientemente grandes como para que te guste —comentó Nicki al oír el poco entusiasmo de su voz—, pero la mayoría de las mujeres no pueden estar delgadas y llenar una talla cien de sujetador al mismo tiempo. No sin cirugía. Entonces, su pecho ni parece ni tiene un tacto natural, pero supongo que eso no te importa.

—No estoy tan obsesionado por los pechos grandes como tú crees —se defendió.

—Ya, claro.

—No, no lo estoy —le gustaban los pechos y punto. Era cierto que en una época había estado obsesionado, pero en aquellos momentos, la talla no lo era todo.

—Vale —Nicki cruzó los brazos y lo miró con dureza—. ¿Cuándo fue la última vez que saliste con una mujer que no pareciera el póster central de *Playboy?*

Luke lo pensó y se dio cuenta de que Nicki tenía razón. Sólo había salido con mujeres que tenían medidas de un póster. La miró molesto y avergonzado al mismo tiempo.

—¿Se te ha ocurrido que he podido crecer un poco desde el instituto? — preguntó evitando responder.

—No. Los deportistas nunca crecen.

—A veces no tenemos otra opción.

Luke se frotó la rodilla. Todavía le dolía de vez en cuando, cuando hacía frío en Chicago y soplaba aire del lago. Las antiguas heridas no lo molestaban normalmente, pero habían terminado con su carrera antes de que empezase.

—Luke…

—Tengo que hacer una llamada —dijo odiando la forma en la que Nicki lo había mirado. No había querido compasión por aquel entonces y no la quería ahora—. Pero si te molesta tanto el calor, deberías pensar en ponerte pantalones cortos —añadió suavemente.

—Sí, vale.

Luke no sabía si se refería a ponerse pantalones cortos o a dejar un tema sobre el que no quería discutir. Nicki era más directa que cuando eran niños, pero se daba cuenta, mejor que nadie, de lo que eran asuntos privados; aunque a veces continuara interrogando.

—¿Crecido? —murmuró Nicki minutos más tarde mientras miraba los libros de las estanterías de la biblioteca.

—Ya.

Sacó algunos libros sobre jardinería. ¿Era tan complicado? Se trataba de plantar algo en el suelo que crecería. Era simple. Al igual que Luke. No era que Luke fuera estúpido, pero usaba su cabeza de la misma manera en que solía jugar al fútbol: como un bulldog que corría hacia delante sin mirar a los lados. No había ni un ápice de delicadeza en su cuerpo, lo que, probablemente, él habría encontrado útil como promotor inmobiliario. Tampoco era que los deportistas fueran retrasados, aunque a menudo se comportaban como tal.

Nicki suspiró al recordar a su ex marido. A ella no le había importado que Butch no hubiera terminado la universidad, pero, al parecer, a él sí le molestaba. De manera extraña, parecía sentirse orgulloso y resentido a la vez porque su mujer se hubiera doctorado joven. Poco después, ella había odiado la manera burlona en que la llamaba «Doctora Sanders».

—No lo pienses —se dijo Nicki.

Se sentó en una de las sillas y comenzó a leer. Sólo veinte minutos más tarde decidió que la jardinería no era tan sencilla como pensaba. Entre los distintos tipos de tierra, la concentración de humedad y el grado de acidez, la cantidad de sol que debían recibir o no y otros cientos de cosas, era un milagro que algo creciera.

Nicki cerró los ojos y pudo ver colores y texturas de plantas y se imaginó el tacto de la tierra entre sus dedos. Se levantó, miró por la ventana y se movió de un cuarto a otro, buscando más ventanas. Las ventanas eran como marcos de cuadros y se imaginaba pintando un jardín entre aquellos marcos: flores, caminos serpenteantes, agua saltando en fuentes y estanques y una miríada de colores y formas.

—Si cuesta tanto trabajo pensar, no sé por qué alguien debería molestarse — interrumpió Luke.

—¿Por qué entras a hurtadillas?

—No he entrado a hurtadillas, he entrado andando.

—Probablemente, para ti sea lo mismo.

—Sigue así y no te daré de comer.

—Iré por algo —dijo Nicki sorprendida al ver que era casi la una.

—He encargado comida china.

—No espero que me des de comer. Puedo traerme algo.

—Claro que te voy a dar de comer. Pero no te preocupes, puedes llevarte la comida a otra habitación si soy tan mala compañía.

No respondió y cuando llegó la comida, los tres se sentaron en la mesa de la cocina. El profesor McCade comió mecánicamente sin mirar nada, mientras que Nicki comió tratando de mirar cualquier cosa que no fuera Luke. Por alguna razón el muy cínico se estaba

divirtiendo a su costa, aunque no era nada nuevo. Siempre había bromeado sobre su ropa, su pelo y todo lo demás. Nicki se entristeció al recordar que todavía le ponía fácil a Luke que se riera de ella. Su ropa tenía demasiada tela… colgaba de ella como si hubiera perdido veinte kilos.

¿Pantalones cortos?

Pensó si tenía algún par de pantalones cortos que fueran sexys sin ser escandalosos para no ofender al profesor McCade. El día anterior, Sherrie llevaba pantalones cortos y una camiseta ajustada, aunque con las nietas probablemente se fuera más flexible.

—No has comido casi nada —observó Luke mientras Nicki ponía las sobras en la nevera, donde había más sobras.

—Estoy a dieta. Esta camisa solía quedarme bien y estoy intentando no volver a rellenarla.

Era una mentira, pero, por primera vez, no le importaba.

—¿Te valía? —la miró y se rió—. Ni hablar. Nunca has sido lo suficientemente grande como para llenar esa camisa.

—Y tú qué sabes —murmuró ella.

—Lo sé.

Riéndose entre dientes y agitando la cabeza, Luke encendió el aire acondicionado y se dirigió a su ordenador y su fax mientras Nicki regresaba a su inventario. Cuidadosamente, documentaba la información de cómo iba realizando su evaluación y anotaba temas sobre los que investigar… sólo para encontrarse golpeando el papel con el lápiz y pensando sobre su vestuario.

¿Tenía unos pantalones cortos decentes? No los desgastados y cortados que se había puesto para ayudar a los jóvenes de la iglesia a limpiar coches y así recaudar fondos, sino unos que hicieran que Luke se tragara sus palabras sobre su manera de vestir.

Nicki apoyó la barbilla en una mano. Haber vuelto a ver a Luke había desencadenado una serie de pensamientos junto con una serie de altibajos emocionales. Parecía como si toda su vida hubiera evitado ser advertida. Se habían movido de un lado a otro. La salud había apartado a su padre del trabajo frecuentemente y finalmente, se habían establecido en Divine cuando ella estaba en el octavo curso. La ropa le llegaba, principalmente, de tiendas de segunda mano y había sido humillada cuando una compañera se había metido con ella por llevar ropa que había pertenecido a su hermana mayor. Así que, para evitar que aquello volviera a suceder, elegía ropa que las niñas de su edad no se pondrían.

Por supuesto que Nicki pensaba que había otra explicación sobre las elecciones que hacía, probablemente fuera una de esas cosas

psicológicas, como miedo a resultar ridícula si intentaba estar atractiva y fallaba. Pero aquélla no era una razón para continuar vistiendo mal. ¿Verdad? No tenía que dejarse guiar por los resquicios que su infancia y su matrimonio habían dejado en su subconsciente. Probablemente no fuera la mujer más sexy del mundo, pero tampoco era la más fea. Estaba bien ponerse algo bonito que la complaciera, decidió finalmente.

A las cuatro, Nicki admitió su derrota y puso el trabajo a un lado. Había una boutique en el centro de Divine que tenía ropa bonita. Había visto su escaparate muchas veces y se había sentido tentada a entrar. Quizá entonces fuera el momento.

No sabía si tendría agallas para vestirse de forma diferente delante de Luke y arriesgarse a que se riera de ella, pero nunca lo sabría si no lo intentaba. Además, él la había desafiado al decirle lo de los pantalones cortos. Luke no pensaba que Nicki fuera a hacerlo.

Había oído el teléfono y a Luke caminando por el vestíbulo unas cuantas veces, probablemente para comprobar que su abuelo estaba bien, pero aparte de aquello, la casa estaba en silencio.

—¿Luke? —dijo al llamar a la puerta de donde él había salido antes—. Me voy ya. Volveré mañana temprano. ¡Ah! Me llevo algunos libros de jardinería.

La puerta se abrió cuando ella se estaba dando la vuelta.

—¿Algún descubrimiento en cuanto a los cuadros?

—Bueno, no he encontrado ningún Picasso ni ningún Rembrandt, pero hay piezas de valor. Es increíble que estuvieran almacenadas en el desván de esa forma.

—El abuelo se rindió cuando murió la abuela. Vivían el uno para el otro.

—Yo creo que puede mejorarse.

—No. Yo no creo en el conejo de Pascua, Papá Noel o el ratoncito Pérez. Esto es lo que hay.

—¿No quieres que mejore?

—Claro que sí —las palabras prácticamente explotaron en su boca. Cerró los ojos e intentó calmarse. Después de un minuto volvió a mirar a Nicki—. El médico dice que el abuelo sufre demencia senil y que probablemente viene de lejos. Alguien en la familia tiene que ser realista y hacer frente a los hechos, y parece que soy el único dispuesto a hacerlo.

—¿Hechos?

—Sí. Hemos probado medicación y varias formas de terapia mental y física y ninguna de ellas ha ayudado. Es obvio que no puede permanecer en la casa, y más cuando no está dispuesto a permitir que

contratemos a alguien para que se ocupe de él.

—Pero…

—No. El abuelo te vendió ese cuadro de la abuela, ¿por cuánto?

—Cinco dólares.

—Y vale veinte mil. ¿Te parece que pueda cuidar de sí mismo?

Nicki agitó la cabeza con una expresión de aflicción en su cara y Luke sintió el mismo dolor que cuando le dijeron que no podía seguir jugando al fútbol. Sólo que esa vez era mucho peor.

Habían perdido a la abuela y parecía que también estaban perdiendo al abuelo.

Y allí estaba él, perdiendo el control de la forma que odiaba hacerlo, pagando con Nicki su enfado y frustración, igual que había hecho hacía catorce años.

Los pequeños pueblos eran así. Las vidas se entrelazaban unas con otras y las viejas cicatrices se abrían. Aun así, Luke recordaba los buenos momentos que había pasado con Nicki en el hospital cuando ella olvidaba que lo odiaba. Momentos en los que él había sido capaz de olvidar que el médico le había dicho que no jugaría más al fútbol. Momentos que habían sido posibles gracias a que Nicki era inteligente, tímida y a que besaba muy bien cuando no le preocupaba que les pudieran pillar.

—¿Qué harías si intentara que me dieras un beso? ¿Por los viejos tiempos?

—Pensaría que estás aburrido.

Una parte de él estaba aburrido por estar fuera de su casa y su vida normal, pero ésa no era la razón por la que había preguntado. Nicki lo perturbaba. A ella no le gustaba él, cosa que no tenía por qué preocuparle, pero que comenzaba a fastidiarlo.

—No estoy aburrido. Tengo demasiado trabajo como para estar aburrido. Sólo me lo estaba planteando. Antes no me decías que no y te apostaría algo a que incluso considerabas llegar a algo más que besos y flirteo.

—Sí, pero también he crecido y he descubierto que algunos hombres son muy atractivos, pero no tienen sustancia.

—¿Estás hablando de mí o de tu ex marido?

Nicki se enfadó, pero sonrió y le dio unas palmaditas en la mejilla.

—¿Qué te ha pasado, Luke? Has perdido tu tacto. Antes encandilabas mejor a las chicas para que te besaran.

—¿Eso es por lo que tú me besabas, porque estabas encandilada?

—Quizá pensaba que había un chico agradable bajo esa estúpida apariencia de macho. Desgraciadamente, estaba equivocada.

—Lo creas o no, la gente cambia. Tómate algo de tiempo para

conocerme de nuevo y quizá te sorprenda —dijo. Entonces le dedicó una encantadora sonrisa, la que en el pasado solía funcionarle.

Nicki entrecerró los ojos y Luke supo que estaba luchando entre los instintos y la honestidad.

—¿Qué te parece? —preguntó él.

—No hay suficiente tiempo en el mundo para eso —dijo mientras se daba la vuelta y caminaba resueltamente.

Luke se rió mientras Nicki desaparecía por las escaleras. La honestidad había ganado.

Capítulo 4

Estaba amaneciendo cuando Nicki aparcó delante de la casa de los McCade. No se atrevía a mirarse por miedo a volver a su casa a cambiarse.

—La gente lleva pantalones cortos continuamente —se regañó a sí misma.

Y sus nuevos pantalones cortos eran respetables. Le llegaban hasta la mitad del muslo y terminaban en un recatado y bien arreglado doblez. La camiseta era como la que cualquier otra mujer se ponía, aunque se ceñía a su cuerpo de una forma nueva para ella. Le llegaban recuerdos del pasado, recuerdos de las pequeñas crueldades de otros niños, del desinterés de su padre, de su ex marido. Éste había salido con mujeres que vestían como prostitutas, aunque quería una mujer tradicional y correcta en casa para apaciguar a su tensa familia.

Ella no sabía… Las cosas habrían sido diferentes si Butch no hubiera tenido que hacerse cargo del negocio familiar, pero la muerte de su hermano lo había empujado a aquella situación. Irónicamente, Butch había demostrado tener talento para su negocio. Demasiado talento para el gusto de Nicki. Dejó de importarle a quién perjudicaba en su camino a la cima del mundo de los negocios, aunque Nicki podía constatar que había comenzado decentemente. O quizá era lo que ella quería creer porque necesitaba pensar que había una razón para que hubiera podido amarlo al principio.

Nicki suspiró y tocó el doblez de sus pantalones. Durante años, no había pensado demasiado en su ex marido, pero quizá era normal pensar en él en aquellos momentos, ya que Luke McCade era el único otro hombre que había amado y allí estaba, vestida para resultarle atractiva y queriendo pensar que no se parecía al hombre con el que se había casado.

—Todos cometemos errores —murmuró.

No tenía que dejar que el pasado influyera en el futuro, pero tampoco tenía que cometer los mismos errores. Butch y Luke eran ambos ex deportistas que se habían convertido en duros hombres de negocios y ambos le habían llegado al corazón. Y no estaba dispuesta a que volviera a suceder. La próxima vez que se enamorara, sería de alguien a quien mereciera la pena amar.

Nicki salió del coche y anduvo hasta la parte trasera de la casa con un saco lleno de utensilios que pensaba que podría necesitar y se arrodilló al lado de las flores que habían hecho enfadar al profesor McCade el día anterior. Como la mala hierba era lo más fácil de

identificar, sacó el viejo cuchillo de cocina que había traído y comenzó a cavar en el extremo de una gran mata. Quitando la tierra de las raíces, puso el matojo a un lado. Según iba trabajando, comenzó a identificar las diferentes variedades de plantas que había estudiado la noche anterior. Con tanto cuidado como si estuviera sujetando pinturas de Georgia O'Keeffe o de Monet, separó las plantas de las malas hierbas.

Sentía cómo el aire fresco tocaba sus extremidades y se colaba por el fino algodón de su camiseta mientras que el olor de la tierra y las plantas llenaban sus pulmones. ¿Qué más se había perdido mientras había estado escondida tras sus libros, sus clases y su ropa práctica?

No era un pensamiento nuevo. Desde que había visto a Luke de nuevo, se había vuelto más consciente de su cuerpo que en cualquier otra etapa de su vida. No le gustaba saber que era Luke quien la afectaba de esa manera, pero, de todas formas, le gustaba el sentimiento.

De vez en cuando, Nicki miraba la relativamente pequeña cantidad de plantas que había conseguido y el jardín grande con sus caminos y áreas para sentarse. Le llevaría mucho tiempo dejarlo bonito otra vez y quería disfrutar cada momento. No todos los días se puede restaurar una obra de arte y el jardín del Pequeño Sargento era puro arte.

Luke gruñó al darse la vuelta en la cama mientras metía la cara en la almohada huyendo de la luz matutina. Tenía la cabeza como si se hubiera bebido una botella de whisky, pero no había hecho algo tan estúpido desde la noche que le había dado un puñetazo en la cara a su mejor amigo.

Su amistad había sobrevivido a aquel incidente, pero Luke se sentía culpable cada vez que veía la cicatriz sobre el ojo de Randy y recordaba lo estúpidamente que había reaccionado sobre su prometida infiel. Había prometido no perder el control de esa manera nunca más.

Abrió un ojo, miró el despertador y gruñó.

—¿Cómo diablos pueden ser las ocho y cinco? Sólo he dormido diez minutos.

Todo estaba tan silencioso que podía oír una mosca revoloteando en la ventana y una parte de él se sintió bien por el fracaso de Nicki, aunque a la otra parte, le hubiera gustado que hubiera mantenido su promesa.

Se puso unos vaqueros y bajó hasta el dormitorio de su abuelo.

—¿Abuelo? —llamó a la puerta, pero todo estaba en silencio. Luke se quedó de piedra cuando entró y vio la cama vacía—. Idiota —murmuró. El problema del abuelo no era su salud física. John McCade

era como un roble y el médico había dicho que viviría hasta los cien años.

Luke bajó las escaleras de dos en dos y se detuvo cuando vio a su abuelo sentado en su silla. Estaba completamente vestido, algo que no hacía solo desde hacía semanas y miraba por las puertas de cristal que daban al jardín. Luke se preguntó si recordaría la promesa que Nicki le había hecho de trabajar en el jardín aquel día. Si lo recordaba era buena señal, podía significar que…

No. Luke agitó la cabeza. Era demasiado estúpido esperar esas cosas. ¿No acababa de aleccionar a Nicki sobre aceptar la realidad?

—Sí, sí. Exactamente —murmuró su abuelo mientras asentía. Tomó un sorbo de la bebida nutritiva que la familia había comprado para él—. Ésa es la manera en que el Pequeño Sargento lo haría.

Luke sintió curiosidad, se acercó a las puertas de cristal y se quedó atónito.

Había montones de hierbajos que indicaban que Nicki había trabajado duro, pero era la imagen de Nicki lo que lo conmovió. Sus piernas al descubierto, su estrecha cintura, que podía abarcar con sus manos y el firme y redondeado pecho que su estrecha camiseta no hacía nada por ocultar. Sin pararse a pensar, Luke salió descalzo.

—¿Te he despertado? —preguntó Nicki antes de que él pudiera abrir la boca—.

Lo siento.

—No, no sabía que estabas aquí.

—Bien. No quería molestar a nadie.

Si no quisiera molestar a nadie, no llevaría el tipo de ropa que provoca ataques de corazón a los hombres, pensó Luke. Aunque permaneció callado. Era la clase de ataque al corazón que merecía la pena sufrir.

Nicki bostezó y se estiró y el fino algodón de su camiseta marcó más sus pechos. A Luke se le quedó la boca seca.

—¿De dónde has sacado eso? —murmuró sin poderse contener.

—¿El qué?

—Eso —dijo señalando su ropa, maravillado por su delicada constitución.

Nunca hubiera podido imaginar que Nicki estuviera tan… tan guapa.

Tenía que reconocer que siempre le habían gustado las mujeres bien dotadas, pero Nicki tenía un cuerpo dulcemente equilibrado con curvas en los lugares adecuados. Pensar en añadir algo más a aquel equilibrio era un crimen.

—Fue tu idea —dijo inocentemente—. Pensé que no era una

tontería ponerme pantalones cortos, especialmente para trabajar en el jardín. ¿Cuál es el problema?

Luke abrió la boca, pero la cerró de nuevo. ¿Quién podía imaginar que la Pequeña Señorita 10 lo dejara mudo? Él era quien tenía que impresionarla a ella.

Intentando recobrar el sentido, echó un vistazo al jardín. Era obvio que Nicki había estado trabajando duro durante horas, mientras que él había dormido, ya que la noche anterior se había acostado tarde intentando ponerse al día en sus negocios.

Pero se sentía culpable.

—¿Cuándo has llegado?

—Más o menos al amanecer.

—Has hecho mucho.

Nicki casi deseó que Luke no hubiera salido. Había disfrutado de la soledad y no quería estar adivinando lo que él pensaba sobre su nueva indumentaria. Él estaba actuando de forma extraña. Quizá no le gustaran. O quizá estaba horrible y él estaba siendo demasiado educado.

Nicki rió. ¿Luke? ¿Demasiado educado?

Luke nunca había sido demasiado educado para nada. Estaba segura de que su madre había querido inculcarle modales, pero estaba claro que no los había aprendido.

—¿Por qué sonríes?

—¿Estaba sonriendo?

—Sí, tenías la típica sonrisa de Mona Lisa, la que pone nerviosos a los hombres.

¿De qué te reías?

—Vas a tener que vivir con la incertidumbre.

—Eres una mujer dura, Nicki Johansson, pero debes tener algunos puntos débiles escondidos en alguna parte.

Luke posó la mirada en el pecho de Nicki y ésta tragó saliva. Algo en sus ojos marrones sugirió aprobación masculina.

Era extraño pensar que la podía estar mirando de forma diferente: extraña… y molesta. ¿Por qué algunos hombres tenían que tener todo bien enmarcado para poder ver algo que mereciera la pena en el cuadro? Ella era la misma que el día anterior, sólo que con menos capas de ropa encima.

—Será mejor que vuelva al trabajo —dijo mientras su sonrisa se desvanecía completamente.

No es que quisiera que Luke la admirara, sino que la situación era extraña y no ayudaba el que él no llevara puesta una camisa. En cuanto Luke salió, Nicki notó que todavía tenía un cuerpo atlético, con

los abdominales marcados y hombros esculpidos. No estaba cubierto de pelo como su ex marido, un punto a favor, y no estaba posando ni era consciente de que no llevaba camisa.

Nicki se arrodilló nuevamente en el lecho de flores y comenzó a tirar de las malas hierbas. Ya había descubierto que los hierbajos parecían tener raíces duras, mientras que las plantas que quería conservar eran mucho más frágiles.

Una mano pasó por encima de su hombro y arrancó las hierbas con facilidad.

—Gracias —murmuró. Luke irradiaba calor y el contraste con el aire frío de la mañana hizo que su piel se estremeciera.

—De nada —para su sorpresa, se arrodilló junto a ella—. Yo seré la fuerza y tú la maña. Sólo dime lo que tengo que arrancar.

Nicki se puso tensa.

—Pensé que tenías trabajo.

—Esto es trabajo.

—Otro trabajo. Ya sabes, con tu empresa.

—Todavía es temprano, puedo arrancar unas cuantas hierbas. No es justo que tú lo hagas todo.

Nicki se sintió más confundida. Sabía que había hombres buenos y decentes, pero no esperaba expresiones sobre la justicia y la injusticia que provinieran de Luke, ya que exceptuando a su ex marido, posiblemente él fuera el hombre más egocéntrico, arrogante y egoísta que había conocido.

Nicki lo pensó mejor. Egocéntricos y egoístas no dejaban a un lado su vida para ayudar a sus abuelos. Luke podía ser demasiado pragmático para apreciar el arte e interesarse por las cosas importantes del profesor McCade, pero estaba comenzando a ver que no era tan egocéntrico como ella creía.

Trabajaron en silencio. Luke permanecía a su lado y la ayudaba con los hierbajos. Todavía estaba medio dormido y en algunas ocasiones, Nicki tuvo que detenerlo para que no arrancara las plantas.

El aire fresco duró una hora más. Nicki hubiera trabajado mucho más tiempo, sólo para demostrar a Luke que no era una blandengue, pero él se levantó antes y se sacudió las manos.

—Dejémoslo por hoy y vayamos a ver si hay algo fresco para beber en la nevera —sugirió.

—Debería ir a casa a ducharme, luego vuelvo —dijo consciente de que la camiseta se le había pegado al cuerpo, por no mencionar la suciedad que tenía bajo las uñas y las manchas de sus rodillas.

—No, así estás bien. Además, no habrás desayunado y el abuelo sólo ha tomado una de esas bebidas. Desayunaremos y entonces tú te

pondrás con el inventario y yo me encerraré en el despacho. Probablemente se estén volviendo locos porque no he contestado al teléfono.

—¿Alguna vez tienes vacaciones? —preguntó Nicki con curiosidad.

Con el dinero que tenía, podía permitirse relajarse mientras cuidaba de su abuelo, pero parecía dedicar mucho tiempo a los negocios.

—No necesito vacaciones. Me gusta mi trabajo. No hay nada como cerrar un buen trato.

Nicki se mordió el labio para no contestar. No era de su incumbencia que no hubiera dicho nada sobre la satisfacción de tener contratada a tanta gente o construir cosas que merecieran la pena.

—Vamos —dijo Luke tomándola de la mano y tirando de ella hacia la casa.

—Espera —dijo mientras arrancaba una lila.

Una vez dentro, le dio la flor al profesor McCade, quien la tocó delicadamente con el dedo. No dijo nada, ni siquiera sonrió, pero, otra vez, Nicki tenía la impresión de que estaba más consciente de lo que parecía. La fragancia de la lila inundó la habitación y él la giraba contemplando sus aterciopelados pétalos. Parpadeó, ¿sería por algún recuerdo feliz? Nicki no podía estar segura, pero parecía como si se hubiera quitado de encima la tristeza. ¿Podría estar deprimido? Había oído que podía diagnosticarse con dificultad, especialmente cuando el paciente no era claro con sus sentimientos o actuaba de forma diferente en la consulta y en casa.

—¿Tienes hambre, abuelo? Te prepararé algo.

Su abuelo todavía no había dicho nada, pero parecía que Luke no esperaba ninguna respuesta. Salió de la habitación y Nicki volvió a mirar al profesor McCade.

Había estado seco y sin hablar durante el mercadillo en el que le había comprado el cuadro, pero fue su apariencia lo que más le había impresionado. Desde que lo conocía, le habían salido arrugas alrededor de la boca y la frente. Su grueso pelo negro y canoso se había vuelto blanco y sus ojos hundidos, que una vez habían brillado con humor y entusiasmo, parecían tan quietos e impenetrables como trozos de carbón.

—¿Profesor…? —dijo. Después de un rato él, finalmente, giró la cabeza—.

Nunca le he agradecido todo lo que me enseñó. Me cambió la vida.

—Nosotros cambiamos nuestras vidas, los demás sólo pueden influirnos.

Sin decir nada más se giró hacia el jardín. Nicki se dirigió a la

cocina, tratando de no sentirse peor de lo que ya se sentía por la familia McCade. Encontró a Luke abriendo un cartón de un producto de huevo bajo en colesterol y se chocó con ella al ir a tomar un pimiento de la encimera.

—Lo siento. No sé si esto va a funcionar, Nicki.

—¿Qué es lo que no va a funcionar? ¿El que yo trabaje en el jardín? Tú no tienes por qué ayudar. Lo haré yo sola.

—Yo quería ayudar, pero tengo trabajo y va a ser una distracción saber que tú estarás trabajando tan duro. No es que no aprecie tu disposición para hacer algo por el abuelo, pero debe haber una docena de mensajes en mi móvil y el doble de emails.

—Puede que no tenga tus músculos, pero soy capaz de tirar de unas cuantas hierbas sin ti. No lo he hecho nunca, pero no hay ninguna razón por lo que no pueda hacerlo bien.

—Lo siento, tienes razón, esto no tiene nada que ver con el jardín.

—Entonces, ¿con qué tiene que ver?

Los meses anteriores habían sido muy difíciles. Había tenido que afrontar la verdad sobre que no podía ayudar a su abuelo, de que no podía arreglar las cosas aunque lo intentara. Aquello era suficiente para volver loco a un hombre y, entonces, llegó Nicki, con su ropa y su mirada inocente. O quizá no fuera inocencia. Quizá era la forma en la que conservaba su esperanza e ilusión, la que había hecho que él comenzara a plantearse que las cosas podían mejorar. Pero no mejorarían. El abuelo no iba a mejorar.

—Ayer dijiste eso —comentó Nicki, quien parecía confundida.

—¿Decir qué?

—Que no va a mejorar.

Hablar en alto se estaba convirtiendo en un problema. Probablemente lo hacía porque había pasado mucho tiempo sólo con el abuelo las últimas semanas y éste no hablaba. Había habido llamadas interminables y emails para que su empresa continuara trabajando, pero aquello era trabajo.

Era extraño. Echaba de menos estar con gente, pero no extrañaba el ajetreo de su oficina tanto como había esperado y eso, para alguien que trabajaba doce horas al día, seis días por semana era algo incómodo de aceptar.

Aunque todavía no hacía calor, el ambiente en la casa era sofocante y Luke abrió la puerta trasera, que daba al antiguo huerto. A un lado había un pequeño invernadero, que Luke había ayudado a su abuelo a construir cuando tenía diez años. Sus primos y él habían vivido prácticamente en esa casa y en ese jardín cuando eran niños. Ese pueblo y esa casa eran parte de su infancia, a veces buena y a

veces mala, y se estaban echando a perder.

Salió y Nicki lo siguió.

—¿Luke? Todavía no entiendo. ¿Cuál es el problema? Si no se trata de mí trabajando en el jardín, ¿qué es lo que no va a funcionar?

—El tenerte aquí.

El dolor en sus ojos no debería haberle afectado, pero lo hizo. No quería herir a Nicki, de nuevo. Ya la había herido bastante en el instituto cuando había sido tan egoísta que no veía nada tras sus ambiciones y su enfado. Podía haberlo pasado mal por confiar en las mujeres, pero tampoco quería ser un mezquino con ellas.

—Sé que tienes buenas intenciones, pero todavía tienes esperanzas en relación al abuelo y eso hace que yo también las tenga y es demasiado duro.

—Hoy no he dicho nada respecto a eso.

—Pero he podido verlo cuando le has dado la flor. Esperabas una respuesta, ¿verdad? —continuó sin darle oportunidad a responder—. Y por un minuto yo esperaba lo mismo, incluso cuando sabía que no iba a ocurrir.

—¿Qué tiene de malo tener esperanza?

—Supongo que nada. Sólo que tú estás en el primer escalón y yo estoy en el nonagésimo séptimo y los escalones que van del segundo al nonagésimo sexto son muy duros. No puedo pasar por ellos otra vez.

—No te estoy pidiendo que lo hagas. Además, cuando te fuiste del salón él…

—No. No lo quiero oír. Tú me estás pidiendo que recorra esos escalones de nuevo aunque no te des cuenta. No tienes ni idea de lo que es tener a alguien que se está apagando delante de ti. Mi padre viajaba mucho por trabajo y mi abuelo siempre estaba allí, cubriendo la ausencia de mi padre.

—Tienes razón. Yo tampoco sé lo que es ser amada de la forma que él te quiere, sin condiciones ni límites, o tener alguien con quien puedas contar de esa manera.

Genial, Luke se sentía peor. Había olvidado que también era afortunado. Había tenido a sus abuelos, sus padres y el resto de la familia mientras que Nicki no había tenido a nadie.

—Lo siento. Tienes razón. Piensas que me he dado por vencido muy rápido, ¿verdad?

—No lo sé. Quizá. La vida no es una ecuación matemática. He visto a gente en la residencia de ancianos que prácticamente no respondían por apatía, depresión o por descuido y he visto también, cómo poco a poco se han despertado y han vuelto a ser ellos. No sucede con todo el mundo, pero puede ocurrir.

Luke pensó en cómo se sentía desde que Nicki había reaparecido en su vida.

Ella había despertado su cuerpo, pero también había revuelto su mente. Su abuelo no podía notar los nuevos encantos femeninos de Nicki, pero si ella pudiera llegar a su mente… ¿Quién era él para impedirlo?

Luke también pensaba que había estado más preocupado por sus sentimientos que por ayudar a su abuelo. La inusual paz que había sentido mientras trabajaba con ella en el jardín lo perturbaba. A él le gustaba la rapidez de los negocios y la ciudad, no era el tipo de hombre que disfrutara con los cumpleaños de los niños o las reuniones de padres y profesores.

Estaba seguro de que su padre había sentido lo mismo. David McCade había hecho lo que se esperaba de él al casarse y tener hijos como todos los demás en Divine. Había amado a su mujer y a sus hijos, pero viajaba tres de cuatro semanas trabajando como asesor agrícola.

—¿Todavía quieres que me marche? —preguntó Nicki.

Luke la miró por el rabillo del ojo. Con lo cabezota que era, si le hubiera dicho que sí, se habría marchado, pero si alguien podía llegar a su abuelo, ésa era Nicki. Y

si hubiera la mínima oportunidad de que tuviera éxito, valdría la pena sufrir para ver qué sucedía.

—No. Lo siento, no me he portado bien. Me he sentido frustrado y lo he pagado contigo. Si vuelve a suceder, dime que me lo trague. Es lo que solía hacer.

Nicki le sonrió y su corazón dio un brinco. ¿Por qué Nicki tenía que parecer tan vulnerable? Tragó saliva. ¿Y tan diferente?

¿Se había dado cuenta de la mancha que tenía en la camiseta? Claro que no.

Luke nunca había conocido a una mujer que fuera tan inconsciente de su aspecto. Las mujeres con las que él había salido no habrían sido sorprendidas arrancando hierbajos en un jardín y los únicos pantalones cortos que se pondrían serían de diseño.

Un ruido en la cocina atrajo su atención.

—¿Qué pasa?

Nicki también parecía tener curiosidad, volvieron dentro y se encontraron al abuelo cortando el pimiento que Luke había tomado antes.

—¿Abuelo?

—Tengo hambre —dijo John. Aunque sus manos temblaban, echó el pimiento cortado en dados en un plato—. Necesito cebollino—

añadió.

Luke y Nicki se miraron.

—¿Tienes cebollino? —preguntó ella.

—Algo habrá en el antiguo huerto. La abuela ponía cebollino en muchos de sus platos y creo que crecen con facilidad.

Luke parecía estar estupefacto, tambaleándose entre la esperanza y el descrédito y Nicki sintió ganas de besarlo… por pura felicidad, claro. Ella no sabía si el intento del profesor de hacerse el desayuno significaba algo o no, pero era mejor que verlo sentado en una silla y mirando la nada.

Rápidamente, corrió a la puerta trasera. El antiguo huerto estaba salvaje, pero reconoció el cebollino con facilidad. Cortó varias hojas, pensando, todavía en Luke.

Entendió por qué estaba intentando alejarla, pero eso no significaba que tuviera razón.

El huerto necesitaba tanto o más trabajo que el resto del jardín, así que le pareció que iba a estar entretenida varias semanas. Tendría que comprar más protección solar y quizá un gorro para trabajar al sol… además de más pantalones cortos y camisetas. No es que tuviera nada que ver con Luke o con la forma en que la miraba, se decía. Los pantalones cortos y la camiseta eran más cómodos para trabajar, eso era todo.

Capítulo 5

Más tarde, aquella misma mañana, Nicki se encontró empujando un carrito de la compra al lado de Luke.

—¿Qué dice aquí? —preguntó él, impaciente, mientras señalaba algo en una lista que a ella le parecían jeroglíficos. Nicki recordó que él había mencionado que necesitaba jabón para el lavavajillas, así que le sugirió que eso podía ser.

—Ah, sí. Gracias. He debido darme mucha prisa, no puedo leer una maldita palabra.

Nicki tenía su propia opinión sobre lo que la casa McCade necesitaba y metió en el carro algunos artículos sin que Luke, demasiado ocupado descifrando su letra, se diera cuenta. Ella no era la mejor cocinera, pero pensó que una lasaña casera era mejor que una pizza congelada para la cena de su abuelo.

Estaba sorprendida por verse allí con Luke. Después de haber vuelto a la casa de los McCade tras haberse duchado y cambiado de ropa, él había dicho que necesitaba hacer compra. Nicki se había ofrecido a quedarse con el profesor McCade o a ir ella, pero el profesor había murmurado que no necesitaba una niñera y lo último que recordaba era que Luke le pedía que leyera su ilegible letra.

—Hola, Nicki —saludó el encargado—. Estás guapísima.

El calor le subía por el cuello, pero lo ignoró de la misma forma que intentaba ignorar a Luke.

—Gracias, Martin.

—Acabamos de recibir unas cerezas muy buenas de California. Se agotarán enseguida, así que date prisa en comprar algunas.

Se le hizo la boca agua. Le encantaban las cerezas. Llenó dos grandes bolsas de plástico y las puso en un rincón del carro.

—¿Quieres que compre algunas para ti? —preguntó mirando a Luke.

—¿Quieres decir que todas ésas son para ti?

—Me gustan las cerezas.

—Ya. ¿Cómo te mantienes tan flaca?

El comentario burlón borro la sonrisa de sus labios. Estaba flaca y su nueva ropa, probablemente, lo marcara. Luke no parecía estar criticándola, pero su ex marido se solía quejar por su delgadez, particularmente a la altura de su busto, así que no podía fingir que le había hecho gracia.

—Supongo que es suerte —llenó otra bolsa aunque Luke no se lo había pedido—. Necesito crema protectora— murmuró adelantándose

antes de que él pudiera responder.

—¿Qué he dicho? —preguntó Luke al alcanzarla.

—Nada.

—No me digas eso. ¿Qué?

—Nada.

—Las mujeres siempre decís «nada» cuando estáis enfadadas. Dímelo directamente.

Nicki no quería hablar sobre por qué estaba molesta, y, especialmente, no quería hablar de ello con Luke.

—¿Nicki?

—Mi ex siempre decía eso —farfulló deseando no haber tenido ese impulso para decir la verdad—. No sobre las mujeres o hablar directamente, sino sobre lo otro.

—¿Qué otro?

—Que estoy muy delgada. Bueno, ¿y qué? No soy la fantasía de un hombre, con unos pechos enormes y un solo dígito en la nota del test de inteligencia, pero ése es tu problema, no el mío.

Luke hizo una mueca de dolor al oír el eco de sus propias palabras. Cuando eran niños, también solía decirle que estaba flaca, pero había caído en la cuenta de que la belleza tenía formas diferentes. Nicki, con su esbelta elegancia tenía una belleza que quitaba el sentido y no podía comprender por qué la escondía bajo tanta ropa o, por qué su ex marido, que la conocía mejor que él, había sido incapaz de verla.

—Yo no he dicho que estuvieras demasiado flaca. Es diferente.

La palabra flaca tenía connotaciones de crítica y lo último que Luke quería hacer era criticar. De hecho, le había encantado el brillo en los ojos de Nicki mientras llenaba las bolsas de cerezas y quería participar de su entusiasmo bromeando con ella. Estaba acostumbrado a mujeres que aparentaban ser sofisticadas en cada momento, incluso en la cama. A los hombres les gusta un entusiasmo natural cuando tocan a su amada, no una respuesta ensayada y medida.

Nicki tomó un par de botes de protección solar de una estantería y los metió en el carrito.

—¿Qué pasa con los pechos? —preguntó—. ¿Por qué es tan importante la talla para los nombres? ¿Es un residuo de una fantasía adolescente o hay alguna otra razón? Quiero decir, estás genéticamente programado para desear un cierto volumen?

Luke no sabía qué responder. Ésta era una clase de conversación en la que un hombre no podía ganar. No importaba lo que dijera porque fuera lo que fuera se iba a malinterpretar. Entonces se dio cuenta de que ella no esperaba una respuesta, ya que continuaba empujando el carrito por el pasillo.

—¿No discutimos esto ayer? —respondió al alcanzarla.

—Discutimos sobre tus preferencias, no sobre las preferencias de los hombres en general.

Genial, ahora se suponía que tenía que defender a todo el género masculino.

—Yo creo que tú estás muy bien —dijo de corazón—. Tienes curvas en los lugares apropiados. Bonitas curvas. —sus palabras sonaron poco convincentes, incluso para él mismo y Nicki puso los ojos en blanco y continuó empujando el carrito, aunque Luke tuvo la impresión de que ya no estaba tan enfadada como antes.

Hasta que no estuvieron en la cola para pagar, Luke no volvió a pensar en su lista.

—¿Lo llevamos todo? ¿Algunas de estas cosas son tuyas?

—Unas pocas, pero es que creo que el profesor McCade debería comer algo más que comida rápida y congelados.

—Ya… yo no sé cocinar —protestó él—. Los huevos del desayuno es lo máximo que puedo hacer.

—Suerte que yo sí sé —comentó Nicki mientras separaba sus cosas y sacaba el monedero del bolso.

—Yo lo pagaré —dijo Luke inmediatamente.

—Yo pago lo mío.

—Nicki, llevas dos días trabajando muy duro en la casa, seguro que puedo comprarte unas pocas cerezas y protección solar, sobre todo cuando la necesitas para arreglar el jardín de la abuela.

—No son sólo unas pocas cerezas —contestó Nicki mientras pagaba al cajero.

De todas formas, no estaba intentando complacerlo. Intentar complacer a Luke era una causa perdida y no era tan tonta como para hacerlo otra vez. Algún día encontraría al hombre perfecto y él la apreciaría por lo que tenía, en lugar de deplorarla por lo que le faltaba. Y si no conocía al hombre perfecto, sería mejor que no intentara ser alguien que realmente no era.

—Eres cabezota e irracional —dijo Luke mientras empujaba el carrito por el aparcamiento.

Y él era guapo, pensó Nicki. Podía insistir en que sólo estaba ayudando al profesor McCade y que no le importaba nada lo que pensara su nieto, pero no era cierto. Quería ayudar al profesor… y le importaba lo que Luke pensaba. Era una debilidad. Le gustaban los hombres anchos de espalda y que caminaban con una ligera y graciosa inclinación. Le gustaba cómo se encendía la cara de Luke cuando sonreía y la forma en que le daba un salto el estómago cuando oía su

voz. También le gustaba la manera en la que él amaba a su abuelo, aunque pareciera que intentaba ser demasiado realista sobre su estado. ¿Para qué vivir si no se tenían esperanzas y deseos?

Supuso que para Luke había sido más fácil dejar de soñar cuando se rompió su gran sueño de convertirse en un jugador de fútbol profesional. Así que pensó que debería ser más cuidadosa y no permitir que la convenciera. Eso significaba sonreírle de forma que no pudiera interpretarse como un flirteo, ser agradable y no enfadarse por insignificantes tonterías y recordar que la verdadera razón por la que estaba en casa de los McCade era ayudar al profesor y no babear por su molesto nieto.

Con esa decisión en su cabeza, sonrió cordialmente a Luke y le agradeció que le abriera la puerta del coche. Él la miró extrañado. Entonces, ella se puso el cinturón de seguridad y miró hacia delante. Era el momento de ser sensata. Una mujer de su inteligencia no debería cometer aquellos grandes errores en su vida, y menos por segunda vez. Pero cuando Luke colocaba la compra, de vuelta en la casa, Nicki vio cómo se movían sus músculos y pensó que su corazón no era tan inteligente como su cabeza.

Al día siguiente, Luke se levantó antes de que amaneciera y, aunque odiaba madrugar, bajó al jardín cuando Nicki llegaba.

—¡Estás despierto!

No parecía contenta de verlo.

—Sí. Estaba tomando un café, escuchando las noticias sobre agricultura…

comenzando el día —dijo como si siempre se levantara al amanecer. En realidad no tenía ni idea sobre las noticias agrícolas y la noche anterior se había quedado, de nuevo, trabajando hasta tarde.

—¿Quieres café?

—He comprado uno y una magdalena de camino, pero usaré tu microondas más tarde.

Luke intentó no molestarse. Nicki había hecho la cena para él la noche anterior y se había ido sin cenar, diciendo que tenía que llegar a la residencia para leer los números del bingo. A él le hubiera gustado sugerir acompañarla y llevar a su abuelo, pero ella había desaparecido antes de que hubiera podido hacerlo. Si hubiera sido cualquier otra mujer, lo de cocinar lo habría enfurecido; según su experiencia, las mujeres sólo cocinaban si tenían motivos ocultos para hacerlo. Pero no había nada en Nicki que indicara que él lo atraía, así que, paradójicamente, Luke sentía un perverso impulso para hacer que ella se sintiera atraída.

Despreocupada, Nicki posó su café y su magdalena en el reloj de sol, se arrodilló y comenzó a trabajar en uno de los lechos de flores. Llevaba otro par de pantalones cortos y una camiseta sin mangas que se ceñía a su pecho como si fuera una segunda piel. Luke respiró hondo, intentando liberar la tensión de su cuerpo.

—¿Cómo fue el bingo anoche? —preguntó tras un largo silencio.

—Muy bien.

—Espero que comieras algo.

—Sí.

Luke frunció el ceño. Para ser una mujer que no paraba de hablar, se le estaban dando bien las respuestas monosilábicas. Y, para su sorpresa, se dio cuenta de que prefería el charloteo.

—Me he estado preguntando si al abuelo le gustaría jugar al bingo. Nunca se ha mostrado interesado en algo así, pero las cosas cambian. ¿Crees que nos dejarán ir el próximo día?

Nicki parpadeó. ¿John McCade en un bingo? Estaba atónita.

—Sí… claro. Las visitas son bienvenidas. Hay mucha gente en la residencia que no recibe visitas, así que es agradable cuando alguien pasa por allí. Estaré encantada de llevar al profesor.

—No te estoy pidiendo que lo lleves, Nicki. Creo que podríamos ir los tres. Te lo habría propuesto anoche, pero te marchaste con prisa. Ni siquiera te paraste a cenar con nosotros.

Nicki se irritó. Luke estaba intentando hacerle sentir culpable por haber tenido prisa, pero no se sentía mal por ello. Ella tenía su vida y, además, pensaba que el haber insistido en cocinar era traspasar los límites, por eso, se había ido antes de que él pensara algo estúpido acerca de sus motivos.

—No quería que pensaras que yo esperaba comer con vosotros o algo parecido.

—La próxima vez, quédate. El abuelo no dijo una palabra después de que te fueras. Fue como cenar con una pared.

Nicki lo sintió por los dos, por Luke y por su abuelo y se dio cuenta de que tener presente a alguien más haría más fáciles los momentos duros.

—Lo siento.

—Gracias. ¿Qué te parece si limpiamos el estanque y la cascada uno de estos días? Estaría bien volver a oír el agua.

—Vale.

El silencio se hizo menos incómodo después de aquello y cuando, bromeando, Luke le lanzó un puñado de hierba, ella se lo devolvió. Luke se reía mientras agarraba un montón de los hierbajos que habían estado arrancando.

—No te atrevas —advirtió Nicki alejándose. Una ducha verde pasó a su lado.

— ¿No lo sabes hacer mejor?

Luke sonrió. Le hubiera gustado hacerle un placaje a Nicki y ver adonde les llevaba. Había olvidado lo que era relajarse y hacer tonterías con una chica guapa.

Pero… miró el reloj y suspiró. Si el abuelo no estaba despierto ya, lo estaría en breve y entonces tendría que preparar el desayuno y hacer llamadas de trabajo y ocuparse de cien cosas más, aunque jugar con Nicki fuese más divertido.

—Dame un rato. Tengo que echar un vistazo al abuelo y escuchar los mensajes de la oficina.

—Gallina.

—Vas a pagar el haber dicho eso.

—Lo dudo.

Nicki salió disparada por uno de los caminos y una risa se oyó del fondo del jardín. Luke no sabía dónde se había escondido Nicki, y eso le recordó que el jardín estaba repleto de maleza y de recovecos y que en la parte trasera había un arroyo. Un hombre y una mujer podían hacer algo más que tontear con toda aquella intimidad.

Luke entró murmurando en la casa. Subió las escaleras y vio que su abuelo salía del baño. Se había vestido solo dos días seguidos, y la esperanza que no quería sentir, arañó su corazón.

—Buenos días, abuelo. Nicki y yo hemos estado trabajando en el jardín.

Su abuelo asintió y bajó las escaleras. Hubo una vez en que habría sonreído, habría dado unas palmaditas en la espalda a su nieto y le habría preguntado los planes que tenía para ese día, pero las cosas habían cambiado.

«Ojalá tengas razón, Nicki» se dijo a sí mismo. «¿Has visto algo que los demás no hemos visto?» No tenía la respuesta, así que se lavó y bajó a la cocina. Una parte de él quería darse prisa para volver con Nicki, aunque estuvieran haciendo algo tan tedioso como arrancar hierbajos. Pero no quería pensar demasiado en aquel impulso.

No recordaba la última vez que había pasado tiempo con una mujer por el simple hecho de disfrutar de su compañía.

Bueno… no sólo por la compañía, rectificó cuando tiró de Nicki para que entrara en la cocina a desayunar con ellos. Sus rosadas mejillas estaban frías por el aire de la mañana, su rubio cabello brillaba y se agitaba con la suave brisa y su cuerpo estaba tenso por una reacción instintiva.

Se lavó las manos y se sentó en una silla con una pierna doblada

debajo de la otra, de una forma tan natural que él sonrió.

—Estás sonriendo como el gato Cheshire —comentó mientras aceptaba una taza de café.

—¿Te pone eso nerviosa?

—No.

—¿Ni siquiera un poquito?

—Ni siquiera un poquito. Pero si no te conociera pensaría que estás coqueteando.

Estaba coqueteando, pensó Luke, pero, obviamente, tenía que mejorar su técnica. Era extraño. De algún modo había pasado de querer que Nicki terminase el inventario para que se marchara, a madrugar para trabajar en el jardín con ella y, asombrosamente, no era para que terminara antes, sino para pasar tiempo con ella.

—¿Quieres leche y azúcar con el café?

—Leche, pero ya me la pongo yo —se levantó y vertió algo de leche en su taza—. ¿Puedo ayudar en algo? —preguntó.

—Sí, puedes traer a mi abuelo, está sentado en el salón.

—No necesito que me traigan —dijo el abuelo bruscamente al entrar en la cocina. No sonreía, pero estaba menos distante e, incluso, le sujetó la silla a Nicki mientras se sentaba de nuevo.

—Gracias, profesor —la mirada de Nicki se encontró con la de Luke y éste vio algo que lo sorprendió: Preocupación.

No por su abuelo, sino por él mismo. Luke le había dicho lo duro que era mantener la esperanza para después volverse a decepcionar y Nicki estaba preocupada por él. Se le hizo un nudo en la garganta y rápidamente, se volvió hacia la cocina. No quería pensar en ello, sólo quería que pasara ese momento. Se quedó callado durante el desayuno mientras que Nicki hablaba sobre arte y le preguntaba al abuelo si tenía alguna preferencia sobre las flores que debía plantar en el jardín.

Aparentemente había estado leyendo sobre la materia y era capaz de hablar sobre las cualidades de las flores de temporada y las anuales, qué plantas necesitaban que las volvieran a plantar y cuáles no.

El abuelo no contestó, pero por primera vez en mucho tiempo, Luke pensó que estaba escuchando. Finalmente, cuando Nicki preguntó sobre la jardinería orgánica o el uso de fertilizantes y pesticidas, el abuelo la miró.

—Orgánica —contestó escuetamente.

Luke recordó lo pesada que había sido su abuela con el tema de la jardinería orgánica y quiso besar a Nicki. De hecho quiso besarla varias veces, la primera en la boca.

—Vale. A mí tampoco me gusta la idea de los químicos.

—A la gente le gustan los químicos —dijo el abuelo—. Mary compró mariquitas.

—¿Mariquitas?

—Para que coman los insectos. Hay un vivero a las afueras del pueblo que las tiene… o, al menos las tenía. A los bichos tampoco les gustan las caléndulas, por eso es bueno tenerlas en los huertos.

—No sabía que supieras tanto sobre jardinería —dijo Luke deliberadamente para mantener a su abuelo hablando—. Pensé que lo tuyo era el arte.

—¿Qué piensas que es un jardín, jovencito? El arte es la naturaleza del hombre y la naturaleza es el arte de Dios.

—Me encanta esa cita de Phillip James Bailey. Recuerdo que fue una pregunta en su examen de Introducción a la Historia del Arte.

—Correcto.

Luke comenzaba a pensar que Nicki era una obra de arte. Era un genio para llegar hasta su abuelo, aunque tenía más que ver con su carácter dulce que con su impresionante cerebro.

—Profesor, ¿por qué no se sienta fuera mientras trabajo? Hoy no hace mucho calor y así puede ver si lo hago como usted quiere.

Luke se estremeció cuando vio asentir al abuelo. No importaba la privacidad que podía encontrar en algunos recovecos del jardín, no estaría cómodo si intentaba besar a Nicki y su abuelo estaba sentado cerca. Resignado, metió los platos en el lavavajillas y los siguió afuera. El día anterior, Nicki había encontrado el cobertizo de su abuela y llevaba unas pesadas tijeras de podar en las manos.

—¿Qué haces con eso? —preguntó Luke.

—Voy a podar los arbustos.

—Yo lo haré. Recuerda, yo soy la fuerza y tú la maña.

La cara de Nicki mostró una serie de emociones, vestigios de tristeza, duda e incertidumbre, y Luke pensó si, inconscientemente, había vuelto a tocar otro tema espinoso.

—Yo no diría que tengo todo el cerebro.

Quizá. Lo que ocurría era que el cerebro de Luke estaba, en ese momento, en su bragueta. Normalmente, aquello exigía el no dejar que su cuerpo controlara sus acciones, pero estaba más o menos seguro con su abuelo sentado cerca y, además, Nicki todavía parecía decir «no me toques» o que no le interesaba él como hombre.

Trabajaron hasta bien avanzada la mañana, llevando en una carretilla las malas hierbas a la antigua pila de composta al contenedor de reciclaje. Luke intentó hacer el trabajo más pesado, pero constantemente encontraba a Nicki tratando de cargar con algo pesado o ocupándose de algo que era demasiado para ella.

—Chovinista —le dijo cuando Luke le regañó por haberse subido a una vieja y desvencijada escalera para atar una rosa trepadora a una celosía.

—No soy un chovinista —dijo ofendido. Trabajaba duro en su empresa asegurándose de que las mujeres tenían las mismas oportunidades que los hombres.

Era sólo que no veía la necesidad de que Nicki se rompiera la espalda cuando él estaba allí para ocuparse de las tareas más duras y se lo dijo.

—Quieres decir que las tareas duras son cosa de hombres.

—Sí. Eso es… —Luke arrastró las últimas palabras y frunció el ceño.

Vale, quizá tenía actitudes pasadas de moda, pero era dos veces más grande que Nicki y tenía tres veces su fuerza. Además, ella estaba trabajando muy duro.

Nunca había visto a una mujer trabajar tanto y no parecía que estuviera haciéndolo para impresionarlo, de hecho, parecía que lo estaba disfrutando. Ni siquiera era su jardín. Era el jardín de su abuela y ella estaba dejándose el alma y la piel en él.

A mediodía decidieron dejarlo y después de comer una ensalada y restos de la lasaña, Nicki fue a su casa a ducharse y cambiarse antes de comenzar con el inventario. Luke también se dio una ducha refrescante, pero su temperatura subió de nuevo cuando Nicki regresó vistiendo un veraniego vestido que, prácticamente, dejaba sus hombros al descubierto.

—¿Pasa algo? —le preguntó cuando Luke le abrió la puerta y se quedó mirándola en la entrada.

—N… no. Es… que, estaba pensando que no es necesario que llames a la puerta. Entra sin llamar.

—Gracias —entró oliendo a limones y aire fresco y las tripas de Luke se encogieron.

Seguramente era por la proximidad, se dijo Luke mientras observaba el suave balanceo de las caderas de Nicki mientras subía la escalera. O la vida monacal que había llevado los últimos meses. Nicki era una mujer atractiva y él había estado entre Divine y Chicago y no había tenido tiempo para hacer vida en sociedad, así que era natural reaccionar así hacia ella. Luke decidió que ésa era la explicación, pero dudó cuando deseó que se girara para mirarlo y se decepcionó porque no lo hizo.

Luke suspiró, cerró la puerta y siguió a Nicki escaleras arriba. El abuelo estaba durmiendo la siesta y él tenía un montón de trabajo atrasado. No tenía tiempo de pensar en Nicki.

Nicki se estiró antes de sentarse a la mesa con sus cuadernos y su lupa. Le dolían los brazos y los hombros por las dos mañanas de trabajo físico al que no estaba acostumbrada, aunque también era satisfactorio. Para su sorpresa, trabajar con las manos, ensuciarse y sudar tenía su recompensa incluso más allá de intentar ayudar al profesor McCade. Y sin olvidar a Luke.

También disfrutaba trabajando codo con codo con el nieto del profesor. Sentía una debilidad por ese tipo de hombres, aunque habían demostrado no ser fieles o de confianza, pero no tenía que ser un problema si no le dejaba llegar a ella.

Escuchó que Luke hablaba por teléfono en un tono autoritario. Algo había sucedido que no le gustaba y estaba regañando a alguien. Nicki recordó cómo Luke había llevado consigo el móvil mientras trabajaba en el jardín y los sustos que le había dado todas las veces que había sonado. Lo peor era que cuando recibía una llamada no se acordaba de nada más.

Levantó uno de los paquetes envuelto en una polvorienta manta y cuidadosamente desató la cuerda que lo mantenía atado. Un momento después estaba sobrecogida por las pinturas que había encontrado, un paisaje de Alfred Sisley y un retrato de Mary Cassatt. La luz del paisaje atrapó su mirada, aunque el retrato era igual de imponente. Era una madre con un niño y estaba pintado con tanta ternura que el amor entre ellos era palpable.

—Luke —gritó entusiasmada y sin pensar en nada más que en lo que acababa de descubrir.

Unos segundos después él apareció. Parecía preocupado.

—¿Qué pasa?

—Nada. Es… mira. Un Cassatt y un Sisley.

Echó un vistazo a los cuadros y arqueó las cejas.

—¿Tienen mucho valor?

Tenía que haberlo sabido. ¿Cuántas veces tenían que recordarle que Luke no era el tipo de hombre que apreciara las mismas cosas que ella? Él era como su ex marido.

—¿Por qué me molesto? Por lo que a mí respecta, su valor es incalculable. Pero sí, valen mucho. Incluso editaron un sello de correos en honor de Mary Cassatt.

—No te enfades —dijo Luke.

—No me enfado. Es que no entiendo por qué tienes que ponerle precio a todo.

—No lo hago. Pero es que el arte son sólo cuadros y cosas, no es ciencia. No cambia el mundo o algo así. Quiero decir, ¿no preferirías

llegar a París en unas horas antes que tomar un lento barco? ¿No son las líneas aéreas trasatlánticas mejores que un cuadro colgado en una pared?

—No. El arte es la razón por la que yo iría a París. Y la exposición al arte es lo que alimenta la imaginación y fomenta las nuevas ideas. Apuesto a que a Orville y Wilbur nunca se les hubiera ocurrido volar sin imaginación. Eso no puedes discutirlo.

—Puedo discutir cualquier cosa.

Nicki tuvo la sensación de que Luke, en realidad, estaba de acuerdo con ella, pero quería entretenerse un rato y hacerle perder los estribos.

—Leonardo da Vinci diseñó máquinas voladoras, trajes de buceo y todo tipo de cosas.

—Sí, pero él en realidad no era un artista, era un científico.

—Incluso tú sabes que Leonardo es uno de los mejores artistas de todos los tiempos.

—Sin duda es uno de los mejores pensadores —comenzó Luke, pero entonces, se inclinó hacia los cuadros—. Éstos solían estar colgados en la habitación de mis abuelos. El abuelo puso éste en la habitación del hospital cuando la abuela estaba enferma —dijo señalando el paisaje—. Y éste… él siempre decía que le recordaba a mi abuela y mi padre cuando era pequeño. Por eso los puso en el desván. No era porque estuviera senil, sino porque verlos le dolía demasiado. ¿Puede esa clase de amor valer la pena de todo lo que está pasando?

—Sí —dijo Nicki inmediatamente.

—Lo dudo mucho.

Capítulo 6

Aunque una brisa soplaba en el jardín, Nicki se sentía incómoda por el calor provocado, en parte, por los pensamientos no deseados de un Luke con el torso desnudo y en calzoncillos.

Habían pasado algunos días desde que uno de sus negocios había llegado a un punto crítico y él se había enclaustrado en su improvisada oficina. Al principio, ella se había sentido aliviada. Era la confirmación de que él era un adicto al trabajo con beneficios. Pero después había descubierto que lo echaba de menos.

Cuando finalmente Luke salió para algo más que comer, Nicki no sabía si hacer que no se había dado cuenta de su ausencia o tomarle el pelo. Pero él sonrió y le propuso que se mojaran juntos.

—Lavando el estanque, por supuesto —añadió guiñando un ojo.

En realidad, el estanque era una sucesión de largos y estrechos estanques con pequeñas cascadas que descendían de uno a otro. En mejores momentos, una bomba reciclaba el agua del estanque más bajo y la subía al más alto. En ese momento era un desastre.

A Nicki, limpiar un estanque verde y viscoso lleno de hojas y porquería no era una actividad que le apeteciera mucho realizar, pero Luke tenía un plan, que consistía en trasvasar el agua con un sifón y llevar la porquería en cubos hasta la pila de composta.

—Mataremos dos pájaros de un tiro —dijo sin ningún atisbo de ilusión.

Necesitaban un lugar donde echar la porquería y ésta ayudaría a que se descompusieran todas esas malas hierbas. Pronto tendrían un abono natural para usar en el huerto.

Luke estaba de pie frunciendo el ceño a la bomba que había alquilado en la ferretería y mirando todos sus lados. Sus bronceados hombros parecían insensibles al sol y al calor, pensó Nicki.

—¿No venía con instrucciones? —preguntó.

Él la miró mal.

—Ah, se me olvidaba que los hombres de verdad no leen instrucciones.

—Las leo cuando es necesario y para algo así no es necesario.

«Todavía no», pensó ella.

La bomba era para trasvasar el agua al sumidero y de ahí a la calle y ya había manipulado algunas mangueras para que sirvieran a aquel propósito. Nicki se puso a la sombra de un árbol a ver cómo Luke ponía en marcha la máquina. Era un hombre inteligente, pero muy cabezota. Había decidido que podía averiguar cómo funcionaba la

bomba sin ayuda y era lo que iba a hacer.

Bueno, había recompensas en la espera. Luke estaba tan concentrado que Nicki podía mirarlo para disfrute de sus ojos. Nicki dobló las rodillas y apoyó su barbilla en ellas. ¿Cómo había acabado pasando tiempo con Luke McCade? No se hacía ilusiones, ya que sólo tenían unas pocas cosas en común y veían la vida de forma diferente. Para él, los pueblos pequeños no tenían salida. Era rico y se movía por ambición, mientras que ella llevaba una vida decente y no le importaba si alguna vez ganaba un millón de dólares. Sin mencionar el hecho de que ella apenas pegaba con su oscuro y potente atractivo.

Nicki tenía un ardor y un dolor en la boca del estómago y su pecho se encogía cuando lo miraba. Sentía la hierba fresca bajo sus desnudas piernas. Estaba al tanto de cada sonido, movimiento o tacto y se debía a que Luke la estaba volviendo loca.

—Despiértate —se dijo a sí misma. No podía permitirse perder el sentido por un hombre que ya le había roto el corazón una vez.

Sus besos adolescentes en el hospital se habían tornado cada vez más calientes y ella nunca olvidaría el tacto de sus duros dedos en su piel mientras él intentaba convencerla de que las buenas chicas llegaban hasta el final. La noche antes de que él regresara a casa, casi la convence. Había querido dárselo todo aquella noche.

Luke la había convencido para que le dejara besar sus pechos, pero en lugar de un beso, le había succionado fuertemente uno de los pezones mientras jugaba con su lengua. Nicki casi se muere del impacto… y del placer.

—Creo que funciona así —gritó Luke devolviéndola al presente. El calor se le subió por el cuello. Gracias a Dios que no podía leerle la mente, hubiera sido humillante que supiera la forma en que lo recordaba todavía.

—Sólo tengo que insertar el extremo de esto en el agua y encenderlo. ¡Tachan!

—exclamó mientras lo ponía en marcha.

Las burbujas hicieron espuma que salió disparada por los aires y Luke saltó hacia atrás para no llenarse de agua maloliente. Nicki se reía.

—Jo —Luke le dio una patada a la bomba para apagarla y miró el equipo—. He puesto al revés las conexiones. La manguera por donde entra el agua está en el lugar donde tendría que estar la manguera que saca el agua.

Mientras trataba con las salidas y las entradas, Nicki suspiró. Probablemente Luke no recordaba sus besos de adolescentes de la misma forma que ella… o cómo había actuado cuando había

regresado al colegio, como si ella no existiera. Aunque había un nuevo capitán en el equipo de fútbol, él había mantenido la cabeza alta, retando a la gente a que se comportara como si nada hubiera cambiado. Nicki se había convertido, otra vez, en la chica invisible y las lágrimas que había derramado por las noches, no tenían ningún sentido, al igual que los besos que él le había dado.

Lo peor de todo era que ni siquiera había aprendido la lección y se había casado con otro deportista de éxito. ¿Tan inteligente era si había cometido el mismo error dos veces? No es que Luke tuviera las mismas inseguridades que Butch, pero, ciertamente, tenía sus demonios.

—¡Así! —dijo Luke.

Encendió la bomba de nuevo y se pudo oír el ruido del motor. La manguera para sacar el agua se tensó y al poner los dedos en ella, Nicki sintió cómo vibraba.

—Victoria —declaró Luke mientras se ponía al lado de Nicki y observaba su reino con una sonrisa de satisfacción— Somos buenos, ¿verdad?

¿Era ése el verdadero Luke? ¿El niño entusiasta dentro del hombre con defectos, manías y también cosas buenas mezcladas? ¿O era una ilusión y todavía era el severo y poco amistoso hombre que había visto, al principio, cuando había ido a devolver el cuadro de su abuelo?

—Debería regar las flores —comentó Nicki, cansada de hacerse preguntas que no tenían respuesta.

Las preguntas no importaban, ya que Luke regresaría a Chicago tan pronto como algún otro miembro de la familia lo relevara en el cuidado de su abuelo y olvidaría las mangueras de entrada y salida y las discusiones sobre arte y ciencia y cuál de los dos era más importante. Olvidaría que había reído al lanzar hierbajos y beber limonada.

—Te ayudaré.

Cada uno agarró una manguera y se acercó al lecho de flores. Nicki apuntaba a las violetas cuando sintió que le mojaba la espalda.

—Eres… —se giró y le mojó el pecho. —¿Eso es lo mejor que lo puedes hacer?

Él volvió a mojarla y ella salió disparada a buscar cobijo. Al poco tiempo estaban empapados de pies a cabeza y se daban caza el uno al otro ya sin sus armas.

Nicki soltó la manguera y salió corriendo. Luke la siguió, pero ella se adelantó y estaba preparada a la orilla del arroyo cuando él apareció por el camino. Estaba arrodillada y con las manos, le lanzó agua por encima.

—Eh, está fría —Luke le dedicó una sonrisa diabólica antes de hacerle un placaje. Aterrizaron en una profunda y tranquila piscina que se había formado en un recodo del arroyo.

—¿Te rindes? —preguntó Luke.

—Nunca —Nicki le lanzó unas gotas más de agua. Entonces se estiró y flotó mientras miraba los árboles que les daban sombra. El agua estaba sorprendentemente fría a pesar del calor del día, pero Nicki amó esa sensación… le gustó sentir los escalofríos en su piel y el calor que le llegaba del cuerpo de Luke, que estaba flotando a su lado.

¿Amó?

Esa palabra le venía a la mente con demasiada asiduidad últimamente y se propuso no ser tonta. Amar la sensación del agua en su piel no era lo mismo que enamorarse. Además, ya había amado a Luke una vez, lo que la ponía en un terreno peligroso. Luke no creía que el amor merecía la pena a pesar de los problemas que podía causar, pero los problemas llegaban sin poder hacer nada para evitarlos.

¿Acaso no sabía que el amor hacía más felices los buenos momentos y que hacía más llevaderos los malos?

Después de un rato salieron del agua y se tumbaron en la hierba de la orilla.

Nicki bostezó y se puso un brazo por detrás de la cabeza.

—El profesor McCade sugirió que plantáramos malvarrosas al lado del cobertizo.

—También dijo que lo llamaras John.

—Lo sé, pero parece tan… —se encogió de hombros.

—¿Parece tan qué?

—No lo sé. ¿Irrespetuoso? Es el profesor, yo nunca imaginé… —se encogió de hombros otra vez.

Luke se puso de costado y estudió la cara de Nicki. Ella le estaba diciendo algo, pero él no estaba seguro de lo que podía ser. ¿Qué es lo que nunca hubiera imaginado? Él no sabía nada. Había intentado llevarla a la situación perfecta para besarla y ella se había mostrado ajena a sus esfuerzos. No era desagradable con él, aunque le decía las cosas claras. Además, tenía un excelente sentido del humor.

Nunca había conocido a alguien tan intrínsecamente feliz o tan inconscientemente sexy. Era suficiente como para enloquecer a un hombre.

La mirada de Luke descendió por el cuerpo de Nicki, de repente, no le pareció suficiente besarla. Estaba mojada y su camiseta y su sujetador eran transparentes y las duras y rosadas aureolas de sus pechos se notaban. ¿Qué estaba haciendo al mirarla de ese modo

constantemente? Nicki había caído como un ángel en la vida de su abuelo. El abuelo parecía estar mejorando gracias a ella, así que tenía que ser caballeroso y dejar de pensar como un adolescente.

Luke arrancó una brizna de hierba y le hizo cosquillas en la barbilla a Nicki.

Ella abrió los ojos.

—¿Estás intentando algo, McCade?

—Soy un hombre, claro que estoy intentando algo.

—Hmmm.

No estaba diciendo que sí, pero tampoco que no.

—Tienes una boca preciosa —susurró él.

—Sólo es una boca.

—Eso es cuestión de opiniones —le acarició el labio inferior con el dedo y se acercó más a ella—. Yo opino que tienes la boca más maravillosa.

—Lu… Luke —dijo Nicki entre suaves besos—. ¿No deberíamos ir a ver la bomba?

—No, no es muy potente. Tardará más de una hora en vaciar el estanque de abajo.

En aquel momento, Nicki se sentía tan bien que ni siquiera recordaba cómo se llamaba. Incluso cuando había estado casada, los besos y las caricias no habían sido como aquéllas, ya que Butch sólo estaba interesado en el resultado y no en el proceso y los juegos previos no estaban entre sus prioridades.

Las manos de Luke no parecían tener prisa y sus besos, profundos y calientes, duraron una eternidad. Sus dedos exploraron bajo su camiseta y ella también se lanzó a explorar. Su piel ya estaba caliente a pesar del baño y a Nicki le encantó sentir cómo los músculos de Luke se tensaban y relajaban bajo su suave piel.

También le encantó la sacudida que le produjo cuando tocó el empeine de su pie. Su beso se hizo más profundo y su lengua se movió ansiosamente dentro de la boca de Nicki, que se sentía como si tuviera quince años otra vez, con todas sus esperanzas y sus sueños frente a ella. Pero suspiró al recordar quién había roto algunos de sus sueños y le había enseñado que la esperanza no era siempre suficiente… el mismo hombre cuyos besos la estaban dejando sin sentido.

—¿Luke?

Luke notó la tensión en la voz de Nicki y percibió el cambio en su cuerpo al mismo tiempo.

—¿Qué? —murmuró mientras le besaba el cuello.

Acarició con sus labios uno de sus pezones y escuchó un gemido de Nicki. Su mano fue hacia abajo por los pantalones cortos de ella, pero

se paró. Luke quería hacerle el amor, pero no estaba preparado. Era de risa. Siempre tenía en mente el sexo seguro y siempre estaba preparado para ello, pero esta vez se le había olvidado.

Aunque sus instintos más primarios le empujaban a probar suerte, no sería justo para Nicki.

Saboreando sus pechos amorosamente por última vez, Luke gruñó y se giró colocándose boca arriba y respirando. Todas las células de su cuerpo pedían aliviarse, pero Luke agitó la cabeza y se concentró en su acelerado pulso. Aquello no era bueno. Desde que se había enterado de la verdad sobre su novia, se había prometido no perder el control nunca más, no dejar nunca que una mujer llegara a él más allá de donde podía controlar. Y en ese momento, la pequeña Nicki Johansson lo estaba haciendo delirar. Era como ser un crío otra vez, con necesidades y sin disciplina.

—Um… ¿Luke?

Antes de que Nicki girara la cabeza, se puso de pie.

—Quédate aquí. Ahora vuelvo —dijo girándose antes de que ella pudiera ver el efecto que le había causado.

Luke no podía recordar la última vez que había estado tan excitado. Sólo quería comprobar si Nicki pasaba de él y no se esperaba aquella explosión atómica de calor.

La profundidad de su reacción era inquietante, quería pasar la tarde tumbado junto a ella escuchando el agua del arroyo. No tenía ningún sentido, pero era, exactamente lo que iba a hacer… y aquello era tentar al destino más de lo que lo había tentado en años.

Luke apagó la bomba del estanque, después fue a comprobar que su abuelo estaba bien.

—¿Estás bien, abuelo?

—Sí —John McCade estaba leyendo algo y Luke se acercó.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Una revista de jardinería que ha traído Nicki. Me dijo que eligiera qué plantar en el huerto para el otoño.

Luke hizo una mueca de dolor. No era seguro que el abuelo viviera en esa casa en otoño, aunque parecía que estaba mejor y Luke sabía que Nicki lo había convencido para que empezara a pasear con ella. Si el problema del abuelo era una depresión, el ejercicio lo ayudaría.

—Quizá debieras ir al médico —murmuró.

—A mí no me pasa nada.

Luke agitó la cabeza. El abuelo había repetido aquello siempre. Le decía al médico que sus hijos exageraban y se preocupaban por nada. Cada vez que iba al médico se comportaba tal y como era. Al doctor Kroeger le había llevado un tiempo ver que había indicios de senilidad

y prescribirle un tratamiento.

—De todos modos, no estoy senil y no necesito la medicina ésa que me das — añadió el abuelo.

—Entonces iremos al médico y hablaremos con él sobre esto, a lo mejor te la cambia o prueba con otra cosa.

—No necesito ir al médico para eso. He estado tirando las pastillas. No me he tomado ninguna en una semana.

Luke no se sorprendió e incluso le entraron ganas de reír.

—Hablaremos sobre esto más tarde. Nicki me está esperando.

Ignorando que podía subir y tomar un preservativo de su cartera, regresó al arroyo y se tumbó junto a ella. Ya se podía relajar, siempre y cuando no pensara en su sabor o en cómo sus pechos habían respondido al tacto de sus dedos.

—He apagado la bomba. Podemos vaciar el estanque en otro momento.

Luke se puso las manos detrás de la cabeza para mantenerlas lejos de la tentación y miraba hacia arriba.

—Ni siquiera he traído mi móvil. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no hago el vago una tarde?

—Imagino que bastante —Nicki parecía igualmente interesada en las ramas de los árboles que tenían por encima—. Estás tan concentrado en el éxito que probablemente nunca tengas tiempo libre.

—Mmm —dijo Luke evadiéndose. Se preguntó si ella esperaba que hiciera otro movimiento. Una parte de él quería hacerlo, pero otra le decía que mantuviera las manos fuera, porque cuando ya estaba todo dicho y hecho, ella todavía era la misma Nicki que pensaba que las chicas buenas no llegaban hasta el final.

—Es bonito cómo la luz pasa por entre las hojas.

—Sí.

—Dime por qué te irritaste tanto cuando dije que yo era la fuerza y tú la maña —le pidió Luke, a quien la mezcla de emociones que había visto en su cara seguía molestando.

—Quizá me irritara un poco. Hay dos razones, creo: mi padre y mi ex marido.

Mira, mi padre era muy estricto con la escuela, pero también parecía que se resentía cuando hacía las cosas bien. Nunca he estado segura por qué.

—Probablemente estaba celoso porque eras más inteligente que él.

—¡Yo no creo que fuera más lista que mi padre! —protestó—. Él era muy inteligente.

Luke intentó recordar si alguna vez había conocido al señor Johansson y finalmente hizo aparecer la imagen de un hombre alto

con el pelo rubio y grueso y una expresión fría y de insatisfacción en la cara. Había ido al concurso científico del instituto en el que Nicki había ganado el primer premio, pero, aparentemente, no era suficiente. La idea de Nicki creciendo con semejante hombre puso enfermo a Luke.

Recordó cómo sus amigos y él lo habían visto gritar a Nicki.

—¿Y qué hay de tu ex marido?

Ella no contestó inmediatamente y Luke la miró.

—¿Nicki?

—Pues que… tenía problemas con su familia. Su hermano mayor era el favorito y trataban a Butch como si fuera retrasado porque prefería los deportes a los estudios. Su hermano mayor murió en un accidente y Butch terminó haciéndose cargo de la empresa familiar. Lo raro es que lo hacía muy bien, aunque ellos no pudieran verlo.

—¿Qué tiene eso que ver contigo?

—Butch era inteligente, pero la universidad lo aburría y la dejó el primer año…

mientras que yo me doctoré con veintiún años. A veces parecía estar orgulloso de mí y en ocasiones… no sé… parecía enfadado.

—¿Fue por eso por lo que lo dejaste? Me alegro por ti.

—No. Lo dejé porque no podía mantener la bragueta cerrada.

—¿Quieres decir que era infiel?

—Sí y no tienes por qué sorprenderte.

—Claro que me sorprende. Era idiota.

—Es muy amable de tu parte, pero yo sé el aspecto que tengo y no era suficiente para él.

—No estoy siendo amable. No es culpa tuya que él fuera infiel. Eres lista, amable e increíblemente sexy. Si no apreciaba lo que tenía, no merecía conservarlo.

Nicki quería creerlo y Luke se dio cuenta. Pero todo el mundo, incluso ella misma de adolescente, había pisado el ego de su feminidad tantas veces que probablemente no pudiera escuchar a nadie.

—Vale —dijo él—. Voy a decirte algo que nunca he contado a nadie. ¿Tú piensas que no estoy mal?

Nicki asintió con la cabeza.

—Entonces estamos de acuerdo en que no soy un ogro —Luke tomó aire—.

Bien, hace unos años, estuve comprometido. Mi prometida era preciosa, sofisticada…

era una ex miss Illinois. Yo estaba loco por ella, pero me enteré de que se había estado acostando con otros hombres, incluso después de

que planeáramos la boda.

¿Crees que era porque yo no era lo suficientemente hombre?

—No.

Cuando ella respondió, Luke se sintió mejor. No había disfrutado contándole la verdad, aunque no le importaba que lo supiese.

—Eso mismo se pude aplicar a tu caso. Lo que no entiendo es cómo sigues creyendo en el amor. ¿Cómo puedes confiar en un sentimiento que te ha traicionado?

—No se puede culpar al amor. Mi matrimonio se rompió porque no supe elegir a la persona correcta. Eso es todo.

—¿De verdad crees que es tan sencillo? ¿Que ambos escogimos mal?

—Quizá —dudó ella—. Para ser honesta, tú nunca te has sentido atraído por chicas que fuesen un modelo de virtud, por lo menos en el instituto. Y, a menudo, aunque no lo queramos, caemos en nuestros mismos errores.

Luke agitó la cabeza. Nada era tan sencillo. No podía confiar en el amor, era…

demasiado voluble, demasiado fácil perder. Pero no era sólo por lo que le había ocurrido con Sandra. Su novia del instituto había desaparecido cuando él había dejado de ser el héroe del pueblo y en pocos días salía con el nuevo capitán del equipo sin haberle devuelto siquiera su anillo o sin haberse molestado en decirle que habían terminado.

Incluso cuando el amor era verdadero, le exigía más de lo que él estaba dispuesto a dar. Sus padres eran un ejemplo. Se amaban, pero su madre había sido infeliz cuando su padre trabajaba fuera. Tres días de cuatro, ella tenía que hacerlo todo y sólo vivía cuando su padre entraba por la puerta.

Y también estaba su abuelo, perdido en una dolorosa niebla, incapaz de sonreír o de funcionar. Incluso si padecía de senilidad, parecía que la muerte de la abuela la hubiese provocado.

—Tenemos opiniones diferentes. El amor no merece la pena. Yo golpeé a un amigo que me dijo lo que Sandra estaba haciendo y tú estás viendo por lo que está pasando mi abuelo. Yo no quiero estar así, teniendo todo fuera de mi control… mi felicidad dependiendo de otra persona.

—Así que, en lo que se refiere al amor, te rindes. Igual que con la esperanza y los sueños.

—Sí. Aprendí lo costosos que son los sueños después del accidente. Lo pierdes todo. Y en cuanto a la esperanza, ¿tienes idea de lo que fue estar postrado en aquella cama de hospital, día tras día, rezando para

que el médico estuviera equivocado, esperando que entrara y que me dijera que mis lesiones no eran para tanto y que podría jugar al fútbol de forma profesional? Pero nunca ocurrió y el pueblo entero me odió porque fastidié la oportunidad de ganar el título estatal.

Nicki tragó saliva. No sabía por lo que Luke había pasado, pero sabía de esperanzas perdidas y de sueños y también sabía de salir adelante y de encontrar algo en lo que poner sus esperanzas y jamás dejaría de creer en eso.

—El pueblo no te odiaba.

—Lo que está claro es que no me amaba.

Nicki quiso insistir, pero era cierto que hubo gente que se enfadó con Luke por haberse lesionado. Y, obviamente, él no había superado el accidente que terminó con sus sueños de futbolista. No se había aceptado a sí mismo.

Nicki tiritaba. Se empezaba a dar cuenta del complicado hombre que había tras la arrogancia. Un hombre con unas pasiones tan fuertes y profundas que no confiaba en sí mismo. Un hombre que quería controlar su corazón porque no lo entendía, al igual que no se entendía a sí mismo y, por eso, se negaba a creer en el amor y sus argumentos eran una cortina de humo que escondían la verdad a la que él no se quería enfrentar.

—Tú también me odiabas —murmuró acariciándole la frente con un diente de león.

—A mí no me importaba nada el fútbol.

—No, tenías tus propias razones para odiarme. Te traté mal cuando íbamos al colegio, al igual que mis amigos.

—He sobrevivido.

—No tenías que haber tenido que sobrevivir y yo fui uno de los que te puso las cosas difíciles. Nunca sabrás lo arrepentido que estoy de eso.

—Acepto tu disculpa —Nicki puso la mano en el pecho de Luke. Algo dentro de ella la estaba desafiando—. ¿Sabes lo que debemos hacer? —susurró.

—No, ¿qué?

Nicki sonrió y extendió los dedos por los pectorales de él.

—Besarnos.

Capítulo 7

Días después, Nicki se sentó en el auditorio del instituto sin apenas creer que Luke y el profesor McCade la hubieran acompañado a la conferencia mensual que patrocinaba el Ayuntamiento. Era un evento que pretendía crear una conciencia cultural y la conferencia de aquel día era sobre Alemania. Tendría que haber sido fascinante, pero el supuesto experto que la daba, hablaba en un tono muy monótono.

Era un misterio cómo alguien podía hacer que un bonito lugar como Alemania sonara tan aburrido.

Nicki miró al profesor, que tenía sentado a un lado. Su cara no era muy expresiva, pero parecía estar escuchando. Luke, que se sentaba al otro lado, parecía más interesado en acariciarle la palma de la mano.

Una calidez que parecía traicionera inundó a Nicki. Luke podía haberse disculpado por su comportamiento cuando eran niños y haberla besado repetidas veces, pero seguía siendo la misma persona. Tenía que recordar que Luke sólo tonteaba con ella porque era la única mujer que tenía cerca… como había ocurrido antes. ¿Por qué le importaría que la gente los viera juntos? Después de todo, a él no le importaba Divine ni lo que la gente de allí pensara de él y necesitaba algo para pasar el rato. Pero pronto volvería a Chicago y le costaría recordar el nombre de ella.

No se dio cuenta de que había suspirado hasta que Luke se inclinó sobre ella y le susurró:

—¿Qué te pasa?

—Nada —soltó su mano y la apoyó en su regazo.

Se oyeron risas entre el público y Nicki se puso recta pensando qué era lo que se había perdido.

Había un gato sentado en el escenario frente al conferenciante con la cabeza erguida, como si estuviera escuchando. Después de un rato, agitó la cabeza, bostezó y comenzó a limpiarse el trasero.

Nicki se tapó la boca con la mano. Por muy aburrido que fuera el conferenciante, era de mala educación reírse. Aunque Luke no debía pensar lo mismo, porque soltó una sonora carcajada y ella le dio un toque con su hombro. Le hubiera dicho algo, pero el gato levantó la cabeza y chilló de forma escandalosa.

El conferenciante paró, se colocó las gafas y miró atónito al felino.

—Todos podemos ser críticos —dijo con solemne dignidad, aunque sus ojos no se reían.

Al decir eso, la gente se echó a reír mientras el gato miraba a su alrededor asustado. Sin duda estaba abandonado y hambriento.

—Pobrecito.

Luke conocía ese tono de voz. Miró a Nicki y la vio con la mirada fija en el gato.

Era blanda y había insistido en que usaran trampas que no mataran a los ratones, en el desván, aunque Luke le había dicho que volverían a entrar. Nicki había puesto cuidadosamente las lombrices de nuevo en la tierra mientras hablaba con ellas sin saber que Luke la estaba escuchando.

Ahora tenía la impresión de que llevaría un gato en su lujoso coche de vuelta a casa, a menos que el destino se apiadase de sus asientos de cuero. Podía negarse, pero probablemente no lo haría. No quería que Nicki pensara que le importaba más su BMW que el destino de un gato abandonado.

No parecía que a Nicki le gustara él. Normalmente se hubiera dicho a sí mismo que pensar eso era una locura, especialmente después de los besos que se habían dado, pero lo pensaba. Por lo menos deberían ser amigos. ¿Era mucho pedir? Se había disculpado por lo ocurrido en el pasado y ella lo había aceptado, aunque, todavía, sus ojos parecían distantes. Aquello estaba volviendo loco a Luke, aunque pensara que podía ser lo mejor que podía pasar.

Cuando acabó la conferencia, Nicki quiso seguir al gato.

—Ahora vuelvo —dijo mientras la gente aplaudía y un momento después, tenía el gato acurrucado entre sus brazos, sin importarle que estuviera ensuciándole el vestido.

Luke la miraba con la mano apoyada en el hombro de su abuelo. No conocía a ninguna mujer aparte de su hermana que estuviera dispuesta a tocar un gato abandonado.

—¿No es encantador? —preguntó Nicki.

Para Luke era el animal más feo que había visto nunca. Era todo patas y rabo unidos por un cuerpo de polilla.

—Claro. Es genial.

La que era encantadora era Nicki y comenzaba a no preocuparle pensar eso.

Quizá fuera posible tener una amiga y confiar en ella por esa amistad. Era totalmente diferente de las mujeres con las que solía salir.

—Los gatos no se limpian mucho si no han comido. Creo que a pesar de la suciedad, está sano, aunque no puedo juntarlo con da Vinci hasta estar completamente segura. ¿Puede quedarse en tu casa hasta que lo vea un veterinario?

Luke no podía negarse. Nicki se estaba volcando con el jardín que su abuela tanto había amado y estaba haciendo todo lo posible para

que su abuelo despertara y tuviera ganas de vivir de nuevo.

—¿Qué te parece, abuelo? ¿Te importa que lo cuidemos unos días?

—Parece májate… no será un problema —respondió mientras le daba una palmadita al gato.

—Gracias, profesor.

—Ya no eres mi alumna. Me llamo John, jovencita.

—Sí… John.

Nicki sostuvo el gato en sus brazos todo el camino de vuelta y lo dejó acomodado en la cocina con una caja para que hiciera sus necesidades y dos latas de atún.

—Es tarde —dijo Luke mientras ella agarraba su bolso para irse—. Debería seguirte.

—¿Por qué?

—Para asegurarme de que llegas a salvo a casa.

—Gracias, pero estaré bien —respondió Nicki riéndose—. Esto no es Chicago.

—Ya lo sé. El pueblo se está muriendo, pero nadie quiere admitirlo.

—No se está muriendo, sólo está pasando por una mala racha. Divine puede necesitar algo de ayuda para volver a levantarse, pero saldrá adelante.

—Le va a costar mucho, porque está enterrado.

La sonrisa de Nicki se desvaneció y Luke deseó haberse quedado callado.

—Lo siento. No debí decir eso. A ti te gusta Divine y yo lo respeto.

—Realmente no piensas que esté tan mal, ¿verdad? —preguntó Nicki preocupada.

—Creo que hay cosas que se pueden hacer para ayudar.

Sus sentimientos no eran importantes, lo que contaba era lo que sentía ella por Divine. Además, su pueblo no era tan malo, allí tenía a Nicki y a su abuelo y un montón de buenos recuerdos que contrarrestaban los malos. Había tenderos que recordaban cuál era su fruta preferida e intentaban comprarla para él. Había ferreterías que alquilaban bombas de agua por prácticamente nada y un camión de helados que vagaba por las calles. Era el lugar ideal, con buenos y anticuados valores, para criar niños.

—Lo que necesita es a alguien como tú, un agente inmobiliario. Pero no uno cualquiera que sólo quiera sacar beneficio y no le importe hacer daño para conseguirlo.

—Quizá —Nicki hizo que quisiera revisar sus negocios para asegurarse de que podía estar orgulloso de lo que su compañía había hecho y de cómo lo había hecho.

Los pasos del abuelo sonaron en el vestíbulo y los dos lo miraron. El gato se había subido a sus brazos, acababa de comer muy bien.

—Tendremos que comprar comida para gatos por la mañana —murmuró el abuelo—. Este pobre es un saco de huesos.

El hecho de que su abuelo estuviera preocupado por algo emocionó a Luke.

—Sí —dijo, mientras miraba a Nicki, quien estaba tan complacida como él.

—Tengo que irme, pero mañana traeré comida de Da Vinci cuando venga y cuando abran la tienda compraremos más.

El abuelo asintió y comenzó a subir la escalera con el gato todavía en los brazos.

Luke observó que subiera sin caerse y después sonrió a Nicki.

—Apuesto a que el saco de pulgas termina durmiendo con alguien esta noche.

—Da Vinci siempre duerme conmigo.

—Sabía que envidiaría a un gato —Nicki se sonrojó y Luke se rió —. Si no dejas que te siga a casa, por lo menos déjame acompañarte hasta el coche.

Una vez fuera, Nicki dudó antes de montarse en el coche y pareció que buscaba una excusa para quedarse.

—Sabes que la depresión aguda normalmente requiere de medicación, ¿verdad?

El ejercicio y lo demás puede ayudar, pero no siempre es suficiente si es un caso grave.

Luke asintió sin ya dudar que el problema de su abuelo era la depresión y no la senilidad.

—Pero también sé que el abuelo tiene que colaborar y no rechazar la ayuda. Él dice que está bien.

—Hay una mujer igual en la residencia de ancianos y desde que recibe tratamiento está mucho mejor, aunque ella no se da cuenta.

—Mientras esté bien… —comentó Luke, pensando que no le importaba si su abuelo hacía frente al problema o no, mientras fuera mejorando.

Le dio un beso a Nicki y se quedó allí hasta que las luces de su coche desaparecieron. Después volvió a casa. El teléfono sonaba y esperó a ver si el abuelo se decidía a contestar, antes de responder él.

—Hola.

—Soy yo, cariño.

—Hola, mamá —se sentó en una silla.

—Sólo quería decirte que tu padre y yo iremos a Divine en un par de días para relevarte ya que Sherrie no pudo quedarse.

—No hay prisa —apenas podía creer lo que estaba diciendo, pero era cierto. Se lo estaba pasando bien con Nicki y no era algo que quisiera dejar tan pronto.

Después de todo, tener su propio negocio tenía sus ventajas. Podía seguir trabajando desde allí durante un tiempo, aunque tendría que acostarse tarde algunas noches y contratar un empleado que hiciera de mensajero entre Divine y Chicago.

—Pero sé las ganas que debes de tener de volver a la ciudad.

—No, no te preocupes —Luke miró a su alrededor y bajó la voz—. No dejes que las esperanzas de papá vayan demasiado lejos, pero el abuelo está mejorando. Creo que es mejor un poco de estabilidad y a mí no me importa quedarme más tiempo.

—¿Estás seguro? Sé que no te gusta mucho Divine.

Luke se encogió de hombros, todavía tenía una mezcla de sentimientos hacia su pueblo y probablemente perdiera dinero intentando dirigir su empresa desde allí, pero merecía la pena quedarse por el bien de su abuelo.

—Claro que sí. Quedaos. Además, cuando él trabajaba no teníais tiempo para estar juntos. Disfrutad ahora.

—¿Por qué dices eso? —preguntó su madre.

—Por nada. Sólo que, antes de jubilarse, papá no estaba mucho en casa.

—Sé que echabais de menos a papá cuando viajaba, pero pensé que lo entendíais, era la mejor forma que tenía de mantenernos.

—No lo digo por mí. Tú no solías estar muy contenta si él no estaba y creo que debéis disfrutar ahora.

—Hijo, yo siempre estaba feliz, aunque echara de menos a tu padre. El tiempo que pasábamos separados hacía que apreciáramos más el tiempo que pasábamos juntos. Eso es lo que pasa cuando las personas se aman.

«Amor», pensó Luke agitando la cabeza con la imagen de Nicki en su mente. A pesar de lo mal que lo había pasado en la vida, seguía siendo optimista.

«Así que te rindes con el amor igual que con las esperanzas y los sueños».

Recordaba sus palabras. No podía quitarse de la cabeza las cosas que Nicki le había dicho aquel día junto al arroyo. El no creía en aferrarse a cosas que podían hacerle daño. ¿Cómo podía olvidar las semanas de enfado y frustración que pasó después del accidente, el largo período de recuperación y la manera en que había hecho de Nicki el foco de todos sus sentimientos negativos? Sólo en ese momento veía cómo se había despreciado a sí mismo por la forma en

la que la había tratado. Por esa razón la había ignorado después, porque no quería afrontar su despreciable comportamiento.

—Hijo, ¿estás ahí?

—Sí. ¿Recuerdas a Nicki Johansson?

—Claro que la recuerdo. Contratamos a Nicole para que te ayudara a estudiar cuando estuviste en el hospital. Es una niña muy dulce.

La imagen de las femeninas curvas de Nicki se le vino a la cabeza y sonrió… ya no era una niña.

—Está viniendo a casa y nos ayuda con el jardín y hablando de arte y otras cosas con el abuelo. Trabaja con ancianos y cree que deberíamos preguntar al médico sobre un tratamiento contra la depresión. Creo que ella es la razón de que el abuelo esté mejorando.

—No me sorprende. La recuerdo con mucho cariño. Para ser franca, yo quería que hubieras salido con ella en lugar de con esa otra chica. Y en cuanto a Sandra…

bueno… no puedo imaginar que esa mujer fuera a Divine y mucho menos para ayudarnos con tu abuelo.

—No te gustaba mucho, ¿verdad?

—Esto… bueno… seguro que tenía cosas buenas.

Luke sonrió. Aparte de los atractivos físicos de Sandra y de su sofisticación, no podía recordar nada bueno de ella. Pensaba que era maravillosa cuando le pidió matrimonio, pero no recordaba por qué.

«El amor no tiene la culpa. Mi matrimonio se rompió porque elegí al hombre equivocado, eso es todo».

«Los dos elegimos mal».

«Cállate», se dijo enfadado.

Pero Nicki le había hecho pensar en algo que no podía quitarse de la cabeza, que nunca había estado enamorado de su prometida. Había estado obsesionado, pero no enamorado. Quizá no se había dado cuenta, pero Sandra representaba a la perfecta esposa trofeo y sus novias del instituto eran iguales… trofeos para el héroe, elegidas por su belleza y popularidad, no por sus cualidades.

—¿Luke? Lo siento, no he debido decir nada sobre Sandra.

—No te preocupes. Fue un error, pero de los errores se aprende, ¿verdad?

—Sólo queremos que seas feliz, hijo.

—Soy feliz.

—¿De verdad? Desde tu accidente no sé si eres feliz. Debimos haber llevado mejor el asunto, pero no entendimos lo importante que el fútbol era para ti hasta que fue demasiado tarde.

—No te preocupes por mí, mamá. Estoy bien. Tengo que dejarte, el abuelo se va a acostar y necesita ayuda.

Se dijeron adiós, Luke colgó el teléfono y se frotó las sienes. Normalmente eludía conversaciones de ese tipo antes de que pudieran comenzar. ¿Y en cuanto a ser feliz? ¿Qué demonios era ser feliz?

¿Era ser como Nicki… con una paz y alegría interiores para las cosas cotidianas? Era muy generosa, incluso con un hombre que tenía todas las razones para evitar. En realidad ella tenía más razones que él para estar amargada y desilusionada, pero no lo estaba y él tenía que entender por qué.

Nicki exprimía limones en el antiguo exprimidor que había pertenecido a Mary McCade. Miles de limones debían haberse exprimido ahí, protagonizando miles de historias de devoción, reuniones familiares y días cálidos de verano.

—Deja que lo haga yo —ordenó Luke.

—Tú no les sacas todo el zumo —objetó Nicki evitando los brazos de Luke.

—Yo no pierdo el tiempo con cada gota —respondió él, mientras la rodeaba con sus brazos y la atrapaba entre la encimera y su cuerpo.

Nicki tragó saliva. Estaba rodeada por Luke. Sacó sus manos y comenzó a exprimir los limones con rápidos movimientos que los nacían chocar al uno contra el otro hasta estar íntimamente juntos y hacían que la piel de Nicki se ruborizara.

Probablemente no era apropiado reaccionar de aquella manera vestida con su nueva ropa de domingo; acababan de llegar de la iglesia, y sabiendo que el abuelo de él podía entrar en cualquier momento. Pero todo aquello no parecía molestar a Luke.

Mientras ella sujetaba el exprimidor, él, con el dedo pulgar le acariciaba un pezón. Las rodillas de Nicki se torcieron y Luke presionó más fuerte con su cuerpo mientras seguía exprimiendo limones y sus caderas se balanceaban sin dejar duda de su potente reacción. Nicki gimió.

—No deberíamos.

—¿Qué no deberíamos? ¿Hacer esto? Demasiado tarde. Date la vuelta — susurró él.

Ella se giró y se besaron. Cuando se habían besado anteriormente, Luke había intentado ocultar su erección, pero en ese momento, presionaba el estómago de Nicki, una osada respuesta.

—Será mejor que termine de exprimir los limones —dijo Luke finalmente.

Nicki asintió y echó azúcar en la vieja jarra para limonada de la abuela de Luke.

Muchas de las cosas de cristal de la casa eran de los años treinta.

Nicki no sabía nada del cristal fabricado en la época de la Depresión, pero le impresionó su belleza. Con el rabillo del ojo vio la expresión de dolor que Luke tenía en la cara.

—¿Duele tanto?

Preguntó con curiosidad. Para ella, el deseo era una ilimitada hambre en el estómago, un dolor en los pechos y una intranquilidad general por el cuerpo.

—La antigua Nicki jamás me hubiera preguntado eso —dijo Luke sonriendo.

—La antigua Nicki era demasiado tímida.

—Todavía eres tímida.

—Ya —dijo sintiendo calor, sólo que esta vez no era vergüenza. Luke la estaba mirando como si fuera increíblemente especial, buena y bonita.

—De hecho, no puedo pensar en algo más dulce y que duela tanto. Si no te importa voy a ducharme y cambiarme.

—No, no me importa.

—Gracias. Me ducharé con agua fría como vengo haciendo últimamente —la miró y subió corriendo las escaleras.

Nicki se abanicó la cara y se dijo que no actuara como una tonta. La limonada era una buena distracción y mezcló el zumo con agua y azúcar con una energía innecesaria. Después añadió hielo y unas rodajas de limón y la puso en la mesa. La ensalada que había preparado estaba en la nevera y los filetes esperaban en una sartén para ser asados.

Nicki oyó el camión de los helados que pasaba por el vecindario. Pasaba por esa calle varias veces al día y sonrió al recordar la mañana, hacía unos días, en que Luke había saltado para arrastrarla calle abajo y comprar unos helados. Parecía que Luke había cambiado, pero sería un error tremendo enamorarse de él. Ya era difícil controlar el deseo, y enamorarse sería un infierno. Tenía que olvidar que su marido le había dicho que la quería incluso cuando se estaba acostando con otras mujeres.

Pero, ¿Luke era igual? A él también le había hecho daño alguien con quien planeaba casarse. Seguro que él no jugaría con nadie de la misma manera. Molesta por sus pensamientos, Nicki agitó la cabeza. La pregunta de si Luke McCade podía ser fiel a una mujer no era importante. Podían llegar a ser amigos, pero nada más. No importaba cómo él parecía mirarla, no importaba cómo se comportaba Luke mientras estaba en Divine por culpa de su lívido, ella no estaba a la altura de las mujeres con las que él salía en Chicago.

—Has traído ropa cómoda para cambiarte, ¿verdad? —preguntó

Luke cuando regresó a la cocina.

Nicki asintió.

—Cámbiate. Yo mientras voy poniendo los filetes en la parrilla para que estén listos cuando bajes.

—Acuérdate que les tienes que dar la vuelta después…

—Asar filetes es un arte culinario que domino —interrumpió Luke —. Vete, no me recuerdes que no puedo comer lo que realmente quiero.

No había duda sobre lo que quería decir por cómo la estaba mirando.

Nicki agarró su ropa y huyó. Su cara se había refrescado para cuando se sentaron juntos a comer, pero se podía volver a acalorar fácilmente si miraba la sensual curva del labio de Luke.

—¿Quieres más ensalada, abuelo? —preguntó Luke mientras se servía por segunda vez.

Silencio.

Nicki y Luke se miraron, pero antes de que ella pudiera decir nada, se oyó un maullido y vieron cómo se abría la puerta que daba al vestíbulo.

—¡Oh! —Nicki comenzó a levantarse, pero Luke la detuvo agarrándola por el brazo.

—¡Miau! —el gato pedía comida dando con su pata en la pierna de John McCade.

—Bueno —murmuró el profesor, quien cuidadosamente cortó pequeños trozos de carne y los dejó caer para el gato, que se abalanzó sobre ellos. Cuando se llenó comenzó a ronronear y a frotar su cabeza en la pierna de John.

Sonó una risita que Nicki creyó venir de Luke, pero era el profesor quien se reía. Se agachó y acarició el gato.

—Va a necesitar un nombre —dijo.

—Creo que tú deberías ponérselo —respondió Nicki.

—Vale, entonces se llamará Vincent.

Nicki se rió. Al gato le faltaba un trozo de oreja, por lo que Vincent era muy apropiado.

—¿Vincent? —preguntó Luke.

—Por Vincent Van Gogh —explicó Nicki—. Era un pintor holandés que se cortó parte de una oreja. Esperemos que nuestro Vincent no sea tan autodestructivo.

Luke sonrió. Había oído hablar de Vincent Van Gogh, pero no sabía lo que podía ser un post impresionista. Eso no importaba, su abuelo acababa de ponerle un nombre al gato, al gato que intuía que nunca se iría a casa de Nicki. Incluso sospechaba que ella lo había

planeado. Ella había sugerido que necesitaban un gato en casa y parecía el tipo de persona que hace que las cosas sucedan de una forma o de otra.

Pero lo mejor de todo era que su abuelo se había reído por primera vez en mucho tiempo.

—¿Todos los artistas son autodestructivos? —preguntó Luke.

—Claro que no —contestó el abuelo—. El arte transmite los más elevados y mejores sentimientos que el hombre puede alcanzar. Es una parte fundamental de la realización como seres humanos.

—Henry James dijo que el arte era lo que hacía la vida y que no conocía nada que pudiera sustituir la fuerza y la belleza de su proceso.

—Cierto —asintió el abuelo, quien miró a su nieto—. Puede haber arte en todo lo que hacemos, no tiene por qué limitarse a esculpir una piedra o pintar un lienzo.

—¿También está presente en la ciencia?

—Incluso en la ciencia —comentó el abuelo.

Nicki le dio una patada a Luke por debajo de la mesa y se rió.

—No tengas muchas esperanzas, John. Luke es un pragmático. No cree en teorías abstractas ni ideologías y el concepto de arte es demasiado abstracto para su cerebro.

Luke tomó nota, aunque Nicki no añadió que el amor era también demasiado abstracto para él. El amor era algo de lo que no sabía muy bien qué pensar o que lo asustaba.

Los siguientes días no hizo tanto calor y continuaron trabajando en el jardín, refrescándose con las mangueras y con baños en el arroyo. Los besos apasionados de Luke no se repitieron y Nicki supo que tenía que estar agradecida. Pero no lo estaba.

Vincent había hecho buenas migas con John McCade. Sus maullidos y los frotamientos que hacía con la cabeza, no podían ser ignorados y Luke y Nicki estaban encantados cuando el felino sacaba, repetidamente, a John de sus ensueños.

Nicki estaba contenta de haber esperado el momento apropiado para sugerir a John que buscara un nombre para el gato y para darles más tiempo, había dicho que no podía conseguir una cita con el veterinario hasta la próxima semana.

No volvió a trabajar en el inventario hasta unos días más tarde. Después de las mañanas y las tardes de risas y de trabajo duro, parecía extraño sentarse en el cuarto silencioso, aunque estuviera rodeada del arte que había seleccionado un hombre de exquisito gusto que vivía de sus libros.

El sonido del aparato de aire acondicionado apenas amortiguaba el

ruido del aspersor del césped de la parte delantera de la casa y la risa de los niños que jugaban con sus bicicletas y Nicki cerró los ojos para oír el despreocupado zumbido del verano.

—Céntrate —murmuró después de unos minutos.

Pero en lugar de centrarse, miraba el retrato de Mary Cassatt de la madre con el niño. A veces sentía no tener en los brazos un niño como aquél, nacido del amor, del compromiso y de la esperanza en un futuro.

Suspiró y levantó el cuadro. Tenía que volver al dormitorio donde había estado colgado tanto tiempo. Pero mientras volvía, lo pondría con los demás cuadros que estaba catalogando.

—¿Qué llevas ahí, Nicole? —preguntó el profesor cuando Nicki salió al vestíbulo.

A Nicki casi se le cae el cuadro al saber que John no quería ver el retrato que tanto le recordaba a su mujer.

—Nada… algo que iba a guardar.

John extendió la mano y sabiendo el dolor que iba a producirle, Nicki le pasó el Cassatt y observó su cara… el dolor, la conmoción y la distancia que estaba poniendo entre él y la pérdida de una mujer a la que había amado más que a nada en el mundo.

—Todavía está aquí —murmuró Nicki sin poder evitarlo. Tenía la impresión de que nadie de la familia había sido capaz de hablar con él sobre Mary y de que quizá fuera necesario—. Yo puedo sentir su amor en cada rincón de la casa y en el jardín.

No se ha ido, está aquí de forma diferente.

Después de un momento interminable, el retrato cayó al suelo mientras él se dejaba caer en una silla. Nicki extendió las manos y John se las llevó a su propia cara mientras lloraba.

A Nicki se le saltaron las lágrimas. Era triste y horrible, pero era un paso adelante, y un paso era todo lo que se podía pedir.

Luke miraba a su abuelo y a Nicki desde el fondo del vestíbulo. La escena lo sobrecogió. Lo aterrorizó. Cerró los puños para contener la emoción y recuperar el control. Tenía delante la evidencia de cómo un sentimiento puro podía hacer pedazos. Era una lección que había aprendido a los diecisiete años… no querer, no tener esperanzas y saber siempre que los sueños se pueden romper en cualquier momento y sin previo aviso.

Aunque también vio en Nicki la luz más potente, el amor en el que él no confiaba, el amor que estaba empezando a necesitar más que el aire. A través de ella, también vio la devastadora belleza de la devoción de su abuelo, una belleza que debía ser restaurada si fuera

posible.

Por primera vez, Luke era totalmente consciente de los dolorosos límites de su corazón y de las restricciones que le había impuesto año tras año. Vio los sueños que había despreciado en su búsqueda de la libertad, las mentiras que se había dicho a sí mismo y las excusas que se había creado para no amar y no vivir de la forma en que lo habían educado para amar y para vivir.

Lo que tenía que decidir era qué iba a hacer a partir de entonces.

—Nicki —susurró. Pero ella no lo oyó y él no estaba preparado para descubrir lo que ella le diría.

Capítulo 8

—Miau.

—Vale, sube.

Luke vio cómo su abuelo se daba unas palmaditas en la pierna y cómo Vincent subía a su regazo ronroneando. Nadie podía ignorar a Vincent, era una fuerza imparable. Como Nicki. Sólo que Nicki deleitaba la vista con su sonrisa y su feminidad, mientras que Vincent tenía cara de gángster. Luke se inclinó hacia delante envalentonado por lo que había visto desde el vestíbulo la noche anterior.

—Abuelo, tienes que ir al médico. Tenemos que preguntarle sobre la medicación para la depresión o, al menos, tienes que explicarle qué pasa y cómo te sientes, en lugar de fingir que todo va bien cuando vas a verlo.

—No estoy deprimido —respondió el abuelo.

—Sí, claro. Entonces, ¿por qué te sientas durante horas mirando la nada? ¿Por qué cuando no estás mirando la nada estás dormido? Y qué me dices de haber vendido el retrato de la bisabuela Helena por cinco dólares en el mercadillo, o de repente haber notado, después de tres años que el jardín estaba hecho un asco.

Se miraron el uno al otro.

—Piénsalo —añadió Luke—. No hay nada malo en recibir ayuda… Además, a la abuela no le gustaría que estuvieras así.

—Vale, me lo pensaré —respondió tras un largo silencio.

Luke respiró aliviado. No sabía si había hecho lo correcto, pero al menos había hecho algo. Se sentó a beberse el café con la mirada puesta en las puertas de cristal que daban al jardín. Nicki solía entrar a esas horas de la mañana por la puerta de atrás temiendo despertar a alguien. Él se había acostumbrado a levantarse al amanecer y rara vez estaba en la cama cuando ella llegaba. Dormía poco porque se quedaba trabajando hasta tarde, pero merecía la pena.

¿La merecía? Ese pensamiento lo hizo sonreír. Había habido un tiempo en el que no hubiera dejado que nada lo distrajese de su trabajo. Pero cuanto más tiempo pasaba con Nicki, mejor comprendía que el trabajo era interesante y gratificante, pero que sólo era trabajo y que la vida era algo más.

Minutos después, Nicki apareció y él la saludó con la mano, intentando aparentar que se estaba relajando bebiéndose el café. Pero no lo estaba. La llegada de Nicki se había convertido en el engranaje de sus días y de los de su abuelo.

—Buenos días —dijo Nicki al entrar por las puertas de cristal—. He

traído donuts y atún.

Las orejas de Vincent se levantaron al oír la palabra «atún». Aprendía rápido y en pocos días era capaz de distinguir el sonido del abrelatas desde el otro lado de la casa.

—¡Miau!

—Hola, pequeño —le rascó la nuca y él cerró los ojos de gusto—. Me temo que no estarás tan cariñoso conmigo después de que hoy te lleve al veterinario.

—Por eso lo sobornas con el atún —dijo Luke.

Él también ronronearía si ella lo tocara de esa forma.

Luke recordaba vagamente cuando pensaba que una mujer tenía que tener abundantes pechos. En aquel momento miraba a Nicki y veía un bonito equilibrio, lo que le parecía más que todo lo que aquellas otras mujeres tenían. Debió de ser la forma en la que ella lo miró lo que hizo que su pulso se acelerase.

—Sí, el soborno funciona. Pero he estado pensando… —parecía preocupada de repente—, no estoy segura de si a mi gato le va a gustar tener un competidor. Da Vinci puede ponerse muy celoso y eso no es bueno para Vincent.

Luke se atragantó y se tapó la boca. No le molestaba en absoluto la dulce manipulación de Nicki y el hechizo que ejercía en su abuelo y en él era placentero.

—Puede quedarse aquí un tiempo si tú quieres —ofreció el abuelo.

—¿De verdad? —parecía aliviada—. ¡Eso es genial! Pero no quiero que sea una molestia, así que traeré otra caja para su arena y el veterinario me recomendará la comida apropiada cuando lo examine, así que se la compraré allí.

—Dile que envíe aquí la factura —dijo el abuelo.

—No puedo hacer eso. ¿Has decidido ya qué vamos a plantar en el huerto? — añadió rápidamente.

—Tomates —murmuró mientras acariciaba a Vincent.

—A mí también me gustan. ¿Alguien quiere donuts? Voy por servilletas.

Nicki no esperó la respuesta sino que se dirigió a la cocina tan rápidamente como si le estuvieran mordiendo los talones. Luke la siguió.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—Te has puesto rígida cuando el abuelo ha sugerido pagar la factura del veterinario. Los dos sabemos que Vincent se va a quedar aquí, así que, ¿por qué no dejas que el abuelo pague la cuenta?

—Yo puedo pagar mis facturas, gracias.

—Nicki, tú ayudas a todo el mundo. De vez en cuando podrías dejar que alguien hiciera algo por ti. Sé que te ganas la vida muy bien y que puedes pagar tus cosas, ¿por qué es un asunto tan espinoso?

El tema espinoso era que había crecido con un padre que no podía llegar a fin de mes y donde no había dinero para pagar lo necesario, como comida o el alquiler.

El asma que tenía lo mantuvo inactivo un largo período, al igual que su incapacidad para llevarse bien con la gente.

—¿Nicki?

—Algunas veces me tomo mal las cosas, eso es todo. Es por mi infancia. Fue duro crecer como la niña que siempre tenía que comprar en tiendas de segunda mano o que nunca compraba el almuerzo del instituto porque era demasiado caro — aclaró odiando cómo sonaba lo que acababa de decir. No estaba avergonzada de su infancia, pero la había afectado.

—Pero aun así te has convertido en la persona más generosa del mundo. Eres una mujer excepcional, Nicki. Ojalá yo hubiera sido alguien mejor cuando éramos niños, porque podría haber aprendido mucho de ti —dijo Luke mientras la estrechaba entre sus brazos.

—Tuviste tus momentos.

—Sí, momentos de los que no me siento orgulloso.

Nicki cerró los ojos, dejándose llevar por una fugaz debilidad. Le encantaba sentir los brazos de Luke y el latir de su corazón contra su mejilla. Nunca hubiera imaginado que fuera lo suficientemente perceptivo como para notar la incomodidad que le provocaba el tema del dinero u otras cosas y, de nuevo, estaba equivocada. No se parecía en nada a su ex marido.

Su proximidad le estaba causando incomodidad por otra razón, así que Nicki se apartó y trató de sonreír como si nada hubiera pasado.

—Todos tenemos esos momentos. Se llama ser humano. ¿Adivinaste el plan que tenía con Vincent?

—¿Que no habías planeado llevarlo a tu casa? Sí, lo adiviné —no parecía enfadado—. Ese gato es imposible de ignorar y exactamente lo que necesitaba el abuelo. Es increíble todo lo que ha mejorado.

—Pensé en adoptar un animal de la perrera, pero cuando vi a Vincent y que no se asustaba con toda esa gente y con el ruido, pensé que sería perfecto.

—Sí, perfecto —repitió Luke con tono irónico. A ella no le importó, Luke, a quien le gustaba tener todo controlado, se había tomado las cosas muy bien.

En aquel momento, el gato imposible de ignorar entró en la cocina, maulló y le dio con la pata a su plato con el pienso.

—Pobrecito, quiere atún —comentó ella.

—No, es que se pone histérico cuando ve su plato vacío. Lleva aquí unos días y ya es el amo de la casa.

Luke sacó el saco con el pienso y rellenó el plato de Vincent. Más tranquilo porque ya no iba a morir de hambre, Vincent ignoró el pienso y frotó las piernas de Nicki con su cuerpo.

—Quiere su atún —observó Luke.

Nicki abrió la lata que había llevado.

—¿Cuándo es la cita del saco de pulgas con el veterinario?

—No es un saco de pulgas, lo bañé hace dos días, ¿te acuerdas? De todas formas la cita es a las ocho —dijo Nicki mientras ponía el atún en otro plato y lo dejaba en el suelo. Vincent atacó el pescado como si llevara días sin comer.

Después de lavarse las manos, Nicki puso un donut de chocolate en un plato y sacó una bebida nutritiva de la nevera.

—Es la primera cita del día, así que no tardaremos mucho. Probablemente esté aquí a las nueve y podamos empezar a trabajar en el jardín.

—Iré contigo.

—Vale. ¡Ah! Esta noche es cuando se juega al bingo en la residencia, por si todavía quieres ir.

—Iremos. Ya se lo comenté al abuelo y dijo que podía ser divertido.

Nicki asintió y desapareció en el recibidor. Un instante después la oyó hablando con su abuelo.

Luke le dio un mordisco al donut y pensó que dos meses antes nada lo hubiera hecho ir al bingo. Pero dos meses antes se encontraba en Chicago, temiendo otro viaje a Divine, al saber que su abuelo había empeorado y que no había nada que él pudiera hacer.

Luke estaba cada noche más cansado, pero no quería admitirlo. Si Nicki estaba trabajando tan duro día tras día en el jardín y se centraba en el inventario a ratos, él también podía aguantarlo. A él le gustaba pensar que estaba realizando los trabajos más duros, pero probablemente no lo estuviera haciendo. Nicki era muy testaruda.

Miró hacia arriba desde el arbusto que estaba podando y se enfureció.

—Nicki, bájate de esa escalera —gritó.

El corazón casi se le salió por la boca cuando ella hizo un movimiento brusco y estuvo a punto de caerse.

—No hagas eso. Si no me asustas no me pasará nada —gritó ella.

—Te pasará algo. Estás subida a una escalera otra vez.

—Las mujeres nos subimos a escaleras todo el tiempo.

Podía tener razón, pero no le importaban las demás mujeres. Nicki sí le importaba y lo estaba volviendo loco de una forma u otra.

—Bájate. Ahora.

—No me des órdenes —dijo mientras continuaba pintando el techo del cobertizo.

Luke la agarró por las caderas y la levantó. La brocha, el cubo y la escalera salieron volando, pero acertó a ponerle los pies en el suelo.

—Eres la mujer más testaruda que he conocido. Ya te he dicho que no quiero que subas ahí.

—Y tú eres un estafador. ¿Piensas que eres un tipo moderno y sofisticado? Eres casi un cavernícola en lo que respecta al tema de las mujeres.

Tenía razón. Él había llegado a la misma conclusión, pero nunca había sentido la necesidad de proteger a alguien como a Nicki, y ella se lo estaba poniendo difícil.

—Si te rompes el cuello me demandarán —comentó él bromeando.

—No tengo familia ¿recuerdas? No habrá nadie para contratar al abogado.

—Nos tienes a nosotros. Eres una McCade honorífica.

—¿Quieres decir que los McCade demandarán a su propia familia por la muerte de un miembro honorífico? —dijo sonriendo—. Es muy amable que digas eso, pero ya me engañé una vez sobre tener una familia nueva y no voy a permitir que me pase otra vez.

—¿Engañarte? ¿De qué estás hablando?

—Cuando me casé. Butch tenía algunos hermanos más jóvenes, a su madre y sus abuelos y pensé que finalmente iba a pertenecer a una familia. Después me di cuenta de que él estaba en un bando, los demás en otro y de que yo seguía siendo una intrusa.

Algunas cosas que no entendía sobre Nicki, de repente cobraron sentido.

—No es que me casara con él por su familia —añadió—, pero era agradable pensar… ya sabes.

La entendió tan bien que le resultó difícil pensar en algo más que en estrecharla en sus brazos y prometerle que todo iría bien. Pero no podía prometer algo así y, de todos modos, ella no lo creería.

—¿Te interesaría saber que mi madre todavía te recuerda con cariño?

—¿Se acuerda de mí?

—No debería sorprenderte tanto. Tú eres una persona para recordar, Nicki.

—Sí, claro.

—Pues sí, claro. ¿Sabes una cosa? Creo que no te he agradecido lo suficiente que le endosaras ese felino feísimo a mi abuelo.

—No es feo —dijo Nicki indignada.

—Tiene una cara tan horrible que sólo su madre lo puede querer y… es sólo patas.

—Eso es porque todavía está creciendo. Una vez que sea adulto te impresionará su belleza. Ya verás.

Luke la creyó. Como todo lo que ella hacía, el gato sería fantástico.

—Y no te lo he endosado. Tú apruebas lo que he hecho. No lo niegues.

—Lo apruebo. Y, como te he dicho, no te lo he agradecido lo suficiente.

—No tienes que agradecerme nada.

—Sí que tengo.

Nicki conocía ese tono de voz e, instintivamente, su cuerpo respondió. No quería que Luke tuviera tanto poder sobre ella, pero era inevitable. Luke sólo tenía que mirarla de determinada manera y se le calentaba la sangre. Sus fuertes manos agarraron su trasero y lo tocaron lenta y seductoramente.

—Se nos ve desde la casa —recordó ella.

—Así estamos a salvo —murmuró Luke al besarla.

Al final de su matrimonio Nicki había hecho todo lo posible para evitar tener relaciones con su marido, incluso cuando las cosas parecían ir más o menos bien entre ellos, pero que Luke la abrazara era diferente. Luke era más alto y más fuerte que Butch y en sus brazos no se sentía indefensa. Era como si estuviera volando y Luke fuera la poderosa corriente de aire que la mantenía en vuelo. La necesidad de que él se uniese a ella disipó las dudas que tenía y cuando sus dedos la tocaron de una forma sexual, Nicki se puso tensa recordando sus palabras.

«Así estamos a salvo…»

Ya. No podían hacer el amor donde cualquiera podía verlos y Luke lo sabía, por eso había elegido ese lugar.

—Luke… no.

El hundió su cara en la curva de su cuello.

—No sabía… que era masoquista —susurró.

Nicki quiso preguntarle por qué no había insistido más. No en aquel momento, sino otras veces cuando podía haber sido posible. Podían haberlo hecho junto al arroyo o cuando habían estado perdidos entre el follaje del jardín. Pero quizá debería aceptar lo que había sin hacerse muchas preguntas.

—Gracias —susurró él besándole el cuello.

Por un momento, Nicki no supo de lo que le estaba hablando, pero, de repente le vino a la mente. Vincent y su abuelo y su plan de juntar dos criaturas que estaban perdidas.

Luke la besó otra vez dulcemente y la miró a la cara. Ahí estaba otra vez esa mirada cálida y de aprecio que le hacían sentir que era especial. Eso le hizo sentir algo extraño. Una mujer a la que un hombre mirara de esa manera frecuentemente, podía llegar a ser vanidosa.

Pero Nicki tenía un espejo y sabía cómo era. Su apariencia había mejorado desde que se ponía ropa de su talla y trataba de ayudar a amigos y vecinos, pero eso no la hacía especial o mejor que nadie. Era difícil creer que si realmente era especial, buena y bella, no hubiera encontrado a nadie que la quisiera.

Pero era tentador. Y estúpido.

Siempre había deseado el amor incondicional, ese tipo de amor que nunca recibió de su padre y Luke era el menos indicado para dárselo. Aunque… ¿Sería posible? Quizá los ex deportistas no eran todos iguales… quizá Luke era diferente. A lo mejor el amor con él no era imposible.

—¡Luke! —dijo una voz severa y ellos se separaron. El profesor McCade salió al jardín y miró a su nieto con desaprobación.

—¿Sí, abuelo?

—Quiero hablar contigo.

—Dios, soy adulto y me van a sermonear como a un joven delincuente. Me va a echar la charla sobre respetar a las mujeres y ser un caballero.

—Deberías intentar alegrarte porque recuerda la charla —bromeó Nicki sonrojada.

—Me alegro, créeme —se dirigió hacia su abuelo—. ¡Ah! Nicki, mantente lejos de la escalera. No quiero volver y tener que recoger tus pedazos.

Nicki se sentó en los escalones del cobertizo sin saber si reír o morirse de vergüenza.

Luke había anulado sus defensas en menos de un mes. Luke, el mismo chico que le había roto el corazón cuando era niña. Pero él había cambiado y ella ya estaba medio enamorada de él aunque no sabía qué hacer. Sinceramente, no era mejor amante de lo que había sido a los quince años.

Luke no sabía qué esperar cuando entró en casa. Su abuelo había sonado como el antiguo John McCade, el hombre que siempre había ayudado a llenar la ausencia de su padre, el abuelo que

ocasionalmente había pillado a Luke haciendo algo malo y lo había asustado para que volviera al buen camino. No es que besar a Nicki estuviera mal, pensó Luke. Aunque sabía que no era totalmente cierto. Besarla no estaba mal si esos besos significaran algo.

Aquel pensamiento hizo que se retorciera. Nicki no era un juego o una conquista, era real y él no sabía qué hacer al respecto.

—Abuelo, no tienes que decir nada —dijo.

—¿Cómo que no? ¿Dónde están mis cuadros?

—Los quitaste.

—Sí, claro y también dejé que el jardín se fuera al infierno. El Pequeño Sargento me hubiera regañado por ello.

—Cuéntame otra vez por qué llamabas a la abuela el Pequeño Sargento —dijo Luke. Nicki tenía razón, el abuelo tenía que enfrentarse a su pérdida. Si tenía una depresión tendrían que hacer algo al respecto, no hacer como si no pasara nada. Ser capaz de hacer algo era infinitamente mejor que ver a alguien a quien se amaba consumirse delante de uno mismo.

—¿No te acuerdas? —preguntó el abuelo sonriendo—. Era porque cuando nos conocimos, tu abuela estaba pensando ingresar en el ejército como enfermera.

—Lo recuerdo, pero cuéntamelo otra vez —pidió Luke al acordarse de lo impresionado que se había quedado la primera vez que había oído que su abuela había considerado algo así. A su abuela la habrían enviado a Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial o, incluso, al Pacífico.

—Cuando yo le pedí matrimonio, ella sintió que tenía que elegir entre su trabajo o yo, así que le dije que siempre podía ser mi Pequeño Sargento si se casaba conmigo. Quizá eso suene políticamente incorrecto hoy día, pero era otra época. Tu abuela era una mujer fuerte, Luke. Me eligió a mí y yo bendije esa elección todos los días de nuestra vida en común.

La expresión de pena del abuelo hizo que a Luke se le partiera el corazón, aunque vio algo más, una paz que no había visto antes y no dudó en pensar que su abuelo estaba alcanzando esa paz gracias a Nicki.

Luke suspiró. Sus sentimientos por Nicki eran difíciles de ignorar. No pudo recordar la última vez que había deseado tanto que llegara un día, ver una sonrisa o, simplemente, estar con alguien que lo hacía una persona mejor al ser ella tan buena.

¿Era aquélla la elección de la que hablaba su abuelo? ¿Elegir entre lo que se puede llegar a tener todos los días, con alguien que ilumina tu mundo con una sonrisa, o vivir en un mundo sin color sin ese

alguien? ¿Merecía aquello tomar los riesgos que él siempre había evitado tomar? ¿Era tan peligroso perder el control si se podía confiar en la persona que se amaba?

—Nunca imaginé que Mary se fuera primero —murmuró John—. No estaba preparado para eso. Ella era más fuerte que yo, Luke.

—Tú eres fuerte. Eres el hombre más fuerte que conozco.

Quizá el abuelo había intentado ser demasiado fuerte, sin permitir que nadie lo consolara, sin querer recurrir a nadie cuando las cosas iban mal y fingiendo que todo seguía igual. Una extraña sensación invadió a Luke al darse cuenta de que él también era así.

—Esto se está poniendo difícil para ambos y creo que una escena emotiva al día es suficiente —dijo el abuelo mientras le daba unas palmaditas en el hombro, refiriéndose a la conversación que habían tenido por la mañana—. Quizá debamos hablar de Nicole.

—¿Qué pasa con ella?

—Podías haber elegido un lugar mejor que el cobertizo. Nicole merece lo mejor.

No es como las mujeres con las que siempre has salido y quiero estar seguro de que entiendes eso.

—Lo entiendo —era verdad, Luke lo entendía. Y se sentía como si estuviera a punto de descubrir algo maravilloso, como si todo en su vida hubiera sido dispuesto para ponerlo en aquel punto. Lo único que necesitaba era un poco más de tiempo para asimilarlo.

Capítulo 9

—Le encantan los hombres altos —dijo la señora Koswolski mientras agarraba a Nicki por el brazo y miraba con profundo aprecio a Luke—. Cariño, eres un auténtico bombón.

—Gracias… señora —Luke parecía avergonzado.

—No vienen muchos hombres de visita —comentó Ruthanne Jamison, una mujer de pelo corto y de una naturaleza romántica que quería mantener en secreto.

—Pues no saben lo que se pierden —dijo él sonriendo—. Yo no sabía que iba a conocer a tantas damas encantadoras jugando al bingo.

—También hay unos cuantos hombres aquí, pero ellas siempre buscan carne fresca —se quejó Bart desde su silla de ruedas. Era el hombre más viejo de Divine y había sobrevivido a tres esposas. Nicki sabía que tenía el ojo echado a la cuarta, Ruthanne. Desafortunadamente, también era el hombre más gruñón del pueblo, así que no había conseguido que ella le prestase atención.

—No le hagas ni caso —dijo Ruthanne mirando seriamente a Bart.

Luke echó un vistazo a su abuelo, quien también estaba rodeado de mujeres y se dio cuenta de que todavía era un hombre guapo. Era alto y distinguido, tenía una gruesa mata de pelo blanco y era la atracción del bingo. Las mujeres hablaban con él sobre todos los temas, desde arte a noticias.

—Será mejor que me prepare para el juego —comentó Nicki.

Ella había estado con Luke desde que habían llegado y su brazo se quedó solo cuando se ella dirigió a la parte delantera de la habitación.

—Bueno, amigos, prepárense —dijo mientras hizo girar el bombo con los números—. Presiento que tenemos jugadores con suerte esta noche.

Todos se sentaron en sus mesas colocando los cartones frente a ellos. Luke se puso delante dos cartones, más que nada para aparentar, puesto que estaba más interesado en mirar a Nicki, muy popular entre los inquilinos de la residencia. La habían abrazado, regañado porque, según ellos, había perdido peso, y aconsejado sobre cómo encontrar a su hombre. Además, lo habían hecho cuando Luke estaba junto a ella y se había puesto colorada.

En cuanto a la pérdida de peso, Luke trató de decidir si tenían razón. Sabía que ella estaba trabajando mucho, pero se tomaría cualquier comentario sobre su pérdida de peso como una crítica si viniera de él. Aparentemente, «flaca» era un insulto, al igual que plana. Pero Nicki no estaba plana y Luke sólo quería que ella estuviera

bien. Se sentiría fatal si le ocurriera algo, quería protegerla y asegurarse de que siempre estaría segura y feliz. Nada de eso lo convertía en un príncipe, sólo significaba que, por fin, Luke había reconocido algo valioso que tenía que preservar.

—El primer número de la noche es el 10 B —dijo Nicki al sacar una bola del bombo.

La mujer que estaba sentada al lado de Luke no podía agarrar una ficha para ponerla en la casilla del 10 B de su cartón, así que Luke la ayudó a hacerlo y recibió una tímida sonrisa a cambio.

—Gracias, cariño —murmuró.

—Aquí hay una buena. B17. ¿Tú no pilotaste B17 durante la guerra, Bart?

—¿Qué guerra? —refunfuñó Bart, aunque parecía complacido—. La Segunda Guerra Mundial —añadió.

—Bart se guarda estas cosas para él —dijo Nicki con ironía—, así que quizá no sepáis que tiene dos Corazones Púrpura, una Estrella de Plata y una Medalla al Valor. Damas y caballeros, es todo un héroe.

Un sonido de aprobación recorrió la sala y algunas de las mujeres presentes se volvieron para sonreír a Bart, quien estaba tieso en su silla de ruedas y con la cara iluminada.

Nicki prosiguió leyendo números, mientras hacía algún comentario sobre alguien en la sala. La mujer sentada al lado de Luke había sido una profesora de música con mucho talento. Otra mujer sentada al fondo, había acogido temporalmente a diez niños en su casa y todos ellos se habían licenciado, vivían en Illinois y la iban a visitar con devoción.

A través de los ojos de Nicki, Luke comenzó a verlos, no como ancianos sin rostro confinados en la residencia, sino como individuos. Una vez fueron los granjeros, profesores y padres que habían mantenido todo en funcionamiento y no merecían menos respeto simplemente porque sus cuerpos tuvieran años y enfermedades.

Una mujer situada en el centro de la sala cantó bingo y recibió una bolsa de caramelos y una bata rosa como premio. Sonreía como si se hubiera convertido en millonaria. Cuando comenzó el siguiente juego, Luke buscó a su abuelo, que no estaba jugando porque mantenía una profunda conversación con otro hombre.

Estaban sentados en una esquina y asentían a la vez que conversaban. En un momento dado, el otro hombre, sin ninguna vergüenza, se secó una lágrima. Luke tragó saliva y volvió a concentrarse en Nicki.

—Creo que eso ha sido un récord de rapidez en ganar. Limpien sus cartones y a ver si alguien tiene el G 27.

La vecina de Luke lo tenía y él ya tenía una ficha en la mano para que la colocaran juntos.

Desde su posición, Nicki vio cómo Luke ayudaba a la señora Batavia a colocar las fichas en su cartón. Lo había disimulado bien, pero Nicki había percibido que él se sentía incómodo rodeado de tantos ancianos. Estos no recibían muchas visitas, así que su bienvenida podía abrumar. Luke había estado encantador y en aquel momento estaba haciendo sentir a una amable dama que era el centro del universo.

Nicki nunca había imaginado cómo era Luke ni cómo había podido atrapar de esa manera su cuerpo y su alma. Estaba perdida. Menudo par, a ella le asustaba entregarle su corazón y él no quería entregar su corazón a nadie. Pero era un hombre bueno y decente. Bajo su avasalladora confianza había alguien a quien le afectaban tanto las cosas que se había intentado aislar del resto del mundo para protegerse del dolor y de los sentimientos que pensaba que no podía controlar. Pero aquello no era vivir.

Si se involucrara en algo que no estuviera relacionado con el dinero, encontraría él mismo la verdad. Ellos ya habían hablado sobre Divine y la ayuda que el pueblo necesitaba para despegar de nuevo. Quizá ésa era la respuesta.

Nicki continuó pensando en ello mientras leía los números y como varios de los residentes ganaron, ella seleccionó artículos del premio que sabía que cada uno de ellos disfrutaría o necesitaría.

—Última partida —anunció. La administradora prefería que terminaran la fiesta para las nueve, así ninguno de ellos se cansaría demasiado.

Cuando hubo un último ganador, sonaron las habituales protestas.

—Otra, otra —suplicaba un coro de voces. Pero Nicki sonrió y dijo que no con la cabeza firmemente.

—No. Estoy cansada. Me habéis agotado —declaró.

Todos rieron y comenzaron a dirigirse hacia sus habitaciones. Ella se unió a Luke y al profesor McCade en la mesa de los refrigerios, donde conversaban con Elena Gordon, la administradora. Luke, inmediatamente, rodeó la cintura de Nicki con el brazo y una emoción que no quería reconocer le recorrió el cuerpo. Una cosa era besarse en la privacidad del jardín de su abuela y otra distinta era mostrar afecto en público.

—El señor McCade nos estaba diciendo que a partir de ahora quiere pagar los refrigerios y los premios —dijo Elena y miró a Luke de una forma que Nicki conocía muy bien… puro agradecimiento

femenino que no tenía nada que ver con su oferta de financiar los juegos de bingo dos veces al mes—. Agradecemos su generosidad.

—No es nada —dijo claramente incómodo.

—Sí que es algo. Algunos de los residentes no tienen dinero para comprarse pequeñas cosas. Nicki sugirió que se le dieran premios para hacerlos disfrutar y que no pareciera caridad.

«Eso parece idea de Nicki». pensó Luke. «Ella es la generosa». Él se había ofrecido a pagar los premios, más que nada para hacerla sonreír. Y había funcionado.

Lo miró como si le hubiera puesto en las manos un millón de diamantes y un calor que nada tenía que ver con el deseo se apoderó del pecho de Luke.

—Será mejor que volvamos a casa —dijo Nicki unos minutos más tarde—.

Estoy realmente cansada. El trabajo en el jardín hace que esté durmiendo estupendamente estos días. Algún día tendré que comprarme una casa con jardín para mí.

No parecía cansada, pero cuando Luke siguió la dirección de su mirada, se dio cuenta de que era la cara de su abuelo la que estaba fatigada.

—Yo también —dijo—. ¿Estás listo, abuelo?

—Cuando queráis. Gracias por su hospitalidad, señorita Gordon. Lo he pasado bien —dijo John.

—Vuelva cuando quiera, señor McCade y si no es mucho pedir, quizá pueda darnos alguna clase.

—Quizá —aunque su respuesta no lo había comprometido, elevó los hombros con orgullo y sonrió.

Luke quería gritar de emoción. Era como si el reloj hubiera vuelto a cuando vivía su abuela. Por supuesto que nunca sería como entonces, pero no se podía negar que su abuelo seguía mejorando.

Cuando volvieron a casa, Luke convenció a Nicki para que se quedara un rato.

Quería confesarle que no había hecho nada amable al ofrecerse a pagar los premios del bingo. Nicki se estaba convirtiendo en algo más importante para él de lo que podía haber imaginado y no la quería engañar. Todavía no era muy distinto del adolescente egoísta que un día la había besado y al siguiente había hecho como si no existiera.

—Aquel hombre había perdido también a su mujer —dijo el abuelo, que se había sentado en el sofá—. El hombre con el que hablaba durante la partida… se llama Joseph. Es viudo desde hace diez años. ¡Diez años!

—Era Joseph Conroy. No habla de Louise con cualquiera —dijo

Nicki.

—Sí. Me recordó que éramos afortunados por haber amado tanto a una persona y por haber compartido la vida con ella. Sé que suena a tópico, pero es verdad.

—La abuela era muy especial. ¿De qué más hablasteis?

—De que admiramos a las mujeres. Tienen tanto aguante… Tu abuela era el eje de esta casa, Luke. Y ella siempre confió en mí y en el Todopoderoso. Eso se me olvidó durante un tiempo. Me voy a la cama —expuso el abuelo levantándose. Sus miradas se cruzaron y Luke vio reminiscencias del hombre que había conocido de niño, la fuerza y la sabiduría que habían estado escondidas algún tiempo.

Luke dio gracias a Dios en silencio y cuando se volvió, encontró a Nicki colgando un cuadro en la pared. Era muy pesado y la ayudó a colocarlo.

—No podías pedir ayuda, ¿verdad?

—Te quejas mucho.

Luke se echó hacia atrás para contemplar el paisaje de un estanque del bosque que había estado en la pared más tiempo del que podía recordar. Estaba bien devolver los cuadros a su sitio, aunque no sabía cómo se sentiría su abuelo al verlos de nuevo.

—Vale. Él me pidió que lo colgara otra vez —dijo Nicki antes de que Luke expresara su temor.

—¿Quieres dar un paseo? —preguntó él. Ella asintió y salieron a caminar por la oscura calle.

La noche estaba fresca. A Nicki le hubiera gustado proponer ir a bañarse al arroyo, pero no estaba preparada para lo que pudiera ocurrir después. El sexo era un paso importante y posiblemente significaría más para ella que para él.

Después de un rato aminoraron la velocidad de sus pasos. Iban por un camino y la luna cubría de plata los campos.

—¿Pasa algo? —murmuró ella.

—Sobre lo de los premios… Deberías saber que lo he hecho por ti y por nadie más. Ni siquiera me había dado cuenta de que había una razón para premiar, así que no tienes que pensar que lo he hecho por motivos altruistas.

—Luke McCade, eres un impostor —Nicki besó su barbilla y apoyó la cabeza en su hombro—. No quieres que nadie vea lo que hay en tu interior para que no se sepa que tienes corazón y sueños por cumplir, pero no está funcionando.

La garganta de Luke se cerró. Le hubiera gustado ser el hombre que ella parecía estar viendo y en el quizá se estuviera convirtiendo, poco a poco.

—¿Sí? —preguntó él.

—Sí.

Nicki y Luke trabajaron la mañana siguiente en el huerto, pero luego ella puso la excusa de que tenía que hacer unos recados. El se ofreció a acompañarla, pero Nicki respondió que iba a ser muy aburrido. La verdad era que se había pasado casi toda la noche en vela pensando en Luke, en cómo éste había comenzado a abrirse a los demás en la residencia y en cómo ella podía ayudar a que él se desarrollase.

Algunas personas tenían dificultades para relacionarse con el resto del mundo, pero el ambiente de Divine favorecería a Luke, ya que allí, los vecinos se metían en las vidas de los demás, a veces por curiosidad, pero, principalmente, porque se preocupaban los unos por los otros.

Nicki sabía que Luke se preocupaba por la gente, pero que le costaba demostrarlo y trabajar en algo que hiciera la vida de la gente más fácil, lo ayudaría a abrirse. Luke podía salvar Divine. Era un agente inmobiliario y sabía hacer negocios y atraer a inversores. Sabía de estudios sobre terrenos y estrategias de marketing y de todo lo necesario. Cuando la ocasión lo requería, Luke podía ser persuasivo y dar energía a la gente. Era lo que Divine necesitaba, alguien con la trayectoria y la inteligencia para hacer que las cosas sucedieran.

Salvar Divine significaba salvar hogares y a personas queridas. El corazón de Nicki latía con fuerza cuando entró en la tienda de fotos de la calle principal.

—¿Hay alguien?

—Nicki, hola —Willard Jenkins se apresuró a salir de la trastienda. Era un hombre digno, con canas en las sienes y una sonrisa amable. No extrañaba que lo hubieran elegido alcalde cinco veces seguidas—. ¿Estás de compras?

—Sí —Nicki se colocó la bolsa de plástico que llevaba en el brazo. Le avergonzaba, pero disfrutaba comprando ropa. Algo era seguro, y es que no pasaba desapercibida, aunque quizá fuera más una cuestión de actitud. Luke había hecho que se sintiera diferente, más viva y que se diera cuenta de que podía sentir.

—Te vi con John y Luke McCade el domingo en la iglesia. No sabía que tenías contacto con esa familia.

—En realidad no es contacto. Les estoy haciendo un inventario de las obras de arte.

—Fuiste a la iglesia y a la conferencia con ellos y tengo entendido que los llevaste al bingo de la residencia. Eso suena a más que un

inventario.

«Dios». La fábrica de rumores de Divine era la parte del pueblo que seguía en perfecto estado. No sería extraño que dijeran que estaban agarrados de la mano durante el sermón o que la había besado en el cobertizo.

—El profesor McCade me influyó de una forma muy positiva cuando tomaba sus clases y ahora soy yo quien quiere ayudarlo de cualquier manera.

—Ya veo.

—De todas formas, he estado pensando que aunque Divine es un lugar estupendo, muchas de nuestras tiendas han cerrado o se han trasladado y hemos…

—¿Reducido existencias? El Ayuntamiento y yo hemos estado dando vueltas al tema durante años, pero nada de lo que hemos hecho ha cambiado la situación. Lo que necesitamos es dinero. Mucho dinero. Y a alguien que sepa qué hacer con ese dinero.

—Vale. Tú debes saber que Luke McCade es un agente inmobiliario, ¿has pensado en pedirle ayuda?

—No lo sé, Nicki. He oído que hay cierta tensión con Divine.

Precisamente los sentimientos que Luke tenía hacia Divine eran la razón por la que Nicki pensaba que ayudar al pueblo lo ayudaría a él también. La reacción de Divine a su accidente había hecho que no le gustaran los pueblos pequeños. Quizá, si tratara con esos sentimientos, podría resolver cómo se sentía por perder el sueño de su infancia de ser un deportista profesional. Después de todo, ¿cómo iba a poder avanzar si no se enfrentaba a sus fantasmas?

—Es un buen hombre, Willard. Ya se que parece distante, pero tiene razones para serlo.

—Lo sé. No puedo culpar a Luke por no querer tener nada que ver con nosotros, especialmente después de los editoriales que se publicaron cuando se lesionó.

Fueron muy desagradables. Él era sólo un niño y los niños se lesionan, no es que hubiese quemado el Ayuntamiento o que pasara droga a otros niños.

Nicki no recordaba los editoriales y sintió una punzada de recelo. En realidad no comprendía lo importante que había sido para Luke perder su carrera como futbolista o cómo la furia temporal de Divine había herido su ego, pero sí sabía que si no hacía las paces con su vida, nunca sería feliz.

—Por lo menos considera hablar con Luke. No sé qué te dirá, pero a lo mejor te sorprende.

—Vale. Hoy mismo si es posible, hablaré con el Ayuntamiento

sobre una aproximación. Pero no esperes nada. Trent Davis está en el Ayuntamiento y todavía se siente fatal por haber escrito aquellas cosas en el periódico.

Nicki tuvo problemas para concentrarse aquella tarde y pasó más tiempo mirando la pared que catalogando la colección de arte del profesor McCade. El inventario no era tan importante al estar mejorando él y habían hablado sobre ello durante la mañana. John había decidido que evaluar la colección era una buena idea y le había pedido que continuara.

—Venid todos —llamó Luke desde el piso de abajo—. ¿Estáis listos para una sorpresa?

—¿Qué clase de sorpresa? —contestó Nicki.

—Helados con refresco ¿Te acuerdas de cuando los hacían en el colegio?

—Me acuerdo —Nicki no añadió que nunca tenía dinero para comprarlos.

—Entonces baja. Se hacen así —dijo mientras sacaba vasos largos del congelador—. Hay que tenerlo todo muy frío, porque parte del refresco se debería congelar al echar el helado. En el colegio nunca lo hacían bien porque el refresco estaba templado y el helado medio derretido antes de que los juntaran.

La diversión duró hasta que sonó el timbre y Nicki recordó su visita al alcalde.

—Yo abriré —dijo Luke.

Sus dudas se disiparon cuando siguió a Luke al vestíbulo y vio a Willard Jenkins a través del cristal de la puerta de entrada.

—¿Qué demonios? —Luke abrió la puerta sorprendido—. ¿Qué desean, señores?

—Buenas tardes. A lo mejor no me recuerdas, Luke, soy Willard Jenkins, el alcalde de Divine.

—Te recuerdo. Os recuerdo a todos —dijo Luke mirando a Trent Davis.

Nicki no pudo aguantar los nervios y se fue al jardín.

Capítulo 10

Luke no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Los hombres que estaban sentados en el salón de su abuelo querían que invirtiera su tiempo y su dinero en un proyecto que revitalizara el centro de Divine? Ni hablar. Sus sentimientos hacia Divine no estaban claros desde antes del accidente. Por aquel entonces se estaba convirtiendo en un pueblo deprimente y en la actualidad era peor. Solucionar sus problemas supondría una gran cantidad de dinero y muchísima suerte. El reto era interesante, pero tendría que volver a vivir allí para hacerlo bien.

—Caballeros, lo siento, pero mis negocios están en Chicago y dudo de que pueda conseguir inversores para un proyecto como éste.

—Teníamos que preguntar. Aquí tienes mi tarjeta y si tienes ideas sobre qué podemos hacer, por favor, compártelas conmigo.

—Lo haré. Os deseo buena suerte —dijo Luke mientras tomaba la tarjeta.

Excepto en lo que concernía a Nicki y a su abuelo, la idea de que Divine iba muriendo lentamente no lo molestaba mucho. Bueno, en realidad lo molestaba.

Pensó en la gente de la residencia de ancianos y en lo que Nicki había dicho sobre su trabajo, sus sacrificios y sus éxitos. La mujer con artrosis en los dedos que había sido profesora de piano y de violín y que ya no podía ni colocar las fichas en el cartón; o el hombre que había pilotado bombarderos, con la esperanza de que el mundo fuera más seguro una vez que los estragos de la guerra hubieran desaparecido; o la mujer que había acogido a niños con tanto amor que tenía vínculos de por vida con ellos. ¿Cómo se sentían ellos a causa de que Divine se estuviera apagando? De alguna forma sabía que les dolía tanto como a Nicki.

—Miren. Pensaré sobre ello. Divine es un lugar especial que tiene que sobrevivir.

—Gracias por su tiempo —dijo Willard.

Estrecharon las manos y Luke vio cómo salían de la casa. Entonces se volvió y vio que su abuelo lo miraba en silencio. Hacía años que no buscaba su consejo, que no escuchaba a nadie más que a él mismo.

—Supongo que piensas que debería hacerlo.

—Sólo si pones el corazón en ello.

Hacía mucho tiempo que no ponía el corazón en algo, ni siquiera en vivir, pero tenía la impresión de que las cosas estaban a punto de cambiar.

—Necesito hablar con Nicki.
—Sabía que te sentirías así. Está fuera, en la parte de atrás.

Nicki escuchaba el sonido del agua del arroyo e intentaba relajarse, pero se sentía culpable. No debería haber interferido, por mucho que pensara que estuviera ayudando. Después de un rato apareció Luke y se sentó junto a ella, estirando sus bronceadas piernas hacia el agua. Su cara no revelaba nada de lo que había sucedido.
Nicki quiso preguntar, pero no le salieron las palabras.
¿Habría adivinado él que ella estaba detrás de la propuesta? Quizá Willard y los demás le habían dicho que había sido idea suya pedirle ayuda. Podían haber pensado que ella había hablado del asunto con él.
Nicki metió el pie en el agua y pensó en cómo Luke y ella habían trabajado en el jardín. Habían hecho mucho más juntos de lo que ella podía haber hecho sola. Había quedado muy bien, con los estanques limpios, era como un fresco oasis en medio del bochornoso calor de Illinois. Nicki echó las piernas hacia atrás y tocó la hierba de la orilla con los dedos.
—Yo les pedí que vinieran.
Luke no dijo nada y Nicki lo miró.
—¿Luke?
—Me lo temía.
—Oh. ¿Qué les has dicho?
—Al principio les dije que no, pero después les dije que lo pensaría. Pero mi vida está en Chicago, no en Divine, Nicki. Cuando era joven quise irme y ahora no puedo imaginarme volver. Este lugar… es que hay demasiados malos recuerdos.
—Sé que estás enfadado con la gente de aquí, pero realmente podrías ayudar a que esto cambiara —dijo desesperada. No podía equivocarse con respecto a él—. Si te preocupa la gente y tienes principios, querrás ayudar a tus vecinos. ¿De verdad prefieres el prestigio de levantar centros comerciales y complejos de oficinas en ciudades donde no necesitan más centros comerciales ni más complejos de oficinas?
—Tú no lo entiendes.
—No, no lo entiendo —Nicki sabía que se lo estaba tomando mal, pero no importaba lo culpable que se había sentido ni lo que le había costado decidir involucrarlo a él, había creído de verdad que él quería ayudar—. ¿Qué te da Chicago que no te de Divine? ¿Dinero? ¿No tienes ya suficiente para dos vidas?
—Nicki, sé razonable. Algo así requerirá que me mude aquí y sabes

cómo me siento con respecto a Divine.

Lo sabía. Sabía que la gente había actuado mal cuando se lesionó en el instituto y desaparecieron, con él, las esperanzas de ganar. Divine se había emocionado tanto con su equipo de fútbol y el carismático capitán del mismo, que se había olvidado de que era un ser humano como cualquier otro. Pero también sabía que había más.

Muchos de ellos no sabían qué decir ni cómo comportarse con un chico lesionado cuya vida había cambiado repentinamente.

El era humano. Ellos también. Y la vida continuó.

—Fue un accidente, ya está. No puedes aceptar que ni tú ni el pueblo tuvisteis la culpa. Se que no pudiste jugar al fútbol como habías soñado, pero ¿por qué no puedes ver que lo que tienes es, como mínimo, igual de bueno que lo que perdiste?

—preguntó Nicki casi llorando.

—Nicki…

—Estabas en la cima del mundo y pensabas que nada malo podía ocurrirte.

Pero sucedió y te enfadaste. Todo eso lo entiendo, pero es que todavía estás enfadado.

—No estoy enfadado. Lo estuve, pero ya no.

—Sí que lo estás. Y ahora no dejas a tu corazón creer en algo verdadero por miedo a que te sea arrebatado de nuevo.

—El dinero es real. Tú deberías saberlo.

El que usara una de sus inseguridades contra ella la hizo hablar todavía más alto y más deprisa.

—El dinero es con lo que pagas la hipoteca, sirve para comprar comida y medicamentos. Es una cosa buena, sí, pero es sólo dinero. Lo que importa es lo que haces con ese dinero.

—Yo he hecho cosas importantes —dijo Luke con firmeza.

—¿Has hecho algo como lo que acaban de hacer los del Ayuntamiento viniendo hasta aquí? —preguntó Nicki casi gritando—. Esos hombres no son estúpidos, saben que tienes razones para odiarlos, pero aun así, se han tragado su orgullo y te han pedido ayuda por el bien del pueblo.

—Sí, creo que tienen mucha cara— replicó, aunque dudaba. ¿El hombre en el que quería convertirse por Nicki querría ayudar porque era lo correcto?

Nicki, con lágrimas en los ojos, se puso de pie de un salto.

—Sigue justificándote, Luke y no te olvides de que es el resto del mundo contra ti, seguro que eso te reconforta —dijo Nicki y se dirigió hacia la casa.

Maldición. Luke se frotó la cabeza. Quería ir tras ella, pero ¿qué

iba a decirle?

Observando el arroyo, pensó en cómo Nicki le había abierto el corazón las semanas pasadas. Ella tenía tanto amor y bondad dentro que lo había iluminado. Y tenía razón. Nicki le había enseñado que los hombres y mujeres de la residencia de ancianos eran interesantes y merecían respeto. Le había estado haciendo ver que el mundo no estaba contra él, que había cosas importantes que hacer que no daban ningún beneficio.

Antes de todo aquello, nunca se había tomado tiempo para disfrutar nada, ni siquiera su éxito. Lo peor de todo era que durante todos esos años había ignorado a Nicki y ése era el error más grave que había cometido. Ella había perdonado a Divine por el pasado. Lo había perdonado a él por lo mal que la había tratado cuando eran niños. ¿No era lo menos que podía hacer?

Luke se había sentido intrigado por la paz interior de Nicki, la que en aquel momento sentía en su propio corazón. Le había preocupado perder el control de nuevo, pero había confiado en Nicki y si había que cometer errores, al menos se cometerían por buenas causas.

Luke se levantó y atravesó el jardín. Amaba a Nicki… ella era lo mejor que le había pasado en la vida. Alegaría demencia temporal y confiaría en que le perdonase una vez más por ser un idiota.

De vuelta en casa se topó con su abuelo.

—Lo sé. He metido la pata —Nicki tenía razón, el accidente sólo había sido un accidente. Y la gente cometía errores. El no era mejor que los demás—. ¿Dónde está?

—No lo sé. No ha entrado en casa. Se metió en su coche y se fue.

No podía pensar en ningún sitio adonde Nicki pudiera ir. Se puso a pensar y le vino una idea.

Nicki se sentó en las gradas, miró el campo de fútbol y suspiró. Nunca había visto un partido de fútbol cuando iba al instituto, pero recordaba la emoción de la gente sobre la capacidad atlética de Luke y porque, finalmente, podían hacerse con el título estatal. El vecino pueblo de Beardington había ganado tres veces y era decepcionante que Divine nunca hubiera conseguido el trofeo. Aquel año, un tornado había destruido el granero y los dueños, que vivían fuera del estado, habían decidido no reconstruirlo, la iglesia más vieja del pueblo se había carbonizado víctima de un defecto en la instalación eléctrica y lo peor de todo había sido la muerte de una familia entera cuando el coche en el que viajaban se había salido de la carretera. El fútbol dio al pueblo una distracción, algo con lo que soñar.

—Parece tan inofensivo —murmuró, buscando todavía una señal

en el campo.

—Muchos recuerdos hay en este lugar —dijo una voz. Nicki no se sorprendió porque fuera Luke.

—No para mí, yo nunca vi un partido aquí.

—¿Nunca?

—Mi padre quería que estudiase, no que perdiera el tiempo con friv… —se detuvo sabiendo que Luke nunca diría que el fútbol era algo frívolo—. No quería que hiciera actividades extraescolares.

—Sabes lo que opino de tu padre.

—Tenía sus defectos, pero estaba perdido y solo. No importa lo que parezca, yo sé que quería lo mejor para mí, sólo que no sabía cómo manifestarlo.

Luke supuso que el padre de Nicki había sido como él… un hombre decepcionado con la vida y enfadado sin ni siquiera saberlo. Quizá por eso Nicki lo entendía sin que él mismo se entendiera.

—Debería haberte permitido tener infancia.

—Me di cuenta hace mucho tiempo de que tenía miedo, Luke. Era inseguro y estaba cansado de sus derrotas. Quería que mi vida fuera mejor que la suya y sólo sabía hacerlo presionándome. Quizá no fuese la manera de la que me hubiera gustado ser querida, pero era todo lo que podía dar.

—Supongo —Luke miró el campo de fútbol que había albergado tantos de sus sueños.

Probablemente se habría convertido en un famoso futbolista si las cosas hubieran salido de otra manera.

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó ella tras un largo silencio.

—Te estaba buscando.

—¿Por qué?

—Porque me he dado cuenta de que he sido idiota.

Afortunadamente es algo pasajero, aunque cuento contigo para curarme.

Nicki se rió y quiso a Luke más que nunca.

—Bueno, siempre me han tachado de lista pero de corazón blando así que no sé lo útil que te puedo ser.

—No eres blanda de corazón. Tienes un corazón muy bonito y está a tono con tu belleza exterior.

Nicki apoyó la cabeza en el hombro de Luke. No hacía mucho habría evitado cualquier comentario sobre su inteligencia, su cerebro o sus proezas académicas, que tantos problemas le habían causado en su matrimonio. Pero con Luke era diferente.

—Sé cómo puedes curarme, Nicki.

—¿Cómo?

—Diciéndome que me quieres como yo te quiero a ti.

—¿Qué?

—Te quiero —Luke tomó la mano de Nicki y la miró a los ojos. Ya había hecho un milagro yendo a casa de su abuelo y Luke rezaba por que hiciera otro—. Me ha llevado bastante darme cuenta de ello. Sé que en el instituto eras especial, pero yo era un idiota y un cobarde y probablemente no merezca otra oportunidad, pero tengo que pedírtela.

—Creí que habías dicho que el amor era demasiado arriesgado.

El amor era arriesgado, pero vivir sin él era peor. Además, Nicki nunca lo traicionaría. Y además, el amor era lo que hacía que mereciera la pena vivir.

—Digo muchas estupideces.

Sé inclinó y la besó en los labios.

—Pero amarte a ti es lo más inteligente que he hecho en mi vida. Incluso pienso mudarme a Divine y trabajar en el proyecto del Ayuntamiento. Chicago no sería un hogar sin ti. Quiero casarme contigo, que seas la madre de mis hijos y, sobre todo, que seas mi amiga y mi amante.

Una lágrima cayó por la mejilla de Nicki y Luke esperó que fuera una buena señal.

—Nicki, podías haberme salvado hace catorce años, pero perdí la oportunidad.

Por favor, dime que no es demasiado tarde.

Miles de pensamientos se amontonaban en la cabeza de Nicki. Se había enamorado de Luke con sus ridículas peleas en el jardín y al ver la devoción que sentía por su abuelo, pero nunca pensó que él la amara. Parecía imposible. Pero estaba en sus ojos, desnudos de arrogancia o autodefensa.

—Nicki, por favor, di algo.

—Yo…yo te quiero —dijo con la garganta seca.

Luke le tapó la boca con la suya antes de que pudiera decir nada más. Ella sabía que tenía que decirle algo importante, pero… con el beso no pudo recordar lo que era. Hasta que no estuvo sentada a horcajadas en su regazo y él comenzó a quitarle el vestido, ella no recobró el sentido.

—Espera.

—Ya sé que éste no es el lugar apropiado. ¿Cuándo nos casamos?

¿Casarse? Nicki comenzó a temblar. Quería estar con Luke, pero no si no era de verdad y para siempre. No si no era lo correcto. No había sido justa forzando que volviera a Divine y aquellos días habían vivido en una burbuja. Su mundo estaba en otro lugar.

—Creo que deberías volver a Chicago.

—A ti no te gusta la ciudad. Tú quieres vivir en Divine.

—No he dicho «deberíamos» volver.

—¿Qué?

—Sólo por un período de prueba… para estar seguros de que quieres estar conmigo después de volver a tu vida. No es justo que yo te presione con el tema de Divine. Y después de lo que le ocurre a tu abuelo… tienes que estar seguro.

Luke casi pierde los nervios. Anteriormente, habría reaccionado enfadándose con ella por haberle herido en su orgullo. Pero había algo más, aunque pareciera que lo que ocurría era que Nicki no lo creía. Nicki creía en el amor, pero nunca había sido amada por la gente que tenía más cerca. ¿Era tan extraño que no lo creyera? Luke tomó la cara de ella entre sus manos, haciendo que lo mirara a la cara.

—Te quiero, Nicki y esto no es cuestión de Divine o de dónde vayamos a vivir.

Te juro que tanto aquí como en la ciudad, nada cambiará.

—Eso no lo sabes.

—Sé lo que siento. Tú me has liberado. No volveré a mirar atrás y a preguntarme qué habría pasado. Sólo quiero un futuro y ver cómo podemos construirlo. Vamos a llamar a mi familia para decirles que vengan a la boda. Por favor, cariño, no quiero esperar más.

—Yo tampoco, pero no voy a divorciarme otra vez y necesito que estés seguro.

—Estoy seguro —Luke estuvo suplicando hasta que se hizo de noche y, entonces, se dio cuenta de que ella no cambiaría de opinión. Lo que Nicki no podía comprender era que ella era la que no estaba segura de él y Luke sintió un escalofrío al comprenderlo.

¿Y si nunca llegaba a creerlo?

Capítulo 11

Dos días después Luke llenó el coche con sus cosas. El abuelo no parecía necesitar a nadie allí y él quería acabar cuanto antes con la separación forzosa entre Nicki y él, ya que, daba igual lo que dijera, ella no cambiaría de idea.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó—. ¿Una semana? ¿Un mes?

—El tiempo suficiente para que estés seguro.

Dios. Podía volver loco a cualquiera. Él ya estaba seguro. No tenía que separarse de ella para saber lo que quería. Si hubiera sido cualquier otra mujer, habría pensado que era una prueba, un intento de alejarlo para ver si realmente se iba, pero Nicki no era así. Ella era la mujer más dulce, más amable, más inteligente, más honesta y también más terca que había conocido.

—Tú estarás bien, ¿verdad, abuelo? —preguntó mientras bajaba su maletín, que era lo único que le faltaba meter en el coche y que ya contenía un borrador de los planes que tenía para reimpulsar Divine. No se lo había dicho a Nicki porque sabía que complicaría las cosas entre ellos.

John asintió. Había mejorado mucho, pero Luke seguía preocupado. Aunque sus padres se habían ofrecido a ir, el abuelo se había negado, quería hacer las cosas por sí mismo.

—Estaré bien. Nicki seguirá viniendo a verme y a trabajar en el jardín y en el inventario. También vamos a colaborar en la reedición de uno de mis libros de texto porque ella tiene buenas ideas para actualizarlo.

«Otra ironía», pensó Luke. Nicki lo estaba echando de Divine y al mismo tiempo ella se involucraba más con su abuelo.

—Y vete al médico y le cuentas lo que realmente va mal.

El abuelo finalmente reconoció su depresión y la necesidad de ir al médico.

—Sí, Nicki dijo que me llevaría.

Nicki. Siempre Nicki. A Luke se le partió el corazón al pensar en marcharse.

—¿Vas a verla antes de partir? —preguntó el abuelo—. Dijo que no vendría hasta más tarde.

—Voy a parar en su apartamento.

Había preguntas en los ojos de John. Cuando se enteró de que Luke se iba, había arqueado las cejas y tuvo que imaginarse que había problemas entre ellos, pero no preguntó nada. Se dieron la mano y terminaron abrazándose. Luke se subió a su Beamer plateado.

Se imaginó a una niña pequeña con los ojos azules de Nicki sentada en el asiento trasero y a Nicki a su lado, sonriendo mientras se tocaba el vientre, como sugiriendo que necesitarían algo más grande, como una furgoneta, para ir con otras familias al lago. ¿Cuántos hijos tendrían?

Se le aceleró el pulso. Quería la opción que había tomado su padre al entender, finalmente, por qué la había tomado y sintió lo mal que había llevado sus ausencias.

El tiempo que habían estado separados, debía haber sido tan duro para él como para el resto de la familia.

Al otro lado del pueblo encontró el apartamento de Nicki y llamó a la puerta.

Estaba pálida cuando le abrió y lo hizo pasar al salón.

—Nicki, por favor, reconsidéralo. No necesito tiempo, ya sé lo que siento.

Ella agitó su cabeza.

—Por favor, quiero que estemos juntos. Entiendo que quieras vivir en Divine, no hay problema, yo puedo dirigir mi negocio desde aquí, lo he estado haciendo durante semanas y está funcionando bien. Además, tendré que estar aquí si voy a trabajar en el proyecto del Ayuntamiento. ¿Por qué no vienes, por lo menos, a la cena de la que te hablé?

La cena anual que organizaba para sus empleados y clientes era una semana más tarde. Nicki podía pensar que estaba cansado de la vida social del pueblo y que necesitaba algo más sofisticado, pero Luke quería que fuera con él, por eso lo había mencionado.

—Me volveré loco sin ti.

—Creo que necesitas más tiempo que ése, pero no te preocupes, no soy como las otras. Yo nunca… Quiero decir que te esperaré.

—Lo sé. Confío en ti. Yo no te vería de forma distinta en Chicago o en ningún otro sitio. Finalmente sé lo que es importante y lo que quiero… tú me has mostrado eso. Me gusta cómo soy cuando estoy contigo y nunca he sido capaz de decirle a nadie todo esto.

Nicki quería creerlo, pero ella no era como las mujeres por las que Luke se había sentido atraído en el pasado. Era difícil no pensar que volviera a la ciudad, que viera a alguna de ellas y se preguntara qué le había pasado para pensar que quería casarse con la pequeña Nicole Johansson.

—¿Nicki?

—Eres un buen hombre, eso ya lo sé. Que tengas buen viaje. Ten cuidado.

—Lo tendré —le agarró la cara con las manos y la besó con

suavidad—. Ojalá me dejaras quedarme.

—No ahora… todavía no.

Después de otro tierno beso Luke se marchó y Nicki se echó en el sofá. ¿Qué le pasaba? ¿Tenía tan poca confianza en sí misma que no podía creer que el amor de Luke fuera verdadero?

Aquella pregunta persiguió a Nicki algunos días, al igual que el recuerdo del último beso. Ella amaba a Luke. No había ninguna duda sobre ello. Con su ex marido se había estado engañando para creer que lo amaba de esa misma manera, pero quizá una parte de ella siempre había pertenecido a Luke. No lo habría besado la primera vez si no hubiera presentido cómo era realmente.

Era un hermoso mes de junio, tan extrañamente fresco como cálido había sido mayo. Nicki trabajaba en el jardín de los McCade y en el inventario de la colección de arte de John, investigando y dando precio a las obras que ella consideraba que no tenían precio. En el huerto crecían espinacas, lechugas que pronto habría que cortar las matas de tomates y calabacines.

No atendía las llamadas de Luke, así que él le enviaba osos de peluche con nombres ridículos que estaba considerando para sus hijos. Nicki sonrió pensando en el último que había enviado mientras podaba los rábanos. Era un surfista llamado Moondoggie. Los envíos diarios era lo que la hacían seguir adelante en su ausencia.

¿Cómo había sabido Luke que las flores y los dulces la hubieran perturbado? Eran las típicas cosas que se enviaban a una mujer. ¿Era porque podía ver tan claramente dentro de ella igual que ella creía ver dentro de él? ¿No era eso algo a lo que poder agarrarse? ¿En lo que confiar? ¿Era suficiente? Tenía que serlo.

Nicki encendió los aspersores del huerto y entró en casa. Comía con John cada día, excepto cuando llevaba la comida a los presos. John estaba cada día mejor, saliendo de la depresión que tenía desde la muerte de su mujer. Ayudó el tratamiento que finalmente había aceptado.

—¿Qué te parece ensalada de pollo? —sugirió ella con falsa alegría al entrar en el salón.

—¿Qué te parece contarme la verdad? Estoy cansado de ser educado y esperar a que encuentres el momento adecuado para decir algo. ¿Qué pasa entre mi nieto y tú?

—Él me ha propuesto matrimonio, así que le dije que volviera a Chicago.

—¿Que hiciste qué?

—Pensé que tenía que volver a su vida por un tiempo para que

estuviera seguro de lo que quería… para asegurarse de que me quería a mí.

—Jovencita, tú eres muy buena —dijo John, quien parecía molesto.

—Vale, pero tú sabes que yo no soy el tipo de mujer que siempre lo ha atraído.

—Es verdad, eres mucho mejor —levantó la mano y le indicó que se sentara junto a él—. No eres una cría cobarde, así que no actúes como tal. Ve por él.

Demuéstrale que lo amas.

¿Se atrevería? Miró al profesor. Le llevaría tiempo volver a encontrarse a sí mismo y quizá su sonrisa nunca sería la misma, pero era un hombre sabio. Las lecciones que había enseñado en sus clases no eran únicamente sobre arte, sino también sobre la vida y, a su manera, continuaba enseñando a Nicki.

Las palabras de Luke resonaron en la cabeza de Nicki. El había dicho que ella tenía que creer en ellos dos y en ella misma y eso significaba creer que merecía ser amada, tenía que confiar, no en el chico que había sido, sino en el hombre en que se había convertido.

—¿De verdad crees que debo hacerlo?

—Claro. Es una cuestión de tiempo que yo tenga bisnietos, Nicole. La Pequeña Sargento también está esperando.

Se miraron y Nicki recordó que a Luke le había enseñado a amar un maestro en la materia.

—Entonces será mejor que me vaya, no me gustaría decepcionar a la Pequeña Sargento.

—Eso es. Te pareces mucho a ella, ¿sabes?

Ése era quizá el mejor piropo que le habían dicho nunca y la mantuvo fuerte hasta que hizo planes apresurados para conducir hasta Chicago.

Luke estaba cansado. El ambiente festivo de la cena anual de la empresa no estaba hecho para él. Tenía problemas para dormir tan lejos de Nicki. Se dio cuenta de que ella había cambiado su percepción de las cosas.

Tenía mil ideas para ayudar al centro de Divine. Necesitaban nuevos negocios en todas partes como un nuevo granero o una inmobiliaria para tentar a los alumnos adinerados a matricularse en la universidad privada. Incluso había encontrado inversores, unos que creían más en construir cosas buenas que en ganar dinero lo más rápidamente posible, aunque la mayor parte de la inversión provendría de él.

No quería que nadie tuviera que preocuparse por cierres o por propietarios de fuera.

—¿Algo va mal, jefe? —le preguntó su ayudante. Iba elegantemente vestida con un traje de noche rojo que dejaba al descubierto sus atributos físicos, pero él apenas se dio cuenta.

—Estaba pensando en un proyecto nuevo. Espero que todo el mundo lo esté pasando bien —dijo. Miró a la gente deseando ver a Nicki en lugar de ese mar de trajes y vestidos.

—Esta cena es muy esperada durante todo el año, aunque nos tienes pensando qué es lo que se te pasa por la cabeza. Desde que volviste no eres el mismo.

—Probablemente no quiera saber si eso es bueno o malo.

—Es bueno, pero ya casi es la hora de tu discurso. Espero que lo hayas preparado. Este público es duro y beligerante.

—Son todos unos comediantes.

Nicki respiró hondo para tranquilizarse mientras se maquillaba. Llegaba tarde.

La cena habría terminado para cuando llegara al salón de banquetes del hotel. Un accidente en la autopista había retrasado varias horas su llegada. Sacó su traje de noche, se lo puso y se miró fugazmente en el espejo. No estaba mal, pero todavía no sabía cómo iba a competir con animadoras y ex miss Illinois. Sus viejas inseguridades se apoderaron de ella por un momento y tomó aire, tratando de quitárselas de encima. Amaba a Luke y sabía que él la quería. Había visto en sus ojos cómo la deseaba y cómo sentía la necesidad de besarla. También había visto que la miraba como si fuera la cosa más hermosa del mundo. Además, Luke nunca le habría dicho que la amaba si no fuese verdad… le habían hecho tanto daño que no se tomaría el asunto a la ligera. Debería haber recordado eso antes de enviarlo de vuelta a Chicago sin ella.

—Es a mí a quien quiere —dijo levantando la barbilla.

Luke sonrió y recibió el aplauso de sus invitados mientras recibía el micrófono.

Odiaba la parte del discurso, pero quería agradecer a todos su trabajo.

—Gracias. Espero que hayan disfrutado de esta noche tanto como yo.

Se oyeron más aplausos y él movió su mirada de una mesa a otra. Un movimiento en el fondo captó su atención, una forma entre las sombras que le pareció familiar. Mientras abría la boca otra vez, la

sombra se puso a la luz… y todo lo que había planeado decir se borró de su cabeza.

Nicki. Llevaba los hombros al descubierto, un vestido de terciopelo azul que envolvía su cuerpo con un efecto devastador y el pelo peinado hacia atrás. Pero a Luke no le hubiera importado que llevara uno de sus vestidos diez tallas más grandes, era lo más bonito que había visto nunca.

No se dio cuenta de que el micrófono salió volando al echarlo a un lado para apresurarse hacia ella por el pasillo. Se encontraron a mitad de éste y Luke la apretó contra su cuerpo. El corazón de Nicki latía con fuerza mientras que Luke la besaba.

Lentamente, su abrazo se hizo más reposado hasta que se separaron para mirarse con ternura y sonreír. Luke susurró su nombre y Nicki le quitó la marca que su pintalabios le había dejado en la boca.

Luke la besó de nuevo y alrededor de ellos se oyeron risitas, al igual que suspiros de más de una mujer. Nicki sabía cómo se sentían. Ella sabía lo que era desear un amor como el que había encontrado con Luke.

—Damas y caballeros —dijo Luke tomando a Nicki por la cintura —. Algunos de mis colegas han estado comentando que desde que volví a Chicago he estado distraído. Quiero que todos sepan que ha sido por la mejor de las razones. Me gustaría presentarles a mi adorable prometida, Nicole Johansson.

Nicki se sonrojó por el orgullo que pudo distinguirse en su voz y lo besó de nuevo. Todavía tenían que decidir cosas sobre sus vidas o dónde vivirían, pero lo único que realmente importaba era lo mucho que se amaban. Y eso era más que suficiente.

Cinco meses más tarde

Nicki colgó cuidadosamente el antiguo vestido de época eduardiana en una percha y lo metió en el armario. Sonrió y acarició el suave encaje de su traje blanco, mientras recordaba el jardín, la boda, los besos y las promesas.

—Sal de ahí, señora McCade —la llamó Luke desde el dormitorio —. Creía que habíamos resuelto ese asunto de la virginidad y la vergüenza. Y, además, necesito a mi mujer.

Ella sonrió recordando su noche de bodas porque, aunque no era dócil ni virgen, se había escondido en el vestidor preocupada porque el camisón que Sherrie le había regalado fuera demasiado transparente. Luke había disipado algunas de sus preocupaciones al aparecer totalmente desnudo y pedirle que se quedara en el mismo estado que él inmediatamente.

Nicki salió del vestidor y sonrió a su marido, que estaba tumbado en la cama.

Habían tenido algunas peleas desde que se habían casado, pero siempre se habían reconciliado antes de irse a dormir. A veces, Nicki pensaba que Luke elegía las peleas por lo mucho que le gustaban las reconciliaciones.

—Me duele el dedo pulgar —dijo Luke.

—Lo siento. No deberías haber intentado bailar el Watusi con la señora Handelmeir.

—No era el Watusi exactamente y lo habríamos hecho bien si Bart no me hubiera pisado el pie con la silla de ruedas. Ese hombre es un peligro, no sé cómo le dieron una licencia de piloto.

—Fue en otra época —Nicki le acarició el dedo y lo besó. Al mirar hacia arriba vio que la respiración de Luke se aceleraba y que tenía la mirada fija en su corto camisón.

—Se me acaba de ocurrir que ésta es nuestra segunda noche de bodas — murmuró—, así que deberíamos aprovecharla.

—¿Cómo explicas que es la segunda?

—Porque acabamos de llegar de una segunda fiesta de boda.

Se habían casado a mediados de septiembre, cuando el jardín estaba en su última floración antes del otoño. A ella le habría gustado invitar a sus amigos de la residencia de ancianos, pero no había suficiente espacio en el jardín, así que, cuando encontraron el momento oportuno, se vistieron con sus trajes de boda e hicieron una fiesta para ellos.

—Qué buena idea has tenido —susurró Nicki mientras se

acurrucaba junto a Luke en la cama—, haciendo una fiesta para todo el mundo.

—Yo no he hecho nada.

—Se me hace extraño que John se haya ido por tanto tiempo. Deberíamos llamarlo.

—Sherrie cuidará de él; además, quería dejarnos solos. Recuerda que quiere que lo llames abuelo.

John McCade les había pedido que se mudaran a la casa. Les había dicho que quería estar allí cuando nacieran sus bisnietos. Cuando aceptaron, mandó ampliar el dormitorio principal y se mudó a otro cuarto en la punta opuesta de la casa para dejarles intimidad. Después se fue a California para hacer una larga visita.

Luke abrazó a Nicki y le besó la cabeza. Su buena suerte no dejaba de sorprenderlo. Nicki tenía mucho amor que repartía con extremada generosidad. Sus padres la adoraban, su abuelo pensaba que era una santa y él estaba en el cielo. La vida que nunca pensó que le gustaría tener era en aquel momento el rasero con el que lo medía todo.

—He estado… pensando que… deberíamos comprar una furgoneta.

—¿Una furgoneta? —preguntó Nicki asombrada.

—Sí, una furgoneta. La vamos a necesitar para llevar a los niños a la escuela.

—No necesitaremos una furgoneta en años. Ni siquiera estoy embarazada.

—Podrías estarlo, podríamos solucionar eso esta noche.

—Y yo que pensaba que querías que esperáramos para tener nuestra familia.

—¿Esperar a qué? —preguntó Luke confuso.

—Es verdad, para qué esperar —susurró ella mientras bajaba su cabeza para obtener un largo y apasionado beso.

Fueron cada día más felices.

Fin